

El amante equivocado

Miranda Lee

$3.50 U.S.

El amante equivocado

Cuando una preciosa morena entró en el despacho de Dominic supo que nunca habría podido olvidarla si hubiera hecho el amor con ella. Pero Tina estaba convencida de que Diminic era el padre de Bonnie, aunque insistiera en negar su paternidad y estaba decidida a que aquel seductor sin corazón se responsabilizara de su hija...

Capítulo Uno

TINA alzó la mirada hacia la torre de oficinas frente a la que se encontraba. Luego la bajó hacia el cochecito y el bebé que se hallaba en él.

-Ya estamos aquí, cariño -dijo-. Este es el lugar en el que trabaja tu padre. Desafortunadamente, su secretaria me ha dicho que hoy tiene una reunión, y que no tendría tiempo para recibirnos. Es una lástima, porque, le guste o no, ¡hoy nos va a ver!

Arqueando una ceja perfectamente depilada, empujó el cochecito hacia las puertas giratorias del edificio. No resultaba fácil maniobrar con él, pero lo cierto era que solo llevaba una semana haciéndolo y esperaba mejorar rápidamente.

Fue complicado, pero finalmente logró pasar al vestíbulo semicircular del edificio. Pasó junto al escritorio de recepción y se detuvo frente a un enorme directorio que se hallaba sujeto a una pared, junto a los ascensores.

Enseguida comprobó que las oficinas de Hunter & Associates ocupaban las plantas diecinueve y veinte. También notó que no se especificaba en ningún lugar a qué se dedicaba la empresa.

Podía tratarse de un indicio de modestia, pero Tina sospechó que, más bien, aquel detalle reflejaba el carácter de su dueño. Dominic Hunter asumía con arrogancia que todo el mundo sabía que su compañía era una de las firmas inversoras más importantes de Sydney.

Y también había asumido con la misma arrogancia que la aventura que había tenido el año anterior con su secretaria no iba a acarrearle ninguna consecuencia.

¡Pero estaba equivocado!

Era posible que Sarah hubiera sido especialmente blanda en todo lo referente a los hombres... ¡pero ella no lo era!

La hija de Sarah se merecía lo mejor. Y Tina iba a asegurarse de que lo obtuviera. Pensaba darle a Dominic Hunter una segunda oportunidad para ser un buen padre para su pequeña hija. Si no aceptaba por las buenas, habría que obligarlo a pagar. Y a pagar espléndidamente. En la época de los análisis de ADN, negar la paternidad era algo perteneciente al pasado.

-Que lo intente, cariño -dijo al bebé mientras entraba con el cochecito en el ascensor-. ¡Si lo hace, le sacaremos las tripas!

Dominic miró al techo tras colgar el teléfono.

-¡Mujeres! -murmuró, frustrado, antes de levantarse para reunir

los papeles que iba a necesitar para la reunión. Mientras lo hacía estuvo a punto de tirar una taza de café frío que se hallaba sobre el escritorio.

La apartó a un lado, suspirando exasperado. Estaba teniendo un día realmente malo.

Sus colegas podrían haber pensado que se debía a la presente crisis económica, pero no era ese el caso. Le gustaban los retos que le planteaba su trabajo, y le producía una gran satisfacción ganar dinero, tanto para sí mismo como para sus clientes. Sabía que más de una persona lo consideraba un adicto al mercado de valores, y debía admitir que era cierto.

No, él siempre podía enfrentarse a los problemas relacionados con su trabajo. Era el sexo opuesto lo que lo tenía irritado.

Francamente, no entendía a las mujeres, en especial, su obsesión por casarse y tener hijos. ¿No se daban cuenta de que, dados los tiempos que corrían, el mundo estaría mejor sin ambas cosas? Así no habría tantos divorcios, ni tantos niños infelices.

¡Pero no! El sentido común no parecía mellar la determinación de las mujeres. Seguían queriendo casarse y tener hijos como si esa fuera la panacea para resolver los problemas del mundo, y no lo contrario.

Y lo mismo podía decirse del amor romántico. En realidad era una locura. ¿Cuándo había hecho realmen te felices a los hombres y a las mujeres ese estado de descontrol emocional? Nunca.

Él había crecido en un hogar en el que esa clase de amor solo había causado tristeza y tormento emocional.

Y no quería saber nada de ello. Ni del amor, ni del matrimonio, ni de bebés. Ya se curó de espanto a los veintitrés años, cuando una novia trató de atraparlo alegando un falso embarazo.

La idea del inminente matrimonio y la paternidad le horrorizaron. Probablemente, su pánico tuvo algo que ver con el hecho de haber tenido un mal padre, que también fue un marido infiel. Subconscientemente, temía reproducir su comportamiento.

En cualquier caso, el alivio que sintió al descubrir que el embarazo era falso resultó muy revelador. También fue su primera experiencia en cuanto al extremo al que podía llegar una mujer para alcanzar la fantasía romántica llamada «amor y matrimonio».

Tras aquella experiencia, Dominic siempre se había ocupado personalmente de utilizar protección cuando mantenía relaciones sexuales. Le daba lo mismo que su compañera asegurara estar tomando la píldora o que era un momento «seguro» del mes. Y

siempre dejaba bien claro a cada mujer lo que pensaba. Pasara lo que pasase, ¡el matrimonio no entraba en sus planes!

Su madre consideraba totalmente abominables sus puntos de vista al respecto. Y con la típica lógica femenina, los descartaba como simples aberraciones temporales.

-Cambiarás de opinión algún día -solía decir de vez en cuando-. Cuando te enamores...

Aquella era otra ilusión meramente romántica de su madre. ¡Enamorarse él! Nunca se había enamorado, y no tenía intención de hacerlo.

Afortunadamente para él, su madre había conseguido canalizar sus esperanzas de convertirse en abuela hacia su hermano menor, Mark, que se había casado hacía un par de años. Dominic asumió que Mark y su esposa se reproducirían a tiempo liberándolo definitivamente.

Pero unos meses atrás, su hermano se había presentado inesperadamente en casa para anunciar que iba a dejar a su mujer... ¡para ir al Tibet a convertirse en monje budista! Para demostrarlo, antes de irse entregó sus considerables bienes terrenales a su rápidamente recuperada esposa. Las cartas que escribió después desde el Tibet revelaban que se sentía más contento que unas pascuas viviendo en un monasterio perdido con la única compañía de un yak.

¡No hacía falta ser un genio para deducir que por aquel lado no había la esperanza inminente de un bebé.

Y eso había vuelto a atraer la atención de su madre hacia él, ¡su única esperanza de conseguir un nieto!

Últimamente lo estaba volviendo loco con su presión, nada sutil, invitando a comer a su casa a toda clase de mujeres sin compromiso. Todas ellas preciosas.

Todas sexys. Y todas queriendo, o simulando querer lo mismo que su madre: matrimonio y hijos.

De hecho, acababa de llamarlo para asegurarse de que iba a llegar a tiempo para cenar, porque había invitado a Joanna Parsons.

-La pobre ha estado tan sola desde la muerte de Da-mien -había ronroneado Ida por teléfono.

¿Sola? ¿Joanna Parsons? ¡Dios santo! Aquella mujer era un vampiro sexual. Si incluso antes de la muerte de Damien, acaecida en un accidente seis meses atrás, había hecho todo lo posible por seducirlo, ¡como viuda alegre no habría forma de contenerla!

A Dominic le gustaba el sexo, pero sin complicaciones, gracias. Y con mujeres que tuvieran sus mismos puntos de vista. Su actual

amiga era una ejecutiva cuyo matrimonio se había roto porque ya estaba casada con su trabajo. Se veían dos o tres veces por semana, en el apartamento de ella después del trabajo o en algún hotel al mediodía, un arreglo muy adecuado para ambos.

Shani, una atractiva morena con un cuerpo escultural, tenía treinta y dos años. No estaba interesada en el sentimentalismo y la palabra «amor» nunca entraba en sus conversaciones. También era una fanática en todo lo referente a su salud. Si Dominic hubiera sentido la tentación de creer a alguna mujer cuando decía que podían mantener relaciones sin preocuparse de las consecuencias, habría sido a Shani.

Pero era difícil perder los hábitos arraigados, y Do-minie conservaba una cínica desconfianza hacia la psique femenina. No le habría sorprendido en exceso que incluso Shani cayera víctima de su reloj biológico. En su experiencia, ni siquiera las mujeres menos proclives se veían libres de aquella enfermedad.

Por ejemplo, Melinda, su valiosísima secretaria personal, que había trabajado para él muchos años, asegu

rando que no quería saber nada de ser esposa y madre. ¿Y qué había pasado? Que nada más cumplir los treinta se casó y nueve meses después tuvo un hijo. Para colmo, se negó a volver a trabajar, abandonándolo a su suerte.

Aquello fue un auténtico golpe.

Naturalmente, tuvo que tomar medidas para asegurarse de que aquello no volviera a suceder, aunque encontrar a una sustituía para Melinda no fue fácil. En ningún momento se planteó la posibilidad de conservar en el puesto a la joven que sustituyó a su secretaria durante el permiso, supuestamente temporal, de Melinda por maternidad. Por dulce y eficiente que fuera Sarah, las mujeres jóvenes, guapas y sin compromiso estaban fuera de la lista, una decisión reforzada por lo que sucedió cuando, a modo de agradecimiento, la invitó a cenar en su último día de empleo.

Dominic se estremeció al pensar que, si se daban las circunstancias adecuadas, incluso él podía ser víctima temporal de sus hormonas. En aquellas fechas aún no estaba con Shani, y bebió demasiado vino en la cena. Cuando llevó a Sarah en taxi a su casa y la acompañó hasta la puerta, la joven empezó a llorar inesperadamente. Al parecer, el miserable de su novio la había dejado el día anterior por otra mujer.

Dominic solo pretendió consolarla, pero, de algún modo, terminaron durmiendo juntos esa noche. Ambos lo lamentaron a la mañana siguiente, y estuvieron de acuerdo en no volver a

mencionarlo.

Sarah volvió a su trabajo habitual como secretaria en la sección de contabilidad y él conoció a Shani en una fiesta ese mismo fin de semana.

Su nueva secretaria, Doris, empezó a trabajar para él el lunes siguiente.

Gracias a Dios por Doris.

Doris nunca le causaría preocupaciones. Para empezar, tenía cincuenta y cuatro años, estaba felizmente casada y sus hijos ya eran mayores y no vivían en casa. No le importaba trabajar hasta tarde cuando era necesario y no protestaba por tener que estar preparando café a todas horas. Si la tendencia al desorden de Dominic la molestaba, y él sospechaba que así era, nunca se lo decía, limitándose a ordenar todo lo que él iba dejando atrás. Sin duda, era una mujer de gran tacto y sentido común.

El intercomunicador que se hallaba sobre el escritorio sonó en ese momento y Dominic apretó el botón.

-¿Sí, Doris?

-Los demás lo están esperando en la sala de juntas, señor Hunter.

Esa era otra cosa que le gustaba de Doris.

Lo llamaba señor Hunter, y no Dominic. Sonaba muy respetable y le hacía sentir que tenía más de treinta y tres años.

-Sí, sí, enseguida voy. Retenga las llamadas, por favor. No quiero la más mínima interrupción. Esta tarde tenemos mucho trabajo.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta número veinte y Tina salió al vestíbulo con el cochecito. Frente a ella había una gran puerta acristalada. Sobre esta, escrito en letras doradas, se leía Hunter & Associates — Dirección.

Tina pasó al interior, y al ver a la rubia que se encontraba tras el escritorio de recepción, se preguntó irónicamente si habría sido personalmente elegida por Dominic Hunter.

Tal vez sentía debilidad por las rubias. Recordaba que Sarah mencionó que su jefe se hallaba presente en la segunda entrevista que le hicieron para entrar en la compañía, después de la cual fue inmediatamente contratada.

Por supuesto, Sarah no había sido una rubia cualquiera. Aunque su cabello era la corona de su belleza, su rostro y su figura eran igualmente atractivos. Su belleza había sido un problema para ella durante toda su vida, y solo le causaba infelicidad. Los hombres no habían sido capaces de mantener los ojos ni las manos apartados de ella.

La pobre y dulce Sarah siempre creyó las declaraciones de amor

de su pretendiente de turno. Tras conseguir su puesto de secretaria en la ciudad, había sido especialmente susceptible a la variedad de hombres que la rodeaban, especialmente a los morenos con ojos azules y la capacidad de convicción necesaria para llevársela a la cama sin ofrecer ningún compromiso sólido.

Sarah siempre sintió debilidad por aquella combinación, y siempre se había creído enamorada. Y una vez enamorada, se convertía en el felpudo de su último amante, creyendo que ese era el camino para conseguir el marido y la familia que tanto anhelaba llegar a tener.

Pero las cosas nunca salieron de ese modo, y los hombres siempre acababan dejándola. A Tina la volvía loca ver cómo su amiga se dejaba utilizar por un elocuente amante tras otro. Casados, divorciados o solteros, daba lo mismo. Si le habían dicho a Sarah que la amaban, era capaz de cualquier cosa por ellos.

Tina trataba de consolarla y aconsejarla tras cada ruptura, pero su paciencia se fue agotando con el paso de los años. La culminación llegó cuando, poco después de ocupar temporalmente el puesto de la secretaria de Dominic Hunter, Sarah le confesó que volvía a estar enamorada. Cuando Tina la presionó, confesó que el nuevo objeto de su afecto era su jefe. A continuación tuvieron una terrible discusión. Tina acusó a Sarah de ser capaz de acostarse con cualquier hombre que le dijera que la amaba, y Sarah le replicó diciendo que ella tenía el corazón de piedra y que era incapaz de amar a nadie excepto a sí misma.

Aquellas fueron las últimas palabras que se dijeron las dos amigas. La discusión había tenido lugar un año atrás.

Y ahora Sarah estaba muerta.

La barbilla de Tina empezó a temblar. Tuvo que tragar saliva para contener las lágrimas.

—No te dejaré en la estacada, Sarah -susurró, mientras miraba la preciosa hija de su amiga-. Tu Bonnie va a tener todo lo que habrías querido para ella. Todas las ventajas posibles. No sentirá que no es querida, ni tendrá que vestir de la caridad. No dejará el colegio a los. quince años. ¡Y nunca tendrá que necesitar un hogar adoptivo! ¡Nunca! ¡No mientras me quede un solo aliento en el cuerpo!

Irguiéndose para la batalla que sin duda la aguardaba, avanzó hacia el escritorio.

-He venido a ver a Dominic Hunter -anunció a la bonita rubia de ojos verdes-. Y, antes de que pregunte, sí tengo una cita con él.

Tina siempre había creído que un corazón débil no podía conquistar nada. Nunca habría logrado entrar en la escuela de arte

dramático más prestigiosa de Australia si no hubiera sentido confianza en sí misma como actriz. Tuvo que presentarse durante tres años consecutivos a las pruebas para lograrlo, pero siempre se dijo que eso no importaba. ¡Era más difícil entrar en AÍDA que en el Fuerte Knox!

La rubia le indicó un largo pasillo que llevaba a otra salita de espera. Allí, Tina se encontró frente a una mujer severamente vestida que miró con evidente sorpresa el cochecito.

-¿En qué puedo ayudarla?

Sorprendida, Tina dedujo que debía tratarse de la secretaria de Dominic Hunter. La sorpresa se debía a que no era rubia, ni bonita, ni joven. Se preguntó con ironía si Dominic Hunter habría aprendido finalmente que no podían mezclarse los negocios con la diversión.

-He venido a ver a Dominic -contestó, calmadamente.

La secretaria frunció el ceño.

-El señor Hunter va a estar reunido toda la tarde, y ha pedido que no se lo moleste por nada.

-Dudo que se refiriera a mí -replicó Tina-. O a su hija -anadió, señalando el cochecito.

La otra mujer abrió los ojos de par en par mientras se erguía para mirar a la niña. ¿SU... hija? -repitió, sorprendida.

-Exacto. Se llama Bonnie y tiene tres meses. ¿Le importaría conunicar a Dominic que está aquí y que le gustaría conocer por fin a su padre?

La secretaria parpadeó y luego se aclaró la garganta.

-Er... tal vez será mejor que pase al despacho del señor Hunter mientras yo voy a avisarlo.

Tina le dedicó una gélida sonrisa.

-Qué buena idea.

El despacho de Dominic Hunter fue otra sorpresa. Aunque la habitación era enorme y la vista de Sydney desde sus ventanales era magnífica, era un despacho diseñado para trabajar, no para impresionar. Había varios centros de trabajo en torno a las paredes, cada uno con su propio ordenador, impresora, teléfono, fax y silla giratoria. Todos los ordenadores estaban encendidos. Todas las mesas estaban desordenadas, llenas de papeles de varias clases. El escritorio principal no estaba mucho mejor.

La secretaria dejó escapar un suave gruñido de exasperación al verlo. Moviendo la cabeza, tomó una taza de café medio llena del escritorio y le pasó un pañuelo de papel para limpiar la mancha que había dejado.

Entretanto, Tina ocupó uno de los asientos que se hallaba frente al escritorio, cruzó sus largas piernas y colocó a su lado el cochecito para poder comprobar que Bonnie seguía dormida.

-Eres una nena muy buena -murmuró mientras la arropaba. Cuando terminó y alzó la mirada encontró a la secretaria observándola como si acabara de llegar de Marte.

-El señor Hunter vendrá en cuanto pueda -dijo, y, volviendo a mover la cabeza, salió del despacho.

La puerta se abrió bruscamente dos minutos después y Tina pudo ver por primera vez al padre de Bonnie.

Dominic Hunter resultó una sorpresa aún mayor que su secretaria o su despacho.

Sí, era alto, como Tina había anticipado. Y moreno. Y guapo. Incluso tenía los ojos azules.

Sin embargo, el hombre que la observaba desde la entrada no encajaba con la imagen que Tina se había formado en su imaginación.

Los amantes de Sarah solían ser hombres suaves y elegantes, perfectamente acicalados y vestidos. Desprendían un encanto y sofisticación que las chicas del estilo de Sarah parecían encontrar irresistible.

Pero Dominic Hunter apenas encajaba en aquella descripción.

Era un hombre amenazadoramente masculino, grande y de anchos hombros, con el pelo muy corto. Llevaba las mangas de su camisa azul subidas hasta los codos, como si estuviera listo para entrar en batalla, no usaba corbata y se había soltado el botón superior de la

Nos ha pedido que le dijéramos que la próxima vez llamará a la policía. camisa, revelando su musculoso y fuerte cuello. Tenía el ceño tan fruncido que sus cejas se juntaban literalmente sobre su nariz.

Parecía más un capataz de la construcción a punto de reprender a su cuadrilla que un sofisticado hombre de negocios.

Se detuvo junto al cochecito, miró a Bonnie unos momentos y luego a Tina.

-Según he oído, ha venido aquí diciendo que esa niña es mi hija.

Tina no estaba dispuesta a dejarse intimidar por su actitud de machito prepotente. Se preguntó qué diablos habría visto Sarah en aquel hombre. Sin duda, tenía que ser mejor en la cama que fuera de ella.

-Eso es -replicó.

Dominic le dedicó una mirada que habría hecho salir corriendo

a Sarah. Tina empezaba a comprender por qué su amiga no había vuelto a acercarse una segunda vez al padre de Bonnie en busca de ayuda.

Pero ella no era Sarah.

Casi sonrió al pensar en lo que le esperaba al señor Hunter.

—Espere aquí -gruñó él.

-No pienso irme a ningún sitio -contestó Tina en tono calmado, y recibió otra de aquellas virulentas miradas.

Ni siquiera parpadeó, manteniendo la mirada de Do-minic Hunter sin la más mínima vacilación.

Él la miró unos segundos más y luego salió del despacho a toda prisa.

Tina permaneció sentada, silbando y balanceando su pie izquierdo. Suponía que el señor Macho estaría en el vestíbulo tratando de hacerse a la idea y buscando sus modales. O, al menos, algo de sentido común.

Los minutos fueron pasando

Cinco...

Diez...

La tensión de Tina empezó a subir, pero se había preparado mentalmente para aquello. No esperaba que el hombre acudiera a la fiesta voluntariamente, sobre todo después de haber negado su paternidad y de haberle dado dinero a Sarah para que abortara.

Francamente, no esperaba nada de él, y Dominic Hunter estaba haciendo honor a la baja opinión que tenía de los hombres de su clase. Evidentemente, la esperaba una dura lucha para conseguir el apoyo económico que necesitaba para criar a la hija de Sarah como se merecía.

Pero a ella le gustaban los retos. Siempre salía lo mejor de sí misma cuando se hallaba arrinconada contra la pared.

El sonido de la puerta al abrirse la hizo volverse hacia ésta con un destello de agresividad en la mirada. ¿Cómo se había atrevido a tenerla esperando tanto tiempo?

La visión de dos guardias de seguridad entrando en el despacho la desconcertó, y de inmediato le subió la tensión. De manera que Dominic Hunter quería jugar así la partida, ¿no?

Apretando los dientes, se levantó y dedicó a los guardias una mirada desdeñosa.

-Deduzco que el señor Hunter no va a volver.

—Exacto, señora -dijo el mayor de los guardias-.

-¿En serio? Pero eso habrá que verlo, ¿verdad? ¡No, eso no será necesario! -espetó Tina cuando el guardia que había hablado la

tomó por un codo-. Me iré tranquilamente.

A pesar de sus protestas, los guardias la escoltaron hasta que estuvo fuera del edificio.

Tina permaneció unos momentos en la acera, mirando las plantas superiores, tratando de controlar su genio. Imaginaba al miserable mirándola desde la planta número veinte con una sonrisa de triunfo en los labios.

-Tendrás lo tuyo, Dominic Hunter -murmuró-. ¡Claro que lo tendrás!

Respiró profundamente varias veces seguidas para calmar los latidos de su corazón y recuperar la compostura. Finalmente, cuando su cerebro comenzó a funcionar de nuevo con cierta normalidad, pensó que el padre de Bonnie debía estar muy seguro del terreno que pisaba para haberse atrevido a echarla de ese modo. En aquella época, negar una paternidad era una estupidez.

Y, fuera lo que fuese en otros sentidos, Dominic Hunter no era ningún estúpido.

De pronto se le ocurrió que, probablemente, Dominic Hunter creía que Sarah había llevado adelante el aborto por el que él había pagado, lo que significaba que no había relacionado a Bonnie con Sarah. Debía haber pensado que Bonnie era un bebé totalmente distinto y que ella era la madre. Mientras la miraba con tanta dureza e intensidad debía haber estado tratando de recordar si alguna vez se había acostado con ella. Ya que no lo había hecho, había asumido que trataba de cargarle con una falsa paternidad.

¡Eso tenía que ser!

Tina podría haberse abofeteado. Debería haber aclarado de inmediato que ella no era la madre biológica.

-Tu nueva mamá es una idiota -dijo a la niña, mientras empujaba el cochecito hacia una parada de taxis-. Pero no te preocupes, tengo un plan de emergencia. Ya que de momento la he fastidiado con tu padre, iremos a ver a tu abuela. Sí, sé que tienes hambre y que estás mojada. Te daré de comer y- te cambiaré en el taxi. He traído todo conmigo; biberones, pañales, y ropa. ¿No estás impresionada? Varios peatones se volvieron a mirar a la alta y bella morena que empujaba el cochecito por la acera, evidentemente ajena a todo excepto al bebé. -—Espera a que tu abuela vea lo bonita y lo buena que eres. No podrá resistirse a tus encantos. Como me ha pasado a mí, ¿verdad? Tú mamá solía decir que soy muy testaruda, y probablemente tenía razón. Pero no tenía razón cuando decía que no era capaz de querer a nadie. No, cariño; en eso estaba muy equivocada...

Capítulo Dos Menudo descaro tenía aquella mujer! Dominic echaba chispas míentras miraba a Tina empujando el cochecito por la acera. ¿A qué creía que estaba jugando? ¿Cómo había podido pensar que iba a salirse con la suya? Incluso aunque fuera uno de los pocos desafortunados cuyo preservativo hubiera fallado, ¿de verdad creía aquella mujer que no recordaría haberse acostado con alguien como ella?

No era la clase de mujer que se olvidaba fácilmente. Sobre todo porque era exactamente su tipo. A Dominic siempre lo habían atraído las morenas altas y delgadas de rostro interesante y ojos oscuros que dejaban claro desde el primer momento que los hombres no eran su especie favorita. Le gustaba el reto de llevárselas a la cama y ver cómo abandonaban su agresividad femenina durante la relación sexual. Había tenido relaciones con varias mujeres de esas características, y se enorgullecía de conservar todavía su amistad.

Oh, sí, claro que habría recordado haber tenido relaciones con... ¡pero si ni siquiera sabía su nombre! Solo le había dado a Doris el nombre de la niña.

Bonnie.

¡Como si eso pudiera darle algún indicio de algo!

La miró hasta que desapareció por una de las esquinas del edificio, seguro de que esa sería la última vez que la viera.

Contra toda lógica, casi lamentó haberla echado con tanta rapidez. Debería haberle hecho más preguntas para averiguar lo que realmente quería de él.

«Dinero», pensó, mientras se volvía para salir del despacho. ¿Qué otra cosa podía querer?

Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta. ¿Pero por qué lo había elegido a él como diana de su estafa? No tenía especial fama de ligón, y no era la clase de hombre al que pudiera convencerse de que se había acostado con una mujer bajo la influencia del alcohol o de otras drogas. Nunca bebía hasta ese extremo, y el alcohol era la única droga que consumía.

Tal vez, aquella mujer lo había confundido con algún otro. Era posible que fuera ella la que hubiera olvidado con quién se habla acostado. También era posible que el padre de la niña fuera algún empleado de Hunter & Associates. O algún inversor de otra empresa. Alguien parecido a él, tal vez.

Sí, eso tenía que ser, decidió con firmeza. Era un caso de identidad confundida.

«Y ahora, olvídala y vuelve al trabajo», se ordenó. «¡Ya has perdido suficiente tiempo por hoy!»

La casa de la señora Hunter estaba en Clifton Gardens, un antiguo y selecto barrio cercano al puerto de Sydney.

Era un edificio de dos plantas con un amplio porche delantero de madera, y los jardines que lo rodeaban tenían un aspecto inmaculado.

Tina frunció el ceño al ver la casa. Era evidente que la familia de Dominic Hunter tenía dinero de antiguo, y la arrogancia solía ser algo natural en aquella clase de gente.

Si la señora Hunter pertenecía a esa clase de perso

nas no daría la bienvenida a una meta ilegitima en su vida, por muy adorable que fuera Bonnie. Era posible que reaccionara con la misma dureza que su hijo y la echara de inmediato.

Tina vaciló unos instantes, pero solo necesitó mirar a la preciosa niña que sostenía en los brazos para recuperar la confianza.

Ninguna mujer en el mundo podría resistirse a Bonnie, se dijo.

Estaba saliendo del taxi cuando otro pensamiento negativo pasó por su mente. ¿Y si la madre de Dominic Hunter no estaba en casa?

Había averiguado las señas de la mujer esa mañana, después de que la secretaria de Dominic le dijera que no podía ver a éste ese día.

Muy irritada, Tina había vuelto a llamar a la secretaria y, utilizando un acento inglés, simuló ser una florista agobiada porque debía entregar unas flores a la madre del señor Hunter y había perdido las señas.

Unos minutos después colgaba, tras haber obtenida la información que buscaba.

Pensaba acudir directamente a la abuela, pero la indignación que sentía la hizo acudir primero a ver al padre de Bonnie. Fue una decisión totalmente impulsiva.

Y presentarse en la casa de la señora Hunter sin haber llamado antes tampoco había sido una graü idea.

Suspiró.

-¿Le importaría esperar unos momentos, hastá que compruebe si hay alguien en la casa? -preguntó al taxista mientras le pagaba-. Es posible que la persona a la que vengo a ver no esté en casa.

-No hay problema -contestó el taxista, y salió del coche para abrirle la verja de entrada a la casa.

Tras dedicarle una sonrisa de agradecimiento, Tina puso a Bonnie en el cochecito y avanzó por el sendero

hacia la casa. Anhelaba desesperadamente que la madre de Dominic Hunter fuera una mujer comprensiva y que Bonnie encontrara en ella una abuela que la quisiera como solo las abuelas podían hacerlo.

No era que ella hubiera experimentado personalmente el amor de una abuela, pero sabía que estas se especializaban en la clase de afecto incondicional y mimos que tanta falta les habría hecho a Sarah y a ella mientras crecían.

También quería que la señora Hunter convenciera a su hijo para que reconociera a Bonnie y la ayudara financieramente sin que ella tuviera que recurrir a presiones legales.

Detuvo el cochecito ante las escaleras de la entrada, le puso el freno y subió para llamar.

Durante unos inquietantes segundos pareció que no había nadie en la casa, pero entonces se abrió la puerta y apareció una mujer de unos sesenta años. Informalmente vestida con unos pantalones azul marino y una blusa de flores, era alta y delgada, tenía un rostro atractivo y el pelo corto y gris. La expresión de sus inteligentes ojos azules era de reconfortante calidez.

-¿Sí? -dijo, sonriendo interrogadoramente.

-¿Es usted la señora Hunter? -preguntó Tina.

-Sí, querida. ¿En qué puedo ayudarte?

Tina sintió un alivio inmediato. Había estudiado psicología humana durante sus estudios para actriz y se consideraba bastante buena juzgando el carácter de las personas, especialmente el de las mujeres.

Para empezar, la señora Hunter no era ninguna esnob, y, sobre todo, era amable.

Sonriendo aliviada, Tina se volvió y despidió al taxista con un gesto de la mano.

-No hay problema -dijo-. Ya puede irse.

Se volvió justo cuando la señora Hunter acababa de fijarse en el cochecito y en el dulce rostro de Bonnie.

-¡Oh, qué bebé tan precioso! -exclamó, mientras bajaba a mirarlo más de cerca-. ¿Es una niña? -preguntó, volviéndose a mirar a Tina por encima del hombro.

''' ~SÍ

-¿Puedo tomarla en brazos? Está bien despierta.

-Sí, claro. Una instantánea calidez recorrió a Tina mientras la señora Hunter tomaba a Bonnie en brazos y comenzaba a acunarla. Sabía que nada le gustaba más a la niña que que la mecieran. Nunca lloraba mientras la mecían.

-¿Cómo se llama? -preguntó su involuntaria abuela

-Bonnie.

-¿Y tú, querida?

-Tina. Tina Highsmith.

-¿Y qué vendes, Tina? -preguntó la señora Hunter, sin dejar de sonreír a Bonnie-. Si eres representante de Avon, lo siento, porque ya no uso maquillaje. Solo me pinto los labios un poco de vez en cuando. Y en cuanto a las cosas de la casa, tengo de todo. Mi hijo no tien mucha imaginación para los regalos y siempre me compra cosas para la casa. Dominic es esencialmente práctico -dijo, con pesar.

-Lo cierto es que no vendo nada, señora Hunter. Y he venido a verla precisamente para hablar de su hijo.

Aquello captó realmente la atención de la señora Hunter.

-¿De Dominic? ¿En serio? ¿Y sobre qué?

-Sobre Bonnie -contestó Tina, asintiendo en dirección al bebé mientras se preparaba para la posible reacción negativa de la señora Hunter. Esperaba que la mujer fuera tan agradable como parecía-. Es... es hija de Dominic.

Se quedó asombrada ante la variedad de emociones que cruzaron el rostro de la señora Hunter. La conmoción inicial dio paso a una intensa alegría, seguida de una profunda preocupación.

Subió las escaleras lentamente, con la niña en brazos.

-¿Lo sabe Dominic? -preguntó, con cautela.

-He tratado de decírselo hoy, pero he cometido un error y ha hecho que me echaran de su oficina.

La preocupación del gesto de la señora Hunter dio paso al enfado.

-¿Que ha hecho qué?

-Fue culpa mía, señora Hunter -explicó Tina precipitadamente-. Ahora me doy cuenta. Cuando le dije que Bonnie era su hija olvidé añadir que yo no soy su madre. Creo que me miró, supo que no me conocía y dedujo que trataba de engañarlo.

El enfado dio paso a la confusión.

-Si tú no eres la madre... -preguntó la señora Hunter-... ¿quién lo es? ¿Tu hermana?

-No. Mi mejor amiga -Tina tragó para deshacer el nudo que se le formaba en la garganta cada vez que pensaba en la muerte de Sarah-, Sarah trabajó en Hunter & Associates el año pasado. Fue la secretaria personal de Dominic desde julio hasta el veinticinco de noviembre. Bonnie nació el diecinueve de agosto. Sarah resultó gravemente herida cuando la atropello un autobús el mes pasado.

Solo sobrevivió unos días. Antes de morir me nombró tutora legal de Bonnie. En su certificado de nacimiento dice «padre desconocido», pero yo sé que el padre de Bonnie es su hijo.

-¿Estás segura?

-Muy segura, señora Hunter.

La señora Hunter frunció el ceño.

-¿Te lo confirmó tu amiga?

Tina dudó. No quería mentir a aquella mujer, Pero la verdad era muy complicada y podía resultar confusa para alguien que no hubiera conocido bien a Sarah. La evidencia con la que contaba respecto al padre de Bonnie era solo circunstancial, y en parte obtenida de segunda mano. La señora Hunter podría pensar que se había precipitado sacando conclusiones, pero ella sabía la verdad.

-Sarah y yo nos lo contábamos todo -dijo finalmente, con firmeza-. Más que amigas éramos como dos hermanas. Estoy segura de que su hijo es el padre de Bonnie, señora Hunter. Pero si sigue negando su paternidad, una prueba de ADN aclarará las cosas.

-¿Qué quieres decir con... con «si sigue»?

-Sarah fue a verlo cuando descubrió que estaba embarazada. Dominic se negó a creer que el bebé fuera suyo, aunque le dio dinero para que abortara.

-Cosa que, evidentemente, tu amiga no hizo.

-No, Sarah no creía en el aborto.

-Gracias a Dios —la señora Hunter suspiró y sonrió a Bonnie antes de mirar a Tina con lagrimas en los ojos-. Siempre he querido tener nietos. No sabes cuánto. Había llegado a creer que ya nunca los tendría, Do-minic está tan empeñado en no casarse y no tener hijos... y su hermano, Mark... -se interrumpió y volvió a fruncir el ceño-. Has dicho que tu amiga te nombró tu-tora de la niña. ¿Por qué, Tina? Sé que has dicho que erais como hermanas, pero ¿y los abuelos maternos de la niña? ¿O sus tías y tíos?

-La madre de Sarah murió en un incendio cuando Sarah tenía nueve años. Sarah nunca conoció a su padre, ni a sus abuelos. Su madre fue la oveja negra de la familia. Huyó de su casa en el campo a la ciudad cuando solo era una adolescente- No estaba casada cuando tuvo a Bonnie. Supongo que el padre las abandonó antes de que naciera. De modo que no hay parientes cer

canos interesados en Bonnie. Yo soy todo lo que tiene de momento.

-Comprendo. ¿Y cuál es tu situación, querida? ¿Estás casada?

-No.

-Y... ¿piensas criar sola a la niña?

-Lo haré si tengo que hacerlo, señora Hunter. Pero preferiría contar con ayuda. Yo tampoco tengo familia. Mi madre murió en el mismo incendio que la de Sarah. También era una madre soltera, y también huyó de su casa siendo una adolescente.

Por no mencionar que fue una mujer de la noche Ambas lo fueron. Pero Tina prefirió no mencionarlo, por si la señora Hunter era de esa clase de personas que pensaba que tales cosas eran hereditarias, y no ambientales.

-Cuando la asistencia social renunció a buscar parientes que quisieran quedarse con nosotras, Sarah y yo pasamos el resto de nuestra adolescencia en una institución estatal.

-Dios santo... ¡Pobrecitas!

-Sobrevivimos, señora Hunter. Imagino que ahora comprenderá cómo llegamos a ser tan amigas. Sarah me ha dejado a cargo de su hija y quiero asegurarme de que tenga lo mejor. No quiero que Bonnie acabe como nosotras, sin dinero y sin ningún adulto que la quiera y cuide de ella.

-No tendrás que preocuparte por eso, querida. Yo estaré aquí para ella, y para ti. Y también podréis contar con Dominic en cuanto hable con él. ¡Puedes estar segura de ello! Y ahora, creo que lo mejor será que pases y me lo cuentes todo. Esperaremos a que llegue Dominic para tener una reunión familiar y hablar del futuro.

Tina se quedó sorprendida.

-¿Dominic vive aquí? -Sí... vive aquí.

-¡Oh, no!

-Pero no es un niño de mamá, si eso es lo que te preocupa -aclaró la señora Hunter-. Decidió vivir conmigo por razones prácticas, no sentimentales.

-No creo que Dominic sea un «niño de mamá» -aclaró Tina de inmediato-. Lo que sucede es que no creo que vaya a hacerle gracia encontrarme aquí cuando venga. ¿No sería conveniente llamarlo para ponerlo sobre aviso?

-¡Claro que no! No merece que lo avisemos -dijo la señora Hunter con brusquedad-. Además, los viernes son muy mal día para llamarlo a la oficina. Ya lo he hecho una vez hoy y no he sido especialmente bien venida. Y eso me recuerda que más vale que llame a Joanna para cancelar la cena de esta noche.

-Espero que no sea por culpa mía -dijo Tina, preguntándose quién sería Joanna. ¿Se trataría de una amiga de la señora Hunter? ¿O de Dominic?

La señora Hunter sonrió misteriosamente.

-En absoluto, querida. Es una viuda amiga mía. Puede venir otra

noche. Yo también soy viuda, así que me temo que la pequeña Bonnie no va a tener abuelo. Pero me tendrás a mí, ¿verdad, cariño? -susurró, mirando tiernamente a la niña-, Y ahora pasa, querida. Tú ocúpate del cochecito y yo me ocupo de la niña. Tomaremos un té mientras charlamos. Luego podemos ir de compras a las galerías cercanas para cómprale algunas cositas a Bonnie. ¿Te importa?

-Oh, er... no, claro que no.

Tina siguió a la señora Hunter al interior de la casa, pensando que, además de dulce y cariñosa, era una mujer enérgica y decidida. Habiendo tenido un hijo como Dominic, no era de extrañar.

Dominic Hunter...

Una chica menos valiente habría vacilado al pensar en su reacción cuando la encontrara en su casa esa tarde. Podía imaginarlo. Sus ojos azules se entornarían peligrosamente y sus anchos hombros se ensancharían aún más mientras su amplio pecho se llenaba de aire. ¡Estaría listo para estallar en pocos segundos!

Tina sonrió para sí.

Apenas podía esperar a verlo.

Dominic se planteó la posibilidad de llegar tarde a casa a propósito. Incluso pensó en llamar en el último momento a su madre alegando una falsa cena de negocios en la ciudad.

Pero la cobardía no era lo suyo, y encaminó su BMW azul hacia su casa. Soportaría la cena, pero no tenía intención de hacer el más mínimo esfuerzo por aquella mujer.

Con un poco de suerte, la alegre viuda de Damien, y su casamentera madre, comprenderían finalmente que él era una causa perdida. Nada lo desalentaba más que las mujeres buscadoras de oro empeñadas en no dejarlo en paz.

Además, las rubias no eran lo suyo. Ni tampoco los pechos grandes que se agitaban como flanes de gelatina.

Sin embargo, su interés despertaba de inmediato ante una esbelta morena de largas piernas y firme trasero y pechos. Si además resultaba un reto conquistarla, la combinación resultaba irresistible.

Joanna Parsons no era ninguna de las dos cosas.

La imagen de la morena que había estado ese día en SH despacho surgió en su mente. Una vez más.

Le había sucedido a lo largo de toda la tarde, distrayéndolo en numerosas ocasiones de su trabajo.

No podía negar que aquella morena estaba deliciosamente sexy con sus ceñidos pantalones blancos y su blusa blanca, igualmente ceñida. Su pelo también era sexy. Largo, oscuro y con aspecto un poco salvaje, como su dueña.

Era una lástima que fuera una estafadora. O una loca.

Se estaba preguntando cuál de las dos cosas sería cuando entró con el coche en el sendero que llevaba al garaje. Mientras entraba en su casa por la puerta trasera aún no lo había decidido.

Se hallaba a medio camino de la escalera, camino de su dormitorio, cuando el sonido de un bebé llorando le hizo detenerse en seco.

Frunciendo el ceño, se volvió y escuchó atentamente. Parecía venir del cuarto de estar.

¿La televisión?

No, decidió cuando volvió a oír los lloros. Eran demasiado altos, demasiado.., reales.

Una terrible posibilidad pasó por su mente.

No podía ser, pensó. No se habría atrevido.

Pero cuando volvió a oír el llanto del bebé supo que sí se había atrevido-Bajó las escaleras como una exhalación y caminó rápidamente hasta el cuarto de estar, incrédulo y furio--so.

Y allí estaba ella, empujando el cochecito por el suelo de madera, canturreando con suavidad mientras lo hacía.

Acababa de abrir la boca para manifestar su enfado cuando ella dejó de cantar y de mover el cochecito. Cuando se inclinó para inspeccionar el repentinamente silencioso contenido del cochecito, la vista de aquellos ceñidos pantalones ciñéndose aún más sobre su extremadamente atractivo trasero le hicieron olvidar por un momento lo enfadado que estaba.

Pero solo por un momento.

-¡Hey, usted! -exclamó.

Tina se volvió y su oscuro pelo voló como un halo en torno a su cabeza antes de asentarse sobre sus hombros. Sus oscuros ojos destellaron irritados mientras avanzaba hacia Dominic con un dedo presionado sobre los labios.

-Cállese, por favor -siseó-. Me ha costado mucho conseguir que se durmiera. Creo que extraña la casa. Normalmente se queda totalmente dormida en cuanto termina el biberón.

Antes de que Dominic pudiera decir algo, ella apoyó una firme mano sobre su pecho y lo empujó hacia el vestíbulo. Después cerró la puerta a sus espaldas como si todo aquello fuera perfectamente

normal y razonable.

Dominic solo pudo mover la cabeza, desconcertado. Aquella mujer no era una estafadora, decidió, exaspera-do. ¡Estaba completamente loca! ¡Una loca deliciosamente atractiva, pero loca al fin!

-No sé lo que le habrá contado a mi madre -murmuró-, pero le aseguro que se ha equivocado. Yo no soy el padre de su bebé.

-Nunca he dicho que lo fuera, señor Hunter.

Aquello desconcertó aún más a Dominic.

-¿Cómo?

-No puede ser el padre de mí bebé porque no tengo ninguno -explicó Tina, como si Dominic fuera idiota-. Debería habérselo dicho en su despacho, pero no lo pensé. Bonnie es hija de Sarah.

-¿Sarah? -repitió él, aturdido.

La morena le dedicó una severa mirada.

-Espero que no vaya a decirme que tampoco conoce a Sarah, Sarah Palmer. En caso de que lo haya olvidado, el año pasado fue secretaria suya durante varios meses, a lo largo de los cuales tuvo una aventura con ella.

El desconcierto dejó mudo a Dominic durante unos segundos. Pero la furia resurgió de inmediato. ¿Si Sarah creía qué iba a cargarle con la paternidad de aquel bebé basándose en aquella única noche, ya podía ir olvidándose!

-Es cierto que Sarah fue mi secretaria durante unos meses -espetó-, ¡pero no tuvimos ninguna aventura!

Tina se cruzó de brazos y lo miró de arriba a abajo.

-Oh, vamos, señor Hunter. No nací ayer. Sé con exactitud lo que pasó entre Sarah y usted. ¡Y no comprendo cómo puede tener el valor de negar haberse acostado con ella!

-No niego haberme acostado con ella -replicó Do-minic, tratando de mantener el control-. Pero solo sucedió una vez y utilicé protección. Le repito que no soy el padre de ese bebé ni de ningún otro. Como ya le he dicho, se ha equivocado de hombre.

Tina le dedicó una helada sonrisa.

-Usted es Dominie Hunter, el dueño de Hunter & Associates, ¿no?

-Sabe muy bien que sí.

-En ese caso no me he equivocado de hombre. Pero si insiste en hacerse una prueba de ADN, por mi parte no hay problema,

-¡Una prueba de ADN! -estalló Dominic-. ¡No pienso hacerme ninguna prueba!

-¡Claro que te la vas a hacer!

Dominic se volvió y vio a su madre mirándolo con una expresión que decía que no iba a haber forma de convencerla de lo contrario. Lo sabía porque la había visto muchas veces a lo largo de su vida. Suspiró, resignado. ¡Si no se sometía a la prueba del ADN, su vida iba a ser un infierno!

Más calmado, pensó que incluso podría venirle bien hacerse la prueba. ¿Qué mejor forma podía haber de negar su paternidad?

-Muy bien -asintió, recuperando la compostura, y las dos mujeres parecieron sorprendidas, sobre todo la morena de ojos negros.

¿Quién diablos era aquella mujer?, se preguntó de pronto. ¿Y qué relación tendría con Sarah? ¿Sería su hermana, tal vez?

La miró atentamente, pensando que no se parecía nada a Sarah.

-Si no es molestia, señorita «sabelotodo», ¿le importaría explicarme por qué no vino Sarah en persona a hablarme del bebé? ¿Por qué ha enviado a otra persona a hacerlo? Y no me diga que es porque me tiene miedo, porque no me lo creería.

Dominic volvió a quedarse totalmente desconcertado al ver que los ojos de la morena, que hasta ese momento solo lo habían mirado con cinismo y desprecio, se llenaban de lágrimas. Cuando su madre se acercó a ella y le pasó un consolador brazo por los hombros, comprendió.

Sarah había muerto.

Aquella dulce y preciosa chica había muerto.

Su corazón se encogió mientras se preguntaba cómo habría muerto. ¿Durante el parto, tal vez? Pero esa clase de cosas no pasaban ya...

-Sarah murió en un accidente hace un par de semanas -explicó su madre antes de que pudiera preguntar, mirándolo con gesto de reproche-. Cruzó sin mirar y un autobús la atropello. Algunos testigos dijeron que parecía especialmente distraída. Sarah no tenía ningún pariente cercano, así que nombró tutora de su hija a Tina. Eran muy amigas. Tina ha venido para saber si estamos dispuestos a ayudar a criar a la niña.

-Siento mucho que Sarah haya muerto -dijo Domin nic-, y estoy dispuesto a darle algo de dinero a Tina, ¡pero yo no soy el padre del hijo de Sarah, mamá!

La señora Hunter asintió.

-Sé que probablemente crees lo que dices, hijo. Es la única explicación de tu comportamiento. Pero Sarah le dijo a Tina que tu eras el padre. También le dijo que acudió a ti cuando solo estaba embarazada de unas semanas. Tú negaste ser el padre, pero le diste

dinero para que abortara.

-¡Eso no es cierto! -negó Dominic con vehemencia-. Si Sarah te contó eso, mintió -dijo, mirando directamente a Tina, que parecía haberse recuperado rápidamente de su repentino deseo de llorar-. Juro que nunca supe nada de su embarazo. Y nunca vino a verme para hablar de ello.

Los labios de Tina se curvaron en una despectiva sonrisa.

-Sarah no mentía.

-¡Oh, vamos! ¡Todo el mundo miente! -espetó Do-minic.

-¿Ah, sí?

El tono sarcástico de Tina resultaba hiriente. Dominic no estaba acostumbrado a que se cuestionara su credibilidad, y aquello no le estaba gustando en lo más mínimo. Miró aquellos oscuros ojos que lo observaban con evidente desdén. De pronto se vio abrumado por una fuerte y sorprendente sensación, por un deseo casi compulsivo de hacer que aquella mujer lo creyera, de tomarla entre sus brazos y besarla hasta hacer desaparecer aquella despectiva expresión de su rostro, hasta lograr que fuera incapaz de negarle nada.

La cabeza empezó a darle vueltas a causa de la intensidad de su deseo. Si su madre no hubiera estado allí, tal vez habría hecho exactamente lo que le apetecía.

Darse cuenta de ello lo dejó totalmente desconcertar do, porque él no era aquella clase de hombre. Al menos, normalmente.

Apretó los puños y los metió en los bolsillos de su pantalón, descubriendo horrorizado que tenía una erección.

No podía creerlo. Nunca en su vida lo había afectado una mujer de aquel modo. Una mezcla de intensa rabia y frustración se apoderó de él. Cuanto más trataba de someter su carne, más le costaba conseguirlo. Finalmente, sacó las manos de los bolsillos y se abrochó la chaqueta a la vez que se erguía con toda la dignidad posible.

-¿De verdad crees toda esta basura? -preguntó, mirando a su madre, tratando de distraerse con una discusión.

-Tina me ha enseñado una foto de Sarah -replicó la señora Hunter con calma-. Es una de las chicas más preciosas que he visto en mi vida.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no habría sido capaz de resistirla?

-Casi ningún hombre podía resistirse a Sarah, señor Hunter -replicó Tina-, sobre todo cuando ella se creía enamorada. Y el pasado octubre, poco antes de que Bonnie fuera concebida, me confesó que estaba enamorada de usted. Y cuando Sarah se

enamoraba era capaz de hacer cualquier cosa por el objeto de su amor.

«No como tú», pensó Dominic, mirándola. «Tú nunca serías las esclava de un hombre».

Aquello solo sirvió para que su deseo se intensificara. Pero descubrir de dónde procedía aquel deseo le sirvió de poco consuelo. Su carne siguió testarudamente reacia a razonar.

Siempre le había gustado el reto sexual en una mujer, pero aquello era ridículo. Aquella mujer lo despreciaba. Era extremadamente retorcido desear a alguien que estaba dejando muy claro que él sería el último hombre de la tierra con quien se acostaría.

-Repito que solo me acosté con Sarah una vez -insistió-. Y utilicé protección. Sucedió el último día que trabajó para mí. Su novio acababa de dejarla por otra mujer y estaba muy disgustada.

-Así que se dedicó a consolarla -dijo Tina, sin molestarse en lo más mínimo en ocultar su sarcasmo.

En aquella ocasión, algo oscuro, profundo y casi peligroso se apoderó de la mente de Dominic. «Algún día haré que me mires de otro modo», se prometió. «¡Te juro que algún día haré que me des tu fuego, no tu sarcasmo!»

Aquel inesperado momento de locura pasó tan rápido como había llegado, pero dejó muy alterado a Dominic, porque le hizo ver una falta de control en su carácter que hasta entonces desconocía.

Tenía que controlar la situación. Y su cuerpo.

¿O era su mente la que le estaba jugando una mala pasada?

Pero no, no era su mente. Era aquella mujer.

-Algo así -murmuró, finalmente.

-Algunos condones fallan -replicó Tina con descaro.

-No los que yo compro.

Tina alzó las cejas con gesto burlón.

-No había oído hablar de una marca infalible.

Tampoco Dominic. Pero no estaba dispuesto a ceder ni un milímetro en lo referente a aquella mujer.

-¿Dónde y cuándo puedo ir a hacerme la prueba? -preguntó, decidido a terminar cuanto antes con aquella absurda situación.

-Ya he llamado al médico -contestó su madre-. Ha dicho que tú y Bonnie podéis ir el lunes a primera hora, aunque los resultados de la prueba no estarán

hasta dentro de un par de semanas.

-¿No pueden hacerlo más rápido?

-Al parecer hay una demanda creciente de pruebas de ADN, y

solo dan prioridad a las emergencias reales solicitadas por la policía -contestó su madre con calma-. Entretanto, he sugerido a Tina que se quede aquí con Bonnie. Este año ha estado trabajando y viviendo en Melbourne y, aparte del pequeño apartamento que alquilaba Sarah, no tiene un lugar decente en que quedarse con la niña.

-No creo que eso sea buena idea, mamá -dijo Do-minie con firmeza.

-¿Por qué no?

-En primer lugar, porque en dos semanas acabarás desarrollando un fuerte apego por la niña. ¿Cómo crees que te sentirás cuando averigües que no es tu nieta?

Su madre le dedicó una mirada inquietantemente petulante, como si tuviera algún oscuro secreto al que él fuera totalmente ajeno.

-Si eso llega a suceder, sabré enfrentarme a ello. ¿Qué otras objeciones tienes?

-No quiero ser pedante, pero lo cierto es que lo único que sabes de esta mujer es lo que ella te ha contado, e invitar a vivir a tu casa a una desconocida sin comprobar por otros medios su historia no sería solo ingenuo, sino totalmente estúpido.

Capítulo Tres

TINA entrecerró los ojos al oír las últimas palabras de Dominic. «¡Muy bien!», pensó, ferozmente, «¡Esto es la guerra!»

Había soportado que la mirara como si quisiera estrangularla con sus propias manos. Había soportado su simulada indignación. Incluso había escuchado sus acaloradas negativas y sus poco imaginativas mentiras sin echarse a reír.

Pero aquel ataque directo a su carácter y a su honestidad habían colmado el vaso de su paciencia. Primero había llamado mentirosa a Sarah, y ahora... ¡ahora la estaba acusando a ella de lo mismo! Era posible que hubiera tenido que retorcer un poco la verdad, pero solo porque esta era... bueno... demasiado complicada. Nada podía cambiar el hecho de que aquel hombre era el padre de Bonnie. ¡Y estaba tratando de librarse de sus responsabilidades por segunda vez!

-Esperaba no tener que recurrir a los abogados para resolver este asunto -dijo, mirando a Dominic con ojos llameantes-. Creía que podríamos llegar a un acuerdo amistoso en lo referente a Bonnie, pero veo que he sido demasiado optimista. Lo siento, señora Hunter -dijo, volviéndose hacia la abuela de la niña-. Me habría gustado quedarme unos días con usted. Veo que no es la misma clase de persona que su hijo. Usted es una buena mujer. Pero esto no va a funcionar.

-Claro que va a funcionar -replicó la señora Hunter con firmeza, y Tina parpadeó, asombrada-. Esta es mi casa, y si quiero, te alojarás en ella. Si no estás de acuerdo, Dominic, puedes irte cuando quieras. Puede que haya llegado el momento de que te busques otra casa. La hipoteca quedó liquidada hace tiempo, y, además, si vivieras por tu cuenta no tendrías que preocuparte de mis actividades de casamentera.

¿Hipoteca? ¿Casamentera?

Tina alzó las cejas. Al parecer, la vida en casa de los Hunter debía resultar bastante entretenida.

-De acuerdo -espetó Dominic, y ya estaba girando para alejarse cuando Tina recuperó el sentido común.

Bello no era lo que quería. ¡Ni mucho menos!

-No, espere -dijo, rápidamente, y Dominic se detuvo-. Señora Hunter, por favor -continuó en tono de ruego-. Yo... lo último que querría sería crear problemas entre usted y su hijo.

Y era cierto. No obtendría ninguna ventaja de ello. Vi para sí misma, ni para Bonnie... por mucho que le apeteciera hacer

pedacitos a aquel hombre.

En cuanto a su amenaza de recurrirá los abogados... en realidad tampoco quería seguir aquel camino. Un juicio podía prolongarse meses, y costaba mucho dinero.

Un dinero que no podía permitirse. Había ingresado en una cuenta la pequeña cantidad que había dejado Sarah para la educación de Bonnie, y sus propios ahorros eran prácticamente nulos. La profesión de actriz no era precisamente de las más estables. Además, hacía solo año que había terminado sus estudios.

El sentido común le dijo que el mejor camino era el de la conciliación, no el de la confrontación. Ya tenía a la madre de Dominic de su lado. Había llegado el momento de jugar una mano más sutil. Y estaba dispuesta a lo que fuera necesario por Bonnie.

-Su hijo tiene parte de razón, señora Hunter -añadió, sacando a relucir sus dotes de actriz-. Yo podría ser cualquiera. Llevo conmigo mi carné de conducir y algún otro documento para identificarme, pero supongo que eso no es bastante, porque podrían ser falsos. Pero puedo darles varios teléfonos para que comprueben mi identidad. De algunos amigos, o del abogado de oficio que se ocupó del testamento de Sarah. Puede hacer todas las averiguaciones que quiera sobre mí, señor Hunter -dijo, mirando a Dominic sin fruncir el ceño-. En cuanto a Bonnie, puedo probar ahora mismo quién es. He traído conmigo su certificado de nacimiento. También tengo las llaves del apartamento de Sarah, donde hay una copia de su testamento y otros papeles personales que ayudarán a probar lo que les he contado. Si quiere, puedo ir por ellos para enseñárselos.

Dominic no se mostró precisamente entusiasmado ante la oferta. Siguió mirándola con cara de pocos amigos y permaneció en silencio.

Tina suspiró. Al parecer, humillarse no le había servido de nada.

-Lo justo es justo, Dominic -intervino la señora Hunter-. Tina no puede hacer mucho más. ¿Por qué no la llevas a casa de Sarah esta noche, después de cenar? Así podrías aclarar tus dudas y de paso traer lo que Tina y Bonnie puedan necesitar.

Tina vio que la mandíbula de Dominic se tensaba. Era evidente que no quería llevarla a ningún sitio. No quería tener nada que ver con ella.

Ni con Bonnie.

Trató de no mostrarse tan furiosa como se sentía, pero algo debió revelar su rostro, pues la tensión de la mandíbula de Dominic se trasmitió a todo su cuerpo.

Probablemente habían sido sus ojos. La gente solía decirle que

sus ojos la delataban. Había tratado de aprender a controlarlos, de que proyectaran las emociones que ella quería, no las que estaba sintiendo. Se suponía que una actriz debía ser capaz de hacerlo. Pero cuan-do estaba tan enfadada, cuando alguien le desagradaba tanto como aquel tipo, no lograba controlar su mirada.

El objeto de su intenso desagrado se volvió hacia su madre con expresión frustrada.

-Diga lo que diga va a dar lo mismo, ¿verdad? Pero Luego no me culpes si las cosas no salen como esperaras -Dominic respiró profundamente y soltó el aire ¿espacio-. Y supongo que Joanna no va a venir a cenar esta noche, ¿no?

-No -contestó su madre, resueltamente-. He retrasado la cita para otra noche.

-Gracias al cielo por los pequeños favores -dijo Dominic en tono burlón-. ¿Quién habría pensado que iba a poder agradecerle algo a este «fiasco»?

A Tina no le gustó nada aquella palabra, pero se mordió la lengua. Tenía la sensación de que iba a tener que hacerlo a menudo estando cerca de aquel hombre.

Nunca le habían gustado los hombres grandes. Su tamaño la amedrentaba, haciéndola sentirse pequeña y vulnerable, aunque, teniendo en cuenta que ella medía casi un metro ochenta, aquella reacción resultaba bas-tante tonta. Pero a menudo había agradecido que la mayoría de los actores fueran más bien pequeños.

Dominic Hunter debía medir casi un metro noventa ydebía pesar unos cien kilos. Era evidente que no estaba gordo, pero tenía unos hombros muy anchos y unos brazos largos y fuertes. También tenía las manos grandes. Y los dedos.

Sin duda, el resto de su físico debía de ser igual de grande.

Tina se estremeció al pensarlo y él le lanzó una penetrante mirada. Sus duros ojos azules se detuvieron un momento en los de ella antes de bajarlos hasta su boca, y luego hasta sus senos.

Tina se puso nerviosa al comprobar cómo se habían acelerado los latidos de su corazón. De inmediato, alzó la barbilla, desafiándose a sí misma. ¡No estaba dispuesta a ponerse a temblar ante aquel hombre como una adolescente atemorizada!

-Necesito tomar una ducha y cambiarme -dijo Do-minic, bruscamente, y apartó la mirada de los senos de Tina para detenerla en su madre, que lo observaba con evidente interés-. ¿Cenaremos a la misma hora?

-Un poco antes, ya que luego vas a salir. June ha dejado todo preparado esta mañana, pensando que Joanna iba a venir a cenar,

claro. Solo tengo que poner la mesa y calentar las cosas. ¿Te parece bien a las siete y media?

-De acuerdo -murmuró Dominic, y a continuación se fue.

Sin pensar en lo que hacía, Tina dejó escapar un tembloroso suspiro.

La señora Hunter le palmeó cariñosamente una mano.

-Sus ladridos son peores que sus mordiscos -dijo-. De hecho, creo que has sabido enfrentarte a él muy bien. Mencionar a los abogados ha sido una idea estupenda. Estoy segura de que a Dominic no le ha hecho ninguna gracia la idea de tener que perder el tiempo enfrentándose a un juicio por paternidad. Es un adicto al trabajo, y los adictos al trabajo solo tienen tiempo para el trabajo. Eso explica por qué tuvo una aventura con tu amiga. La única mujer a la que ve regularmente es a su secretaria.

-No creo que tenga una aventura con su actual secretaria -dijo Tina en tono irónico, e Ida Hunter rio.

-En eso tengo que estar de acuerdo contigo. Pero me extraña que Dominic esté negando de forma tan vehemente su implicación en este asunto. ¿Por qué alegar que solo se acostó con Sarah una vez si no fue así?

Tina no quería llamar mentiroso a Dominic ante su -adre, pero tenía sólidas pruebas de que se había acostado con Sarah más de una vez.

-Er… no estoy segura de por qué ha dicho eso.

-¿Es posible que hubiera otro hombre?

-¡Oh, no! Eso lo sé con certeza. Sarah se enamoraba mucho, pero solo de un hombre cada vez. Se enamoró de Dominic a finales de octubre, e incluso él ha admitido que se acostó con ella a finales de noviembre. Estoy segura de que entre tanto no hubo otro hombre. Cuando Sarah amaba, lo hacía de forma exclusiva y obsesiva.

-Supongo que tienes razón. ¿Pero por qué dirá mi hijo que Sarah no fue a verlo para ponerle al tanto de su embarazo? Dominic no es ningún santo, pero suele ser muy sincero.

Era evidente que la señora Hunter no lograba asimilar el hecho de que su hijo pudiera mentir.

-Um… la verdad es que no lo sé -murmuró Tina-. Puede que no haya querido quedar mal ante usted. Lo cierto es que no sé lo que pasa por la cabeza de su hijo, señora Hunter, pero sé que es el padre de Bonnie, y la prueba del ADN lo demostrará.

-Oh, sí, en eso estoy de acuerdo contigo. De hecho,

no tengo ninguna duda.

-¿En serio? -Tina había empezado a temer que las negativas de

Dominic hubieran empezado a afectar a su madre.

-Claro que no -dijo Ida Hunter, sonriendo-. Bonnie es el vivo retrato de Dominic cuando era bebé. Me he dado cuenta nada más verla. Dominic fue un bebé precioso, y siguió siéndolo hasta que la pubertad lo trans-formó en el tiarrón que es hoy en día.

A Tina le costaba encontrar algún parecido. Pensaba que Bonnie era como Sarah, pero tampoco había conocido a Dominic de pequeño.

-Er... ¿qué cree que hará Dominic cuando ya no pueda negar que es el padre? -preguntó.

Ida suspiró.

-No creo que le haga mucha gracia. Pero espero que se mentalice pronto.

Tina se estaba mordiendo el labio cuando notó que la señora Hunter la estaba mirando atentamente.

-¿Tienes novio, Tina? -preguntó con aparente inocencia, y Tina estuvo a punto de reír. Si la madre de Dominic Hunter estaba pensando lo que creía, más le valía olvidarlo. El infierno tendría que helarse para que ella se enamorara de aquel hombre. O, ya puestos, de cualquier hombre, pensó, cáusticamente.

Pero no era el momento para hablar de lo que siempre le había criticado Sarah: su incapacidad para amar o confiar en el sexo opuesto. Ella no podía evitar ser dura y cínica en su trato con los hombres y el sexo. Y no era que fuera virgen. Se había acostado con un par de hombres, aunque nunca por amor. Solo para saber cómo actuar en escenas de sexo. También para saber a qué venía tanta alharaca.

Seguía sin saberlo.

-No -negó-. No tengo novio, señora Hunter.

Su respuesta agradó a la abuela de Bonnie.

-¿Y hay algo que te obligue a volver a vivir en Melbourne? Has dicho que tu papel en el serial en el que intervenías ya se ha terminado, ¿no?

-De momento. Pero si el público echa de menos a mi personaje, es probable que vuelva a aparecer.

-¿No puedes conseguir algún papel aquí, en Sydney?

-Desafortunadamente, hay muchas más productoras en Melbourne.

-Oh...

-Pero no se preocupe, señora Hunter. Lo más importante ahora para mí es Bonnie, no mi carrera. Si quiere que me quede en Sydney, lo haré -de hecho, Tina se sentía en aquellos momentos

bastante decepcionada con su profesión. No le estaba dando las satisfacciones que había esperado. Prefería dejarla a un lado una temporada para ocuparse de Bonnie.

El rostro de Ida Hunter se iluminó y Tina pensó que Bonnie era muy afortunada por tener una abuela como ella.

-Me gustaría que dejaras de llamarme señora Hunter, querida. Mi nombre es Ida.

-Ida -repitió Tina, sonriendo.

-Así está mejor. Y ahora, supongo que será mejor que prepare la cena antes de que el gruñón de mi hijo vuelva a bajar.

Tina trató de no reír, pero la palabra «gruñón» definía muy bien a Dominic Hunter.

-¿Puedo ayudarte?

-Oh, no hace falta, querida. ¿Por qué no vas a refrescarte antes de cenar?

-Creo que eso me vendrá muy bien -contestó Tina.

Dominic se quedó sin aliento mientras el agua fría caía sobre su acalorada piel. Maldiciendo, apretó los dientes mientras el frío conseguía lo que su voluntad no hiabía podido lograr.

Finalmente, abrió un poco el agua caliente y comenzó a enjabonarse, sintiendo cierta satisfacción al volver a tener sus hormonas bajo control.

¿Pero durante cuánto tiempo, con aquella mujer viviendo bajo su mismo techo? ¡No recordaba haber sido víctima de una explosión de lujuria como aquella desde los catorce años! «Ni siquiera pienses en ella», se advirtió en cuanto la piel comenzó a cosquillearle de nuevo.

Pero no le quedaba más remedio que pensar en ella y en la situación.

Debía reconocer que era posible que no se tratara de un intento de estafa, y que Tina parecía una persona sincera, aunque estuviera seriamente confundida.

Tenía que estarlo si creía que él era el padre de la niña.

¡Porque eso era imposible!

Bueno... no cien por cien imposible, reconoció, reacio. Tina tenía razón. Los preservativos podían fallar. Pero las probabilidades eran muy escasas. Además, si Sarah hubiera creído seriamente que él era el padre de Bonnie, habría ido a verlo.

¡Pero no lo había hecho! No, Bonnie no era hija suya. Sarah lo sabía. Sin embargo, Tina creía que lo era. Lo que significaba que Sarah había mentido a su mejor amiga.

¿Por qué mentía la gente?, especuló. ¿Por vergüenza? ¿Para

proteger a alguien?

Tal vez el padre de la niña fuera un hombre casado, alguien que trabajaba para Hunter & Associates...

Frunció el ceño mientras echaba atrás la cabeza para aclararse el jabón. Necesitaba averiguar la identidad del verdadero padre antes de que su madre llegara a sentir demasiado apego por Bonnie. ¡Y antes de que él mismo se volviera loco!

La idea de convivir con aquella mujer durante las dos siguientes semanas era demasiado inquietante. Aquellos fantásticos ojos. Aquella boquita enfurruñada. Aquellos pequeños, altos y firmes senos...

Dominic gimió. Al parecer, solo con pensar en ella tenía problemas. Cerró el agua caliente y se preparó para una nueva tortura. En esa ocasión, el agua fría no funcionó con tanta rapidez.

Veinte minutos después, vestido con unos vaqueros y una camisa azul oscura, y sin haber logrado calmarse ¿el todo, Dominic bajó las escaleras. Al menos, durante la cena estaría sentado, oculto a las miradas. Pero no le nacía ninguna gracia tener que llevar luego en coche a Tina al apartamento de Sarah. ¡Necesitaba estar lo más lejos posible de aquella mujer!

Tampoco le hacía gracia tener que estar defendién-¿ose constantemente de sus ataques, sobre todo teniendo en cuenta que era inocente. ¿Qué había hecho para merecer aquello? Había sido un buen tipo toda su vida, _ no? Había sido un buen hijo, un buen hermano, un buen amigo... No le gustaban las drogas, no bebía en exceso, no engañaba a sus clientes...

Trabajaba duro y entregaba fuertes sumas de dinero a la caridad.

No se dedicaba a seducir a todo lo que tuviera faldas, y, sobre todo, ¡no había dejado embarazada a ninguna de sus secretarias!

En cuanto entró en el comedor fue directo a servirse un whisky.

-No bebas eso, Dominic.

Con el vaso suspendido a medio camino, Dominic se volvió hacia su madre, que acababa de entrar con una humeante sopera en las manos.

-¿Por qué? -preguntó.

-Tienes que conducir después de la cena, ¿recuer-das? Y hay una botella de tu vino favorito para acompañarla. No puedes beber las dos cosas y mantenerte por debajo del límite de alcohol permitido.

-En ese caso solo tomaré un vaso de vino -contestó Dominic, y a continuación dio un largo trago a su whisky.

El alcohol aún no había hecho su efecto cuando Tina entró en el

comedor.

Dominic notó que se había sujetado el pelo y que se había pintado los labios de rosa. Le resultaba tan deliciosamente atractiva como un algodón de feria a un niño adicto al azúcar.

Ella lo miró con sus oscuros ojos mientras avanzaba hacia la mesa. Su expresión era casi mordaz y, contra toda lógica, el cuerpo de Dominic parecía estar esperando precisamente aquello para reaccionar.

Desesperado, apartó la mirada de ella y se terminó el whisky.

Tina vio que Dominic terminaba su bebida como si realmente la necesitara, pero no sintió ninguna compasión por él. Si había visto alguna vez a un hombre actuando con evidente culpabilidad, ese era Dominic Hunter.

El lenguaje de su cuerpo revelaba una intensa irritación que iba mucho más allá de lo que habría sido el justificado enfado de un inocente.

Cuando la miraba, daba la sensación de que habría querido zarandearla. Sin su habitual traje de trabajo, parecía más que nunca un empleado de la construcción. Con aquellos vaqueros y aquella camisa, su poderosa musculatura se hacía aún más evidente.

La idea de tener que estar a solas con él después de la cena no resultaba especialmente alentadora. Y no era que Tina pensara que fuera a propasarse. Era su propia reacción a aquel poderoso cuerpo lo que la preocupaba.

¿Por qué no podía haber sido más parecido a los novios habituales de Sarah?, se preguntó, irritada.

Tal vez porque no había sido su novio, fue la inquietante respuesta que surgió en su interior.

Tina apartó los ojos del mantel para mirar a Dominic mientras él se sentaba frente a ella a la mesa. ¿Y si estaba diciendo la verdad?, se preguntó, agobiada. ¿Y si era cierto que solo se había acostado con Sarah una vez? ¿Y si el padre de Bonnie era el misterioso novio que, según Dominic, había dejado a Sarah aquella semana?

Si era así, estaba sentada a la mesa equivocada, en la casa equivocada y con la familia equivocada.

«No, no estoy equivocada», se dijo, apartando aquel momento de duda. Sarah le había dicho personalmente que su jefe, Dominic Hunter, era el hombre del que es-taba enamorada y con el que se estaba acostando. Tambien estaba lo que Sarah le había dicho a su vecina, y aquellas tarjetas de floristerías que habían aparecido entre las cosas de Sarah con todos aquellos mensajes románticos firmados con una «D». ¿Qué probabilidades rabia de que hubiera tenido dos

amantes trabajando en Hunter & Associates cuya inicial fuera una «D»?

Tina suspiró, aliviada, bajó la vista y miró su sopa.

La comida avanzó silenciosamente. Ida trató de entablar una conversación desenfadada, pero Dominic no quiso colaborar. Tina tampoco ayudó mucho, pero lo cierto era que resultaba menos tenso no decir nada y limitarse a comer.

Iban por el postre cuando un agudo chillido sobre-saltó a todos. Tina saltó de su asiento como si éste tu-viera un resorte.

-¡Bonnie! -exclamó, y salió corriendo del comedor.

Dominic miró a lo alto, exasperado, lo que hizo que su madre le lanzara una severa mirada mientras se levanaba.

-Si yo estuviera en tu lugar me iría acostumbrando a ese sonido.

-¿Cuántas veces tengo que decírtelo, mamá? -dijo Dominic, suspirando-. Ese bebé no es mío.

Ida rio. Aún estaba riendo cuando salió del comeDominic movió la cabeza, impotente. «Mujeres», penso una vez más. Nunca se rendían. Era evidente que su madre no quería atender a razones... ni escuchar a su propio hijo. Prefería escuchar aquel montón de mentiras procedentes de una mujer tal vez bien intencionada, aunque seriamente confundida.

La mujer en cuestión regresó al comedor con un silencioso bulto rosa apoyado sobre su hombro, palmeando lo que Dominic supuso era la espalda del bebé y haciendo maternales ruiditos.

-Ya está, cariño, ya está. Sé que tienes hambre y estás mojada. Solo necesito... -Tina se interrumpió al mirar a su alrededor y ver que Dominic estaba solo en el comedor-. ¿Dónde está Ida?

-No tengo ni idea. Pensaba que había ido a reunirse contigo y con el bebé.

-Necesito saber dónde ha puesto los pañales que ha comprado. Toma. ¿Por qué no sostienes a tu hija mientras voy a buscarla? -la horrorizada expresión de Dominic provocó una inmediata mirada de desagrado-. Por si te interesa saberlo, no muerde -espetó Tina mientras le entregaba a la niña-. Si llora, camina por la habitación y balancéala atrás y adelante. Así se calmará. -Pero... pero... Pero Tina se había ido.

Dominic apretó los labios y miró al bebé que se hallaba sobre sus rígidos brazos. Dos grandes ojos azules le devolvieron la mirada, dos encantadores e irresistibles ojos azules. No mostraban el más mínimo indicio de lloro reciente, lo que sugería un caso de lágrimas de cocodrilo, probablemente el aviso de «ven a recogerme que estoy aburrida».

-Así que eres una pequeña artista de la estafa, ¿no? -murmuró-. Como tu madre adoptiva. Pues si cree que este truco le va a funcionar, va lista.

Sorprendida por aquella voz masculina, la niña arrugó el rostro y rompió a chillar con todas sus fuerzas.

Las cejas de Dominic se arquearon. ¿Cómo podía surgir un ruido tan intenso de una boquita tan dulce? Al instante estaba en pie, caminando de un lado a otro de la habitación y meciendo a la niña como loco. Incluso recurrió a la charla tranquilizadora.

-Vamos, vamos, no llores más. No quería asustarte. no estoy enfadado contigo. Es esta absurda situación la que me tiene enfadado. Supongo que no estás acostumbrada a las voces fuertes. O a los nombres. De ahora en adelante te hablaré muy suave. Lo prometo...

Pero nada funcionó. Los gritos se intensificaron a la vez que la niña apretaba los puñitos y los agitaba.

-Veo que no has nacido para padre -dijo Ida en tono _irónico, acercándose a su hijo para quitarle a la niña-. Deja que te enseñe.

Dejó a Bonnie sobre el extremo vacío de la mesa, la arropó con firmeza y volvió a tomarla en brazos.

-A los bebes les gusta estar bien arropados -dijo, apoyándola contra su hombro-. Así se sienten a salvo y seguros.

El llanto cesó de inmediato, y dos ojos instantánea-mente secos miraron confiadamente a Dominic desde la seguridad que daba la distancia.

-¿Lo ves? -añadió Ida, satisfecha.

-Sí. lo veo -replicó Dominic, frustrado-. Todas las mujeres utilizan las lágrimas para conseguir lo que quieren desde que nacen. Me voy arriba a hacer una 11amada. Dile a nuestra invitada que esté lista en cinco mi-minutos. No quiero pasarme toda la noche con este asunto.Ya son las nueve y luego voy a salir.

-¿Adonde?

Dominic dedicó a su madre una torva mirada.

-Tengo treinta y tres años, mamá. No puedes tratarme como si aún fuera al colegio. Pero si quieres saber-voy a ver a mi novia.

-¿Tu novia?

-Eso es.

-Pero nunca has mencionado que tuvieras una novia. Al menos... últimamente.

-Me preguntó por qué -dijo Dominic, irritado.

-No quiero ni pensarlo -replicó su madre.

Dominic decidió que había llegado el momento de aclarar las

cosas. Había sido un poco débil dejando que su madre tratara de liarlo con mujeres como Joanna Parsons. Suponía que lo había hecho para no chafar todas sus esperanzas de golpe. La marcha de Mark al monasterio había supuesto un gran disgusto para ella.

¡Pero ya era suficiente!

-Mamá -dijo, con firmeza-, ya sabes lo que siento respecto al matrimonio y los hijos. No son para mí. Sé que piensas que algún día cambiaré de opinión, pero no lo haré. También sé que piensas que algún día me enamoraré, pero no será así.

-¿Sabe eso tu novia? -preguntó Ida.

-Claro que lo sabe.

-Extraña novia.

-Shani me comprende. Tenemos un... arreglo.

-Supongo que eso significa que solo os veis para acostaros.

-Yo no lo expresaría de forma tan cruda.

-¿Y cómo lo expresarías?

-Somos... amantes.

-No, no lo sois. El amor no tiene nada que ver con lo que os hacéis mutuamente.

El tono desdeñoso de su madre hirió a Dominic. No tenía por qué sentirse avergonzado de lo que en realidad era una relación muy práctica y razonable. El no estaba haciendo daño a nadie, y menos aún a Shani.

-Ese es un punto de vista muy anticuado -espetó. Al volverse para salir del comedor vio a Tina en el umbral. de la puerta, con un biberón en una mano y un pa-ñalen la otra.

Se preguntó cuánto habría oído. A juzgar por su sor-prendida mirada, todo.

-Si me disculpáis -añadió, encaminándose hacia la puerta.

Tina se apartó con una rapidez y una expresión de panico que resultó directamente insultante. ¿Qué pensa-ba?. Que el contacto físico con él iba a contaminarla?

Dominic estuvo a punto de reír. Desde luego, ten-dria derecho a estar asustada si supiera lo que había es-tado pensando y sintiendo respecto a ella.

Afortunadamente, aquellas sensaciones parecían ha-berse relajado un poco. Subió las escaleras de dos en dos hasta su dormitorio.

Cinco minutos después bajaba mucho más tranqui-lo ,con el equilibrio recuperado y su genio bajo control. Llegará cuando llegara, Shani estaría esperándolo.

La sensata y sexy Shani.

Si al menos hubiera más mujeres como ella!

Capítulo 4

TINA permaneció rígidamente sentada en el asiento de pasajeros del coche de Dominic Hunter, tratando de ignorar los confusos sentimientos que se habían apoderado de ella.

Ya sabía que no iba a ser una experiencia agradable estar a solas con aquel hombre en los reducidos confines de un coche.

Pero no eran sus anchos hombros lo que la preocupaba en esos momentos. Era algo que había escuchado sin querer mientras él y su madre hablaban en el comedor.

Al oír a Dominic admitir que mantenía una relación estrictamente sexual con una novia secreta había experimentado una reacción muy extraña.

No de desprecio, como habría cabido esperar. Pero sí de una extraña excitación. ¡Excitación, por Dios santo!

Se había sentido tan conmocionada que se había quedado clavada en el sitio, boquiabierta, con el corazón desbocado. Su mente se había llenado al instante de imágenes eróticas en las que no aparecían la tal Shani y Dominic... ¡sino ella y Dominic!

Cuando él empezó a avanzar hacia ella, no fue capaz de apartarse con la suficiente rapidez.

Quince minutos después aún estaba conmocionada, sobre todo porque aquellas inquietantes sensaciones no habian desaparecido. En todo caso, habían empeorado. sentada en el coche se sentía especialmente consciente de su cuerpo... ¡y más aún del de Dominic! no lograba comprender lo que le estaba pasando. para empezar, los hombres grandes no le gustaban. ¡Y el se xo no le gustaba en absoluto!

-Habíame de tu amistad con Sarah -dijo Dominic, bruscamenté.

-¿Por qué? -espetó Tina, enfadada con él por lo que le estaba haciendo sentir-. ¿Qué sentido tendría?

Ninguno, pero al menos así tendremos algo de qué hablar. Vamos a tardar por lo menos media hora en lle-gar al apartamento de Sarah. Has dicho que estaba en Lewisham,¿no?

-Sí -murmuró Tina.

Lewisham era un barrio lleno de viejos edificios con enormes casas que habían sido transformadas en innumerables apartamentos. Sarah había alquilado uno de ellos. Era diminuto, pero no se había podido permitir nada más con su exigua pensión de madre soltera.

-¿.Y bien? -insistió Dominic, impaciente. Tina se encogió de hombros. ¿Por qué no hablarle de Sarah? Antes o después, Dominic tendría que saber algo de ella. A fin de cuentas, era la madre de su

hija. Y hablar sería mejor que estar allí sentada, pensando.

De manera que habló. Y no se molestó en ocultarle

Resultó muy distraído observar la conmocionada reacción de Dominic al escuchar el sórdido relato y tratar de adivinar luego sus pensamientos y reacciones.

No había duda de que podía mantener una perfecta cara de póquer cuando quería, porque Tina no pudo deducir en ningún momento lo que estaba pensando.

Y cuando terminó la primera parte de su relato, las preguntas de Dominic no fueron crueles, sino meramente inquisitivas.

-Así que cuando se incendió la casa esa noche, quemando a vuestras madres y a varios... invitados, ¿dónde estabais tú y Sarah?

-Fuera.

-¿Fuera? ¿A esas horas de la noche?

Tina se encogió de hombros.

-Era mejor que quedarse en casa. Había llegado un barco al puerto y nuestras madres organizaron una fiesta para los marineros. Todos bebieron demasiado, y cuando eso sucedía yo trataba de mantener alejada a Sarah. Incluso a los nueve años atraía la atención de los hombres.

-Dios santo. ¿A los nueve?

Dominic se quedó en silencio, como si le costara asimilar la idea de aquel inimaginable estilo de vida. Pero Tina no tenía ninguna dificultad para hacerlo, porque la había vivido personalmente. Y también había pasado por los difíciles años que siguieron a la muerte de sus madres, a lo largo de los cuales tuvo que seguir protegiendo a Sarah del sexo opuesto.

Y no resultó fácil, porque Sarah fue una víctima muy dispuesta desde que se convirtió en una adolescente. Por mucho que lo lamentara ahora, Tina comprendía por qué había salido de la vida de su amiga. No había soportado por más tiempo ver cómo se dejaba utilizar. ¡Había tenido suficiente!

-¿Y adonde fuisteis después del incendio? -preguntó Dominic.

-Pasamos a depender del estado.

-¿Y vuestros abuelos?

-Nunca llegamos a conocerlos. Tras la muerte de nuestras madres, los asistentes sociales encargados de nosotras debieron buscarlos. Tal vez los encontraron, pero, evidentemente, no quisieron saber nada de sus nietas. Éramos las hijas de las ovejas negras de sus resrespectivas familias, y en nuestros certificados de nacimiento ponía «padre desconocido». Cuando fuimos lo suficientemente mayores como para buscar por nuestra cuenta.

averiguamos que los abuelos de Sarah habían muerto y que no tenía tías ni tíos. Yo averigüé que un abuelo y tres tíos míos vivían en Inglaterra. Les escribí varias veces. Uno de mis tíos acabó por contestarme para decirme que mis cartas habían disgustado mucho a mi abuelo, que mi madre había sido una mala hija que solo había llevado vergüenza a la familia y que me agradecerían que no volviera a escribirles.

-Eso debió ser duro.

-Nadie me dijo que la vida fuera a ser fácil -replicó Tina en tono cáustico, alegrándose de haber recuperado su cinica y endurecida personalidad. penssar en su pasado era siempre una experiencia aleccionadora. No dejaba lugar para más sentimientos que la amargura. ¡No comprendía cómo había podido sucumbir ni por un momento a algo tan absurdo como al de seo sexual por el hombre que tenía al lado! Ella sabia mejor que nadie cómo eran los hombres, sobre todo en lo concerniente al sexo.

-El caso es que acabamos en una casa que tenían para los adolescentes sin familiares. íbamos a la escuela lo-cal, pero ninguna de las dos sobresalimos en los estudios. No porque fuéramos tontas, pero Sarah estaba de-masiado ocupada parloteando a todas horas con los chicos y yo vivía en un mundo aparte. En cuanto cumplimos los quince dejamos la escuela y empezamos a trsabajar como dependientas. Sarah hizo un curso de secretariado durante las noches y fue consiguiendo mejo-res trabajos mientras yo trataba de mejorar mi educación.Compartimos piso hasta el año pasado, cuando yo me fui a Melbourne a buscar trabajo.

No pensaba hablarle de la discusión que provocó su separación.

-¿Qué clase de trabajo? -preguntó Dominic.

-¿No te lo ha contado tu madre?

-¿Qué tenía que contarme?

-Que soy actriz.

-No, no me lo ha dicho. ¿Y eres buena actriz?

-Me gradué en AÍDA.

-Mmm. He oído decir que es muy difícil entrar en esa escuela.

-Lo es. Tuve que presentarme tres años consecutivos a las pruebas para conseguir una plaza.

-¿Por ambición, o por simple testarudez?

-Antes pensaba que por ambición, pero ahora me inclino por la simple testarudez.

-Lo creo -dijo Dominic en tono irónico-. ¿Y encontraste un buen trabajo como actriz en Melbourne?

-Eso depende de cómo se mire. Conseguí un papel fijo en una

telenovela para hacer de «mujer fatal», pero, desafortunadamente, el personaje desapareció del guión al terminar la temporada. Algunas personas desprecian los seriales, pero son una buena lanzadera si uno tiene talento. Y es algo que puedo poner en mi curriculum.

-¿Y qué va a pasar con tu carrera de actriz ahora que tienes que ocuparte de Bonnie?

-Tendré que mantenerla en suspenso durante una temporada.

-¿Cuántos años tienes, por cierto?

-Veintiséis. ¿Por qué?

-¿Cuál es tu situación financiera? -dijo Dominic, ignorando la pregunta de Tina.

-¿Es mera curiosidad o planeas hacerme una donación? -replicó ella en tono irónico.

-Deja de ser tan grosera y limítate a contestar la pregunta.

Grosera ella? ¡Aún no había empezado a ser grose-Mi situación económica es asunto mío. No creerás que iba a darle esa información a un hombre al que pro-bablemente voy a demandar, ¿no?

-Eso significa que no estás precisamente forrada, o de lo contrario ya me habrías arrojado esa información a la cara.

-Eso significa que somos enemigos, nada más. No pienso ofrecerte una información que podría darte ven-taja ¿sobre mí. Sarah era la persona más dulce y encan-tadora del mundo, y me ha confiado a su hija. Créeme cuando te digo que tengo intención de hacer todo lo po-sible por conseguir que tu aceptes a Bonnie como tal, y para que te ocupes de ella como es debido.

-Así que, en el fondo, lo esencial es el dinero.

-Cuánto te compadezco. Lo esencial es el amor. Yo quiero a Bonni, pero no soy de su sangre. Tu madre y tu si lo sois. Ida puede darle a Bonnie la clase de amor que yo no puedo darle y que un niño siempre anhela. Y te aseguro que sé lo que me digo. Y no creas que me engaiño pensando que vayas a darle a tu hija tu amor. Por lo que he visto y oído, eres impermeable a esa emoción. Pero el dinero puede proporcionar a un niño la ilusióndel amor. ¿Y quién sabe? Con el tiempo, puede que llegues a encariñarte con Bonnie. Si ha heredado el caracter de su madre, y sospecho que así es, será muy dificí1 que no suceda.

-.No crees que sería mejor dejar ese sermón para despues de las pruebas de ADN?

-Querías que te hablara de Sarah -replicó Tina-. No puedo hacerlo sin hablar de Bonnie. ¡Por no mencionar a su desaparecido

padre!

Ya que resientes tanto mi supuesta participación en todo esto. ¿por qué no viniste a verme antes? Cuando Sarah te contó que yo había negado ser el padre de Bonnie y que le di dinero para que abortara, ¿por qué no viniste volando a mi oficina como un ángel vengador? ¿Por qué has esperado hasta ahora?

Tina no esperaba aquella pregunta, y se quedó momentáneamente desconcertada.

-Bueno, yo... estaba en Melbourne, ¿recuerdas?

-Pero supongo que viniste a ver a Sarah cuando dio a luz a Bonnie.

Tina se ruborizó.

-Lo cierto es que no... no vine -confesó.

Se produjo un breve silencio.

-¿Vas a decirme por qué? -preguntó Dominic, que, además de desconcertado parecía enfadado-. ¿O vas a dejarme pensando que eres la mejor amiga más extraña que he conocido?

-Yo... nosotras... discutimos -dijo Tina, y apartó la mirada de Dominic. Se acercaban al puente Harbour, pero estaba demasiado ocupada tratando de controlarse como para admirar las magníficas vistas.

-¿Sobre qué? -preguntó Dominic.

Tina se limitó a mover la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

El suspiró.

-Hay pañuelos de papel en la guantera.

Tina acababa de tomar uno cuando su pesar y su remordimiento, largamente contenidos, le hicieron romper en sollozos.

Dominic agradeció estar cruzando el puente en aquellos momentos, porque allí no podía parar. Afortunadamente, no podía hacer algo tan estúpido como tomarla entre sus brazos.

El llanto de Tina le estaba afectando mucho más de lo que habría querido, al igual que la triste historia de su infancia. Explicaba muchas cosas de su personalidad, así como su empeño en dar a la hija de Sarah lo mejor. También despertaba en él un sentimiento de cul-posibilidad que no llegaba a comprender. Tal vez se debía a que Tina lo había acusado de no ser capaz de amar o encariñarse por otra persona.

finalmente, los sollozos se acallaron y Tina se ir-gió en su asiento.

- Te sientes mejor? -preguntó Dominic. ella asintió.

- Quieres hablar de ello? ¿De tu discusión con Sa-En realidad no.

-Comprendo. Supongo que seguías en Melbourne cuando Sarah fue atropellada.

Tina se limitó a asentir, retorciendo sus manos enla-zadas sobre el regazo.

- No llegasteis a hacer las paces por vuestra discu-Yo... traté de llamarla varias veces. Pero Sarah ha-bía dejado su trabajo y había cambiado de piso. Su nombre no aparecía en la guía. No tenía teléfono. Yo sabia que ella sabía dónde localizarme, así que pensé... pense que no quería saber nada de mí...

- Pensaste que había abortado? Tina negó lentamente con la cabeza. -Sarah nunca habría abortado. Dominic asintió.

-Comrendo. Pensaba que tal vez discutisteis por eso. Seria lógico que a una chica con tu pasado no le pareciera buena idea traer al mundo a un niño no desea- Eso demuestra que no sabes nada sobre las chicas como yo. O sobre las chicas en general. Pero ya que pareces empeñado en saberlo, te diré que discutimos sobre ti.

-¿Sobre mí? -repitió Dominic, desconcertado.

-Eso es. Pero hay que estar al tanto del comportamiento de Sarah con los hombres para comprender por qué reaccioné tan mal como lo hice. Siempre se estaba enamorando, a menudo de los hombres con los que trabajaba, y nunca de alguno que la correspondiera. Yo ya me había cansado de recoger sus trozos cada vez que su último amor le iba mal. También estaba harta de verla cambiar de trabajo constantemente por alguna sórdida aventura con un hombre casado.

-¿Tenía aventuras con hombres casados?

-A veces. Pero no era una libertina, ni nada parecido. Simplemente, no podía resistirse a ser amada. Si un hombre le decía que la amaba era incapaz de decirle que no. No era sexo lo que buscaba, sino amor. Cuando entró a trabajar en Hunter & Associates me prometió que todo sería diferente. Pero pronto empecé a captar indicios de que volvía a estar enamorada. Lo que tardaba en prepararse para ir al trabajo. La ropa nueva. El perfume sexy. Así que la presioné para que me dijera quién era el nuevo hombre. Inicialmente negó estar saliendo con nadie del trabajo, pero yo sabía que mentía. Cuando finalmente me confesó que estaba enamorada de ti, su nuevo jefe, lo vi todo rojo.

-¿Sarah estaba enamorada de mí? -repitió Dominic, anonadado.

-Por favor, no simules que no lo sabías -replicó Tina en tono cáustico.

-¡Pero no lo sabía! ¡Lo juro!

-Puede que ocultara sus sentimientos porque sabía la clase de

hombre que eres -sugirió Tina en tono desdeñoso-. ¿Quién sabe? El caso es que perdí el control y la llamé de todo. Todos los insultos habituales entre amigas. Ella defendió su amor por ti con auténtica pasión, diciendo que era más intenso que lo que había sentido nunca. Incluso me llamó tonta porque no sabía lo que era el amor -suspiró con auténtico pesar antes de continuar-. Nos dijimos cosas que no debimos decir nunca. Yo ya tenía las maletas hechas para irme a Melbourrne una temporada. Sarah me dijo que me marchara y que no quena volver a saber nada de mí.

-Comprendo -murmuró Dominic. Aquella perspectiva más profunda de Sarah había debilitado su certeza de que no era el padre de Bonnie.

La noche que durmió con ella... ¿le mintió sobre el misterioso novio que la había dejado? ¿Habría buscado que se apiadara de ella para que la tomara entre sus bra-zos ? ¿Habría planeado toda la situación?

Y si lo había hecho, ¿con qué propósito? Sólo había una respuesta posible. Para atraparlo con un embaraTrató de recordar con exactitud lo sucedido aquella noche, pero los detalles resultaban borrosos. Había pa-sado mucho tiempo, y él bebió bastante esa noche.

A pesar de todo, estaba seguro de haber utilizado protección en ambas ocasiones. En ambas ocasiones?

Su estómago se contrajo ante el repentino recuerdo. sarah se había acurrucado contra él durante la noche y había vuelto a excitarlo con mano experta. Ahora que lo recordaba, fue ella la que le puso el preservativo la se-gunda vez. ¿Lo habría manipulado de alguna forma? ¿Habría pensado que si la dejaba embarazada se casaría con ella?

Por lo que acababa de contarle Tina, Sarah era una romantica incurable que no paraba de buscar afecto en todos los lugares equivocados.

Desde luego, en ti no lo encontró», fue el siguiente y brutalmente incómodo pensamiento de Dominic. A la mañana siguiente él se ocupó de dejar bien claro que lo sucedido había sido un error que no debían volver a cometer. Interpretó el silencio de Sarah como vergüenza y acuerdo, cuando en realidad debía estar pensando en la futilidad de sus sentimientos por él. Tal vez, al descubrir que estaba embarazada se sintió demasiado abochornada como para acudir a él y admitir sus artimañas.

Lo que le hizo volver a pensar en una de las acusaciones originales de Tina: que Sarah había acudido a él para contarle que

estaba embarazada y que él había negado su paternidad y le había dado dinero para que abortara.

Las cosas empezaron a encajar en su sitio y dedicó a Tina una perpleja mirada.

-Ni siquiera sabías que Sarah estaba embarazada, ¿verdad?

-No -murmuró ella.

El genio de Dominic se disparó.

-En ese caso, ¿cómo pudo decirte que acudió a mí después de averiguar que estaba embarazada? Has mentido al respecto, ¿verdad?

La mirada de Tina recuperó su dureza a la vez que volvía a erguir los hombros.

-Lo que importa es que Sarah fue a verte. Se lo contó todo a su vecina, y esta me puso ayer al tanto de lo sucedido. Dijo que Sarah no dejó de llorar durante varios días.

Dominic no podía creer lo que estaba oyendo. -¿Me has condenado por un rumor de segunda mano?

Tina le dedicó una mirada de completo desprecio.

-No. Tengo otras evidencias contra ti.

-¿Qué evidencias?

-No te preocupes por eso.

-Claro que me preocupo -espetó Dominic-. Me preocupo, y mucho.

-Debiste preocuparte por Sarah en su momento -replicó Tina-. La amaras o no, lo menos que pudiste hacer era apoyarla, tanto emocional como financieramente .Cuando pienso en ella teniendo a Bonnie sola,

murirendo sola... se me parte el corazón.

-Lo que te parte el corazón -dijo Dominic, casi fe-rozmente-, es no haber estado con ella cuando te nece-sitaba. La insultaste y dejaste que se las arreglara sola, sabiendo que no era ni la mitad de fuerte que tú.

Tina se puso intensamente pálida, y Dominic se arrepintió de inmediato de sus palabras.

- No se te ocurra volver a llorar! -dijo, al ver que la barbilla de Tina empezaba a temblar. Ya estaban muy cerca de las señas que le había dado. En cuanto demviera el coche no tendría excusa para no consolarla entre sus brazos.

La barbilla de Tina dejó de temblar a la vez que le dedicaba una furiosa mirada.

Verla así era un espectáculo digno de contemplarse, El rostro arrebolado, los ojos centelleantes y aquellos encandores y carnosos

labios alternativamente presio-nados y haciendo mohines.

- Nunca volveré a llorar delante de ti, miserable bastardo! -espetó.

Gracias a Dios por los pequeños favores», pensó Dominic mientras giraba en Parramatta Road, muy cer-cal del lugar al que se dirigían.

La casa parecía tan desangelada de día como de no-che.Tina no pudo evitar un estremecimiento al volver a verla.El tejado necesitaba un serio arreglo, y la pintura de las ventanas se estaba descascarillando.

Abrió la puerta y encendió la luz, sintiendo de nue-vo una profunda tristeza al imaginar a Sarah viviendo en un lugar como aquel con su bebé. Tal vez le vendría bien a Dominic Hunter ver a qué se había visto reducida la madre de su hijo.

Él no dijo nada mientras miraba a su alrededor. La pintura de las paredes se estaba cayendo. La alfombra estaba raída. Un aplique de plástico barato cubría la luz del techo. Todo en la casa parecía de segunda mano, excepto la colcha de la cama y las cosas que Sarah había comprado para su bebé. Estas eran todas nuevas y parecían bastante caras.

Cuando Tina entró por primera vez allí, una semana atrás, pensó que aquella era típico de Sarah. Sólo lo mejor para su bebé.

La vecina, la mujer que le había puesto al tanto sobre el desastroso resultado de la visita de Sarah a Do-minic, le dijo que Sarah había vendido todas sus cosas, incluida su adorada ropa, sus joyas y sus bolsos para poder vestir adecuadamente a su hija. Al parecer, conocía el sexo de su bebé desde el cuarto mes de embarazo. Tina también se enteró a través de la vecina de que Sarah tuvo que dejar su trabajo en Hunter & Associates a comienzos de su embarazo porque se sentía demasiado mareada como para trabajar.

Aquella información también disgustó mucho a Tina. Si lo hubiera sabido, habría tomado el primer avión a Sydney.

-¿Te has estado alojando aquí? -preguntó Dominic finalmente, con expresión casi incrédula.

-Sí -replicó Tina, a la defensiva-. Esas dos maletas que están junto a la pared son mías -aún tenían sus cosas dentro. No había querido deshacerlas. A fin de cuentas, no había planeado quedarse mucho tiempo allí.

-Entonces no trates de hacerme creer que tienes dinero -replicó Dominic-. Vamos, recoge lo que necesites para que podamos salir cuanto antes de aquí. He visto algunos lugares deprimentes en mi

vida, pero este los supera a todos. Créeme cuando te digo que si Sarah hubiera venido a verme y me hubiera dicho que estaba embarazada no habría tenido que vivir en un lugar como este.

Tina lo miró mientras una inquietante confusión se apoderaba de ella. Porque Dominic parecía sincero.

- De verdad no fue a verte? -preguntó, casi invo-luntariamente.

-No -contestó él, mirándola directamente a los ojos- No volví a verla. Para ser brutalmente sincero, ni siquiera me di cuenta de que había dejado de trabajar en la compañía.

- ¿Pero por qué dijo que había ido a verte si no era cierto?

-No lo sé. ¿Quién te lo contó? -la vecina.

- Cómo se llama?

- Qué? Oh... er... Betty. No sé cómo se apellida. -Comprendo. Puede que Sarah le dijera que iba a venir a verme y luego cambiara de opinión. Es posible que cuando Betty le preguntó cómo había ido el en-cuentro ella inventara una pequeña mentira para no sentirse avergonzada. Pero me temo que nunca llegaremos a saber con exactitud lo que pasó. -Supongo que no -dijo Tina, con cautela, y se sentó en el borde de la cama. El colchón se hundió, como sus hombros-. ¿Pero qué más da a estas alturas?

- A mí no me da lo mismo que me llamen mentiroso -murmuró Dominic-. No soy ningún santo, Tina, pero tampoco soy un miserable bastardo.

Tina se estremeció al oír sus propias palabras en la-bios de Dominic, consciente de que se las había dicho más porr vergüenza que porque las creyera.

Lo miró y trató de ser justa. Porque lo cierto era que no lo había sido durante todo el día. Incluso antes de conocer a aquel hombre ya lo había juzgado. Y no había escuchado. Se había arrogado el papel de ángel vengador y le había dado a Sarah unas cualidades de auténtica santa de las que realmente carecía.

Lo cierto era que Sarah solía mentir de vez en cuando, sobre todo cuando la verdad podía meterla en problemas, o en una discusión. Sarah odiaba los enfrenta-mientos y siempre tomaba el camino fácil.

-Yo... siento haber dicho eso -murmuró.

-Y yo siento haber dicho que abandonaste a Sarah -replicó Dominic, con más suavidad de la que se merecía Tina-. Por lo que he visto, no podría haber pedido una amiga mejor. O una madre mejor para su bebé.

-Oh -la barbilla de Tina volvió a temblar mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

-¡Habías prometido no volver a llorar delante de mí! -protestó Dominic.

-No... no puedo evitarlo -susurró Tina, y a continuación se cubrió el rostro con las manos.

Dominic la miró, horrorizado.

«¿Por qué yo?», se preguntó.

Hizo una mueca al ver los temblorosos hombros de Tina y luego gimió al oír sus apagados sollozos, preocupado por su lógica tendencia a consolarla, y, sobre todo, por lo que pudiera suceder cuando la tocara.

No debía olvidar lo que pasó la última vez que tomó entre sus brazos a una mujer llorosa. ¡Y eso que Sarah ni siquiera era de su tipo!

Sin embargo, Tina encajaba a la perfección.

¡Y cómo!

De pronto se le ocurrió que se estaba preocupando por nada, ¡porque él no era el tipo de Sarah!

A pesar de su disculpa, estaba convencido de que seguia considerándolo un miserable y un mentiroso sin corazón.

Reconfortado con aquel pensamiento, Dominic se acercó a la cama y se sentó junto a Tina. El colchón se hundió considerablemente con su peso, haciendo que ella se inclinara involuntariamente hacia él.

- Oh! -exclamó Tina, apartando las manos de su rostro.

-No te preocupes -dijo Dominic pasándole un brazo por los hombros.

Pero era él el que debía preocuparse. Debían preo-cuparle los grandes y brillantes ojos de Tina, su rostro alzado hacia él, con los labios entreabiertos, sus temblorosas manos, que había apoyado de forma aparentemente involuntaria sobre su pecho y que seguían allí.

Do minic le dio una oportunidad. Tina podría haber-se apartado de él, podría haber impedido que la tomara por la barbilla con sus dedos.

PERO no opuso ninguna resistencia. Se limitó a mi-rarlo a los ojos, entreabriendo aún más los labios cuan-do la boca de Dominic comenzó a descender. Tina supo que iba a besarla. Lo supo. Pero no hizo ni dijo nada.

Dejó que sus labios se unieran sin protestar. Dejó que él introdujera la lengua en su boca. Dejó que alzara una mano y la apoyara con delicadeza sobre uno de sus traicioneros y palpitantes senos.

Esto es una locura», pensó, justo antes de que una salvaje explosión de deseo volara su mente, anulando por completo su sentido común y dejando en su lugar una urgente necesidad. Lo rodeó por el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí.

Dominic apenas tuvo tiempo de sorprenderse ante la apasionada respuesta de Tina. Si su mente dudó por un momento. su cuerpo no.

Tina gimió cuado Dominic dejó de besarla para tumbarla sobre la cama. Volvió a gemir cuando le hizo separar las piernas y se tumbo sobre ella antes de volver a tomar su boca.

Se sintió como si se estuviera ahogando, como si le faltara aire en los pulmones. La cabeza le daba vueltas. Pero no le importaba. «Qué muerte tan deliciosa», pensó, y volvió a rodear el cuello de Dominic con los brazos.

Él se movió un poco a un lado, pero en esa ocasión no dejó de besarla. Tina sintió una mano en su cuerpo, tan ardiente y hambrienta como la boca de Dominic mientras este la introducía bajo su camisa, donde lo esperaban anhelantes sus pechos desnudos. Todo en su interior se contrajo cuando él deslizó una mano sobre sus erectos pezones, y un gemido de intenso placer escapó de su garganta.

Algunos hombres habían tocado sus pechos antes, pero nunca así, nunca con tan incontrolable ardor.

Cuando Dominic apartó su boca de la de ella y deslizó su mano hacia abajo, rogó en silencio, casi desesperadamente, que no parara. Y él no paró.

Jadeante, Tina vio cómo le subía hacia arriba la blusa y luego ponía su boca donde hacía un momento habían estado sus manos.

Su lengua y sus dientes fueron tan implacables como lo habían sido sus dedos, y sus caricias hicieron que sus pezones ardieran como brasas.

Apretó los ojos con fuerza, tal vez, tratando de negar el intenso placer que estaba experimentando. Pero no encontró ningún refugio en la oscuridad. En todo caso, no ver lo que le estaba haciendo Dominic acrecentó su placer y la hizo más consciente de la respuesta de su cuerpo. Sus senos nunca habían estado tan sensibles e inflamados, ni se había sentido nunca tan húmeda anhelante.

La repentina separación de Dominic la hizo abrir los ojos.

estaba arrodillado entre sus piernas, con su oscura cabeza inclinada y una mano en el botón de su cintura.

Aturdida, Tina se miró a sí misma, allí tumbada, semi desnuda. con la blusa subida hasta el cuello, los pechos desnudos y los pezones aún húmedos y excitados.

Dominic empezó a bajarle los ceñidos pantalones,

llevandose las braguitas con ellos a la vez que se inclinaba a besarle el estómago.

gimiendo, Tina ladeó la cabeza, dispuesta a permitir que le hiciera lo que quisiese. Pero su mirada se topó entonces con una foto de Sarah y Bonnie que se hallaba sobre la mesilla.

la tensión erótica que la había esclavizado hasta ese momento se esfumó al instante. Si alguien le hubiera echado un cubo de agua helada encima, el efecto no ha-bria sido más dramático.

una instantánea frialdad se instaló donde hacía unos instantes ardía el fuego más abrasador. Una intensa consternación sustituyó al increíble deseo.

-Oh. Dios... ¡no! -exclamó, y se irguió en la cama,

apartando a Dominic de un empujón. Él se puso en pie,

mirandola aturdido mientras ella se bajaba la camisa y luego se subía los pantalones. No fue fácil, pero lo logró.Finalmente, se sentó en el borde de la cama, y, si no se hubiera puesto a temblar, tal vez habría salido corriendo hacia la puerta. Pero permaneció sentada, abra-zándose a sí misma para controlar los temblores.

Cuando Dominic fue a sentarse a su lado, lo dejó petrificado con una mirada.

No... no se te ocurra acercarte -advirtió-. Y... y no vuelvas a tocarme.

-¡Por Dios santo, Tina! Sé justa. Querías que lo hiciera. Sabes que es cierto.

Tina negó violentamente con la cabeza.

-No... yo no quería. No quería que me hicieras nada. Eres el último hombre de la tierra que querría que me hiciera el amor. Te odio y... te desprecio.

-¿Pero por qué? Pensaba que empezabas a creerme respecto a Sarah.

Tina apretó los dientes para tratar de controlar sus temblores.

-La utilizaste y abusaste de ella -espetó-. No la amabas, pero de todos modos le hiciste el amor. Y cuando dejó de trabajar para ti, te limitaste a olvidarla y te liaste con esa... con esa Shani. Me pregunto si ella sabe la clase de hombre con el que está. Una fría máquina de sexo, eso es lo que eres. Oh, claro que sabes exactamente lo que hacer. Y sabes perfectamente cuándo golpear: cuando una chica se encuentra en su peor momento emocional, cansada, vulnerable y con el corazón dolido. Entonces es cuando te mueves para matar, ¿verdad? ¡Eres un... un cerdo miserable!

A continuación, Tina hundió el rostro entre sus manos y rompió

a llorar, desconsolada.

Dominic no se había sentido peor en su vida.

Física y emocionalmente.

La frustración aún palpitaba en su cuerpo, unida al remordimiento y la confusión.

En cierto modo, se alegraba de que Tina lo hubiera detenido. Porque él sólo no habría sido capaz de hacerlo. Habría seguido hasta el fin. Sin pensar en las consecuencias. Sin utilizar preservativo.

Aquella realidad era tan ajena como desconcertante para él. ¿Qué tenía aquella mujer que le hacía perder el control. además del sentido común? ¿Era solo una cuestión de química, o había algo más, la ancestral trampa en la que se había jurado no caer nunca?

Movió la cabeza, negando aquella última posibili-dad. Sin duda, enamorarse debía llevar más tiempo!

A. pesar de todo, mientras contemplaba la acurruca-da figura de Tina sentada en la cama, una oleada de in-tensa ternura lo recorrió. Tenía que llegar a ella. Tenía que arreglar las cosas. Debía hacerlo. se arrodilló ante ella y tomó sus manos, sostenién-doselas a pesar de que trató de apartarlas. -No. escúchame -dijo, con firmeza-. Ya has dicho lo que tenías que decir. Ahora me toca a mí. Tina le lanzó una fulminante mirada a través de las lagrimas.

- No pretendía que sucediera esto -continuó Dominic-. No lo había planeado, ni nada parecido. Pero lo cierto es que me he sentido atraído por ti desde el primer momento. Te juro que es cierto -insistió, al ver la expre-sión de incredulidad de Tina-. Siempre me han atraído las morenas esbeltas. Al volver hoy a casa y encontrarte en ella. mi cerebro y mi cuerpo han empezado una guerra imparable. Estaba tan enfadado contigo como tú conmigo. Porque no era culpable de lo que me acusabas,

pero a la vez quería tomarte entre mis brazos y hacerte apasionadámente el amor. Para ser totalmente sincero, te confieso que he tenido una erección durante toda la cena.

Dominic necesitó hacer acopio de toda su voluntad para no recorrer la escasa distancia que separaba sus bocas. Sospechaba que, si se mostraba lo suficientemente implacable, aún podía seducir a Tina. Pero no queria eso. Quería algo más de aquella mujer que simplemente su cuerpo. También quería su respeto.

y en aquellos momentos no lo respetaba. No lo res-petaba nada.

-Creo que tú también te sientes atraída por mí -añadió, y esperó a que ella lo negara.

Pero Tina no lo hizo, y el corazón de Dominic comenzó a latir

más deprisa. La próxima vez no dejaría que lo detuviera. Utilizaría todas sus habilidades eróticas para mantenerla en la cama hasta que ambos quedaran satisfechos. ¡Y no una vez, sino varias!

«Es sólo lujuria», comprendió de pronto, aliviado. Por un momento, había temido que...

-No hay nada malo en que seamos amigos, ¿no? -sugirió, razonablemente-. Si finalmente resulta que soy el padre de Bonnie, será mejor que nos llevemos bien.

-¿Estás... estás admitiendo que podrías ser el padre de Bonnie?

-Supongo que es posible -contestó Dominic, aunque pensando que no merecía la pena preocuparse por aquello hasta que estuvieran los resultados de la prueba de ADN. No tenía sentido enfrentarse al problema hasta que existiera. A pesar de todo, si admitirlo le hacía quedar mejor ante Tina...

-¿Y el novio misterioso? -preguntó ella con cautela-. ¿O estás admitiendo que no existe?

-Claro que existe. Y tengo intención de encontrarlo personalmente.

-En ese caso, será mejor que mires en el espejo -Tina liberó sus manos de las de Dominic y le dedicó una fría mirada-. En cuanto a lo de que seamos... amigos, no creo que sea posible. Ahora que sé a qué me enfrento, estaré en guardia, te lo aseguro.

Dominic se levantó y hizo todo lo posible para mantener la calma ante el evidente desprecio de Tina. Coa aquella mujer, cada vez que se avanzaba un paso se retrocedían tres.

-¿A qué te refieres con eso de que ahora sabes a qué terentas?

-Sabes muy bien a qué me refiero -espetó ella-.

_eres un depredador, Dominic. Crees que puedes tener a cualquier mujer que desees. Y estoy segura de que hay un montón de muescas en tu revolver. Pero no añadas una por mí, porque no soy como Sarah ni como Shani, ni como ninguna de las pobres criaturas a las que utilizas y luego descartas. Puede que hoy te haya parecido una de ellas, pero todos podemos cometer errores. Te habia subestimado y me había sobreestimado. No sabía que se me podía atrapar de esa manera. Pero ahora ya lo sé.

- No puedo creerlo! -Dominic giró sobre sí mismo y empezó a caminar por la habitación como un león enjaulado. A pesar de su intento de razonar, aquella mujer volvia a hacerle sentirse como un miserable. ¡Cualquiera creería que querer hacer el amor con ella era un pe-cado mortal!

-Estoy segura de que te sentirás mucho mejor des.pues de haber visitado a Shani esta noche -dijo Tina en tono sarcástico, mientras

se levantaba-. Después de todo, para un hombre como tú, una morena de ojos oscuros es igual a otra.

La rabia hizo que Dominic se ruborizara.

-Para tu información, Shani es una mujer muy inteligente y con mucha personalidad. Y yo no la utilizo más de lo que ella me utiliza a mí.

-Entonces supongo que os lleváis a las mil maravi-llas,.no? -Exacto.

-En ese caso, olvídate de mí en el futuro. -No te preocupes. ¡Pienso hacerlo!

Capítulo 5

YA ERAN las once de la noche cuando Shani abrió la puerta de su apartamento a un Dominic que aún echaba chispas. Normalmente, él habría pasado del pequeño vestíbulo sin que empezara el sexo. Pero en esa ocasión pasó junto a Shani y directo al armario en el que su amante guardaba las bidas.

-¿Has tenido un mal día, querido? -preguntó Shani mientras él servía whisky en un vaso.

Dominic gruñó y luego vació el vaso de un trago. Shani se acercó a él por detrás y lo rodeó con 1 brazos por la cintura. El se puso rígido cuando come zó a deslizar una de las manos hacia abajo. -Miran -susurró Shani en tono sensual. Dominic se sintió muy confuso cuando su mente envió un mensaje para que se contuviera. «¡No es bien! Es a Tina a quien deseas, no a Shani».

«Pero Tina te desprecia», lo tentó el diablo. «Nun llegarás a meterla en tu cama. ¡Nunca!»

Con un torturado gemido, se volvió, tomó a Sha en brazos y la llevó al dormitorio. Cinco minutos después, una asombrada Shani cubría su aún ardiente desnudez con la sábana mientras contemplaba a un atribulado Dominic junto a la ventana.

-¿Qué te sucede, Dominic? -preguntó-. Me deseabas. Lo sé.

El se volvió a mirarla, y al hacerlo pensó en otros ojos oscuros. unos ojos que lo habían mirado con áuténtico desdén, a pesar de que él habría dado cualquier cosa porque lo miraran como lo habían hecho los de

Shani hacia unos momentos.

-No era a ti a quien deseaba -admitió, finalmente.

- Ahh- dijo Shani, asintiendo mientras alargaba una mano para tomar un paquete de cigarrillos de la mesilla.

fumar después de hacer el amor era el único vicio no saludable de Shani. Normalmente bromeaba dicien-do que le gustaba mantener sus dos vicios juntos, para que no se le fueran de las manos. Dominic la miró mientras la sábana se deslizaba hasta su cintura, dejando expuestos sus pechos. Shani no se molestó en volver a cubrirse mientras se apoyaba contra el cabecero de la cama. Siguió sentada, fuman-do, sin pensar en su desnudez. El recuerdo de Tina cubriéndose precipitadamente los pechos con la blusa surgió en la mente de Dominic. ¡Que poco le había gustado verse así expuesta ante él! se preguntó si lo despreciaría solo a él, o a todos los hombres. Su terrible infancia debía haberle cargado de prejuicios respecto al sexo masculino. Era evidente que la

vulnerabilidad de Sarah hacia los hombres y el sexo siempre la había irritado.

Pero también estaba claro que ella no era inmune a los placeres de la carne, y que le gustaba hacer el amor. Por tanto, debía ser él el que no le gustaba - Quién es? -preguntó Shani tras dar una larga calada a su cigarrillo.

Dominic salió al instante de sus atribulados pensamientos.

- Alguien que he conocido hoy.

- En el trabajo?

-En la oficina, sí.

-¿Cliente o colega?

-Ninguna de las dos cosas.

-Entonces, ¿qué?

-Un ángel.

-¡Un ángel! -Shani rio-. Oh, querido, querido. Veo que te ha dado fuerte.

-No esa clase de ángel -murmuró Dominic-. U ángel vengador. Salido directamente del infierno. Y estoy enamorado de ella.

-¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no estás aquí conmi-go, haciendo lo que tanto te gusta? No puede decirse que tu herramienta no funcione.

Dominic tenía que confesar que era cierto. No impotente. Al menos físicamente.

-No puedo quitármela de la cabeza -explicó-. P no es amor.

-El amor se cuela dentro de uno cuando uno men lo espera -dijo Shani.

Dominic frunció el ceño al percibir una extraña e tonación en su voz.

-¡Dios santo! -exclamó, alarmado-. Shani... no taras... de mí, ¿no?

-No, gracias al cielo. Pero empezaba a encariñ mucho contigo. Demasiado. Así que creo que es mej que esto haya acabado.

Dominic no sabía qué decir. La idea de que Shani estuviera involucrando emocionalmente con él resultaba demasiado desconcertante. ¿Quién sería el siguiente?

Tomó una decisión allí mismo. Debía mantene alejado de Tina. Totalmente alejado. El amor no forma-ba parte de sus planes. Ni en aquellos momentos, nunca. Quería volver a su antigua vida. No le gusta perder el control. ¡No le gustaba nada de lo que le hab pasado ese día!

Miró de nuevo a Shani, que seguía fumando. - ¿Estarás bien? -preguntó. Ella sonrió confiadamente.

-Perfectamente, pero gracias por preguntar. Lo cierto es que el otro día conocí a un hombre increíblemente sexy que me encantó. Yo también le gusté a él. Me dio su tarjeta.. Es abogado. No tiene un solo gramo de ternura en el cuerpo. No como tú, cariño. Tu tienes un corazón muy blando, ¿lo sabías?

-¿Yo? ¡Tienes que estar bromeando! -No estoy bromeando.

Dominic rio.

-¡Y yo que pensaba que los que trabajáis en publici-da erais buenos juzgando el carácter de los demás!

-Y lo somos -dijo Shani, totalmente en serio-. Lo Somos.

Tina estaba sentada en el vestidor de su dormitorio,

cepillandose vigorosamente el pelo. Eran las ocho y media de la noche del domingo, y habían pasado cuarenta y ocho horas desde que todas sus falsas ideas sobre si misma y el sexo habían volado por los aires.

Suspiró y dejó de cepillarse. ¡Había sido un fin de semana interminable!

Inicialmente se alegró de que Dominic se fuera co-rriendo de la casa después de volver de la de Sarah, tras informar a su madre de que no lo esperara durante el fin de semana.

pero su alegría duró poco. Aquella noche permane-ció despierta horas, sin poder dormir, pensando en la novia de Dominic, atormentada por imágenes eróticas y unos celos totalmente absurdos.

No dejaba de pensar en lo que le había dicho Domi-nic, en la atracción que había sentido por ella desde el primer momento, en lo excitado que había estado durante la cena. La torturaba la idea de que podía haber sido ella la que se encontrara entre sus brazos.

¡No era de extrañar que no hubiera dormido nada la noche del viernes!

Ahora comprendía a qué se había referido Sarah cuando trataba de explicarle lo que había sentido a veces cuando había estado con un amante. La absurda locura de todo el asunto. Las fantasías que te sacaban de la realidad y te llevaban a un mundo en el que nada existía excepto el anhelo, el deseo y la necesidad.

Gimió al recordar lo que había sentido en la cama con Dominic. Se había comportado con una total desvergüenza. El mero hecho de pensarlo hizo que se ruborizara.

Al menos, ya comprendía la fuerza arrolladura del sexo. Comprendía por qué la gente transgredía cualquier norma cuando se hallaba presa de la lujuria. Explicaba muchas cosas de la vida que previamente la habían confundido.

Pero eso no hacía que su situación fuera más fácl de soportar. Aún deseaba a Dominic Hunter, un hombre al que despreciaba.

Si hubiera sido cualquier otro, podría haberse permitido aquellos sentimientos sin temor a perder el res-'. peto por sí misma. ¿Pero cómo podía haber sucumbid» al hombre que había seducido a Sarah, al hombre que habría procreado y abandonado a Bonnie?

El sentido común y la decencia exigían que olvidara de inmediato un deseo tan potencialmente desastroso pero no era capaz de hacerlo.

Durante el día lograba distraerse un poco, pues tenía cosas que hacer. El día anterior había hecho la colada por la mañana; siempre había mucho que lavar con la niña, y por la tarde había vuelto a salir con Ida de compras. Era evidente que esta quería compensar a su nieta por el tiempo perdido, comprándole toda clase de ropa y juguetes.Tina no había tenido el valor de decirle que no, que Bornie ya tenía todo lo necesario para una larga temporada.

Esa mañana habían ido al parque, con Bonnie en su cochecito, y luego habían almorzado en una cafetería. Tras regresar a casa y bañar a Bonnie antes de meterla a dormir. Tina se había reunido con Ida en el jar-dín para ayudarla a cortar unas rosas. Luego pasaron un buen rato poniéndolas en floreros.

Pero Tina no lograba olvidar sus sentimientos por

Dominic Hunter. Cada vez que Ida hablaba de su hijo,

cosa que sucedía a menudo, ella se ponía tensa. Por supuesto, no se le notaba, pero la procesión iba por den-

tro.

se sintió bastante aliviada cuando Ida tuvo que salir después de cenar. Una mujer del club de bridge la había llamado por teléfono, explicando que una de las juga-doras habituales de las partidas del domingo por la no-che se habia puesto enferma y que necesitaban desespe-radamente una sustituía. Al principio, Ida no quiso aceptar, pero Tina insistió en que lo hiciera, pensando .que le vendria bien estar sola un rato.

pero lamen.taba haberlo hecho. Quedarse a solas con sus pensamientos y sus sentimientos no había sido pre-cisamente una buena idea.

Dejó a un lado el cepillo, se levantó y fue hasta la ventana de su dormitorio, que daba al jardín delantero.

el sendero estaba desierto, y esperaba que siguiera así.

lo último que quería era que Dominic volviera estando su madre fuera. Había dicho que no volvería en todo el fin de semana, lo que, con un poco de suerte,

debia significar que no volvería hasta última hora de la noche, o mejor aún. hasta el lunes.

Volviéndose, fue hasta el baño adyacente, que tena otra puerta que daba al pequeño dormitorio que ocupaba Bonnie.

Ida le había confesado a Tina que había hecho poner aquella puerta anticipando la posibilidad de que su hijo menor, Mark, y su esposa tuvieran un hijo.

A continuación le habló de Mark, que parecía un soñador irresponsable, sobre todo en lo concerniente ai dinero, y que no debía parecerse en nada a Dominic» quien, según Ida, había sido su principal apoyo emocional y financiero tras la muerte de su marido, acaecida siete años atrás a causa de un ataque al corazón. Murió dejando la situación económica de la familia hecha un caos.

Afortunadamente, Dominic se responsabilizó de todo y, con el tiempo, las cosas se fueron arreglando. Ida decía que Dominic era un asesor en inversiones taa brillante como su abuelo, que ganó millones en la posguerra.

En la actualidad, y una vez pagadas todas las deuda» e hipotecas, no había ninguna necesidad de que Dominic siguiera viviendo allí, pero su madre sospechaba que no se trasladaba porque temía que se sintiera may sola si se iba.

Tina sospechaba que seguía allí porque le resultaba mucho más cómodo que alguien, una mujer, por su-puesto, se ocupara de todos los aspectos prácticos de su vida, quedando así libre para ocuparse de las cosas realmente importantes, ¡como ganar dinero y seducir a las mujeres!

Tras comprobar que Bonnie estaba plácidamente dormida, volvió a su dormitorio y pensó en la posibili-dad de bajar al salón a ver la televisión, pero enseguida la descartó. Ya se había duchado y se había puesto el camisón.

la perspectiva de que Dominic llegara a casa y la encontrará asi vestida no la seducía en lo más mínimo. - Si no quieres quemarte -se dijo en voz alta-,

mantente alejada del fuego.

Y estar a solas con Dominic Hunter sería una situación altamente inflamable.

no necesito bajar la mirada para comprobar que sus pezones ya estaban erectos, como lo estaban cada vez que pensaba en aquel hombre en conexión con algo remotamente sexual.

No, lo mejor que podía hacer era irse a la cama.

Afortunamente, tenía consigo un libro que había tomado de uno de los estantes de Ida. Era una novela policíaca que parecía muy

entretenida.

Tenía la sensación de que aún estaría leyendo cuando Ida lleg ara a casa. Hacia las once y media, había dicho.

Acababa de quitarse la bata cuando el sonido de la puerta de entrada cerrándose la hizo volver a ponérsela de inmediato.

Ida no habría cerrado con tanta fuerza. Solo a un hombre se le habría ocurrido hacerlo con un bebé dur-miendo en la casa. Al parecer, Dominic se había dignado finalmente a volver a casa.

Oyó que llamaba a su madre, sin recibir respuesta,

por supuesto; oyó que subía rápidamente las escaleras,

que avanzaba por el pasillo hasta su dormitorio y que luego volvia.

El corazón de Tina se detuvo al oír que se paraba ante su puerta. Y no pudo evitar sobresaltarse cuando llamó.

¿Tina Estás ahí?

Tina aferró el pomo con ambas manos para impedirle entrar. Si hubpero no había cierre ni llave en la cerradura.

-Sí -contestó-. ¿Por qué?

-No encuentro a mi madre.

Parecía enfadado. E impaciente.

-Tu... tu madre ha salido. Está jugando al bridge.

-¡Pero hoy no es su noche de bridge!

-Ha ido a sustituir a alguien.

-Haz el favor de abrir la puerta y hablar conmigo adecuadamente -espetó Dominic-. Apenas puedo oírte.

-No puedo. No... no estoy vestida.

-¿A esta hora de la noche? ¿Desde cuándo se acuestan las mujeres a las ocho y media?

-¡Desde que empiezan a levantarse a media noche para cuidar bebés! -replicó Tina-. Y ahora vete y déjame en paz.

Dominic dudó un momento, pero enseguida se encaminó de nuevo hacia su dormitorio. Tina oyó que cerraba la puerta y unos momentos después comenzaron a sonar las cañerías del agua, indicando que se estaba duchando.

Aún nerviosa, fue hasta su cama y se tumbó. Se sentía débil como un gatito, y extrañamente alterada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Enfadada consigo misma, parpadeó furiosamente y se cubrió con la sábana.

-No pienso llorar por ese hombre -murmuró con firmeza, y a continuación tomó la novela de la mesilla de noche.

Unos minutos después, cuando las cañerías dejaron de sonar, seguía en la primera página. Involuntariamente, volvió a prestar

atención a los ruidos de la casa. Estaba a punto de relajarse y volver a leer cuando el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose volvió a ponerla nerviosa.

Dominic se encaminaba de nuevo hacia su dormitorio. Tal vez solo iba a pasar de largo para bajar las esca-iera habido un cierre lo habría echado,

leras, pero algo le dijo que iba a detenerse.

Y ASÍ FUE. SUS PISADAS se acallaron ante la puerta de su dormitorio. Casi podia oirlo respirar, cosa completa-mente absurda, pues las puertas eran realmente sólidas y de madera maciza.

La repentina llamada hizo que los nervios se le púsieran de punta.

Tina? llamó Dominic.

Ella no contestó. El aliento se le habia helado en sus pulmones. A la vez, su corazón se había puesto a latir como loco, mientras una parte de ella quería que Domi-nic pasará al dormitorio sin 11amar.

Aún tienes la luz encendida-protestó él* Estoy leyendo dijo Tina, en un tono mucho más agudo del habitual.

Tenemos que hablar Tina.

No tenemos que hablar replicó ella, asustada.

Tengo algo que decirte.

Dimelo por la mañana.

No. Ncesito decirtelo ahora, o no voy a poder dormir.

Cuando Tina vio que el pomo de la puerta giraba, dio un gritito y salto d ela cama, pero lo único que logró fue chocar contra el pecho de Dominic cuando él pasó al dormitorio. Alzó las manos en un gesto defensi-vo, topandose con un generoso fragmento de pecho desnudo, cubierto de un triángulo de rizos negros sorprendentemente suaves.

Oh, exclamó, instantaneamente ruborizada, an-tes de fijar la mirada en aquella provocadora extensión de carne desnuda.

Dominic llevaba unos pantalones de pijama de seda negra y una bata a juego sin abrochar. Tina trató de no mirar, o sentir, pero no parecía ser capaz de hacer otra cosa en esos momentos.

Mirar... y sentir.

Pero sus ojos no obedecieron sus ordenes mentales Y en cuanto a sus manos... parecían paralizadas sobre el pecho de Dominic, aunque sus dedos estaban disfrutan-do de la sensación de toda aquella masculinidad

La cabeza empezó a darle vueltas de deseo.

De pronto, su tamaño dejó de intimidarla. Empezó a encontrarlo repentinamente tentador. Irresistible. Anhe-laba tocarlo por todas

panes. descubrir todo lo que lo convertía en el hombre que era.

Era como estar poseída, pensó, mientras alzaba inexorablemente la mirada hacia sus ojos. Era como si otra mujer ocupara su cuerpo, una mujer irresponsablemen-te temeraria dispuesta a ignorar el hecho d eque aquel era el último hombre sobre la tierra al que debia entre-garse.

Su mente le gritó que no era demasiado tarde para detenerse.

Pero su mente no pudo nada contra las ordenes de su sexualidad recién despertada, con todas sus urgentes y ansiosas exigencias.

Capítulo 6

Dominic solo quería decirle a Tina que había descubierto quién era el auténtico padre de

BONNIE. Le hibía llevado todo el fin de semana conseguirlo.

Despues habia ido a casa a toda prisa, ansioso por contarle a su madre y a Tina la verdad, por acabar de una vez con aquella farsa Incluso había planeado ofrecerle a Tina una generosa cantidad de dinero para la niña, de manera que su conciencia no lo molestara después.

habia llegado a casa. desesperado por dejar aquel asunto zanjado antes de acostarse, ¿y qué había pasádo? Que su madre no estaba en casa y Tina no quería hablar con el.

Y quien podia culparlo por haber insistido? Todo hombre tenia su limite.

Pero ni por un momento había imaginado que su impaciencia lo llevaria a encontrarse en aquella situación! estaba en un dormitorio, ante una Tina apenas vestida y que no lo estaba mirando de un modo que nunca habría esperado, aunque sí lo hubiese deseado. Y lo peor era que lo estaba tocando, con las palmas apoya_ das sobre la traidora carne que tan desesperadamente había tratado de mantener controlada bajo una nueva ducha de agua fria.

Durante unos segundos trató de sustraerse al deseo que al instante había oscurecido su mente. Pero era im-posible conseguirlo con aquella preciosa mujer ante su vista. La oscura mata de su pelo caía revuelta sobre sus hombros desnudos. Las endurecidas puntas de sus pe-zones sobresalían contra la seda azul de su diminuto ca-misón. Sus carnosos y sensuales labios estaban entrea-biertos del modo más provocador.

¿Qué debía hacer? ¿Detenerse y tratar de averiguar . qué estaba pasando? ¿Acusar a Tína de ser la mujer más contradictoria y exaspérante que habia conocido? ¿Negarse a tocarla hasta que accediera a reconocer que él no era la rata que ella pensaba?

Con cualquier otra mujer habría podido hacer todo eso sin dificultad. Pero con aquella no podia esperar ni pensar con lógica. Tenía que tocarla allí mismo, en ese momento. Tenía que hacerle el amor. Tenía que hacerlo.

Aquellos compulsivos sentimientos no fueron fácil-mente aceptados por Donrinic. No le gustaba perder el control con Tina, ni la confusión que despertaba en el.

Se rindió a lo inevitable sintiendose muy enfadado consigo mismo,

Y con ella.

Tina vio que los ojos de Dominic se oscurecian a la vez que los entrecerraba. Sabia lo que iba a hacer. No necesitaba que se lo dijeran.

«Sí. bésame», rogó interiormente con todas sus fuerzas. «Bésame. Acaricíame-Haz conmigo lo que quieras».

Dominic cerró la puerta con un pie y a continua-ción tomó a Tina por las muñecas, colocandoselas tras la espalda y tirando luego de ella sin ningún mira-miento, haciéndole arquear la espalda hacia atrás. Ella dejó escapar un gritito ahogado, y luego, boquiabierta,

vio que Dominic se inclinaba, pero no hacia sus la- .

bios, sino hacia uno de sus pechos.

Dominic entreabrió los labios y los cerró en torno a!

ya erecto pezón, succionandolo profundamente antes de soltarlo. Para entonces la seda ya estaba empapada y el pezón palpitaba. cuando empezó a lamerlo y mordisquearlo. tina comezó a hacer pequeños ruiditos de placer.

El alzó la cabeza y la miró con una expresión casi salvaje. Enseguida, le soltó las muñecas, deslizó los tirantes del camisón por sus hombros y tiró de él hasta que cayó entorno a sus pies.

Tina se irguió y permaneció donde estaba, completamente desnuda y aturdida.

Dominic la miró un largo momento antes de desnu-darse con la misma rapidez. Tina apenas luvo tiempo de ver su magnifico cuerpo antes de que la tomara en brazos y la llevara a la cama.

Y en seguida estaban besándose, enlazando sus len-guas, sus miembros, explorándose frenéticamente con manos. El gimio cuando Tina le rozó con los dedos la punta del pene, y volvió a hacerlo cuando se lo acarició entero.

Emitiendo un gruñido de protesta, la tomó de nuevo por las muñecas y se las colocó por encima de la cabe-za, sujetandolas con una sola mano. Con la otra le hizo separar las piernas y comenzó a acariciarla. Tina nunca había experimentado nada tan excitante, tan eléctrico. Movió la cabeza de un lado a otro entre sus brazos, con el corazón galopando como un tren ex-preso. Las sensaciones se fueron acumulando mientras Dominic la exploraba con sus dedos, atormentándola. Por favor, oh por favor -gimió, anhelando desesperadamente más, anhelandolo a él, no a sus manos. sin pensar en lo que hacía, abrió aún más las piernas en la más descocada invitación.

Y Dominic la aceptó de inmediato, colmando su va-cío, penetrando en ella. sastifaciendo su necesidad.

Tina dejó escapar un gritito ahogado ante la fuerza y el poder de su posesión, y gimió cuando dominic em-pezó a moverse. Inspirada por el puro instinto, se mo-vio con él. recibiendo cada una de sus penetraciones con un movimiento de sus caderas. El calor fue crecien-do en su cuerpo y empezó a jadear como si hubiera su-bido corriendo mil escalones. Una intensa presión se estaba acumulando en su interior, oprimiendole el pe-cho. La cabeza empezó a darle vueltas y el aire se vol-vio denso y pesado.

Estaba pensando que iba a sufrir un ataque al cora-zón cuando, de pronto, algo pareció hacerse añicos en su interior. Los espasmos llegaron en oleadas, trayendo consigo destellos de un deslumbrante placer.

Gimiendo, se aferró a la almohada y apretó los ojos con todas sus fuerzas. Pero el torturado grito de Domi-nic le hizo abrirlos, y vio cómo llegaba él, arqueando la espalda mientras su boca se retorcia en una mueca mez-cla de agonía y éxtasis. Sintió su carne palpitando, de-rraamándose ardiente en su interior, provocandole una satisfacción tan intensa que temió que nada le impediria volver a repetir aquella experiencia una y otra vez.

De pronto comprendió que aquello era lo que había convertido a Sarah en una mujer sometida a los hom-bres. Y lo mismo podía sucederle a ella.

Si dejaba que las cosas siguieran adelante.

Dominic se dejó caer junto a ella, eshausto. Por unos instante solo pudo regodearseen el placer experi-mentado, porque nada en su experiencia sexual podía compararse a lo que Tina y él acababan de compartir.

Nunca olvidaría el momento en que la había pene-trado por primera vez. La intensa mezcla de arrebato erótico v oscuro triunfo. La gloriosa sensación de su carne desnuda fundiendose con la de ella. Y luego el climax en sí, que l lo habia liberado finalmente de tensión fisica acumulada desde el viernes.

Pero el regodeo terminó al recordar que no habia utilizado preservativo. Habia pensado brevemente en ello al principio, pero enseguida lo habia olvidado. Estaba demasiado desesperado por hacer el amor, demasidado descontrolado como para detenerse.

Cielo santo! Su promesa de evitar a Tina a toda costa no habia durado demasiado.

Se irguió lentamente sobre uno de sus codos y la miró.Cuando ella le devolvio una mirada de frio desprecio, se estremeció.

Me alegra comprobar que has usado protección espetó Tina.

Dominic suspiró, comprendiendo que su credibilidad acaba de

quedar hecha añicos. Sin duda, su vida se habia complicado terriblemente desde que habia conocido a aquella mujer.

¿Va a suponer un problema? Preguntó, en tono razonablemente calmado.

No…afortunadamente.

Dominic no pudo disimular su alivio.

Menos mal. Supongo que estás tomando la píldora,¿no?

Tina le dedicó otra larga y fria mirada.

Sí contestó, y en tono cortante añadió: No como la pobre Sarah.

Dominic estuvo a punto de decir algo para defenderse, pero decidió que no merecía la pena molestarse.Aquel problema quedaria aclarado en cuanto tuviera los resultados de las pruebas de ADN.No tenia por que malgastar saliva hasta entonces.

Mientras, ¿Qué iba a hacer con lo que que habia pasado?

Tenemos que hablar, Tina- dijo, seriamente.

-No es necesario -replicó ella, apartandose de él tan bruscamente que Dominic lo sintió casi como una agre-sión. Aturdido, observó cómo tomaba una bata azúl de los pies de la cama y se la ponia ante de volver a mi-rarlo-. ¿De qué íbamos a hablar? dijo con un desa-fiante destello en sus oscuros ojos-. Nos hemos acosta-do. ¿Y qué? Tú lo deseabas. Yo lo deseaba. lo hemos hecho. Fin de la historia.

A Dominic le sorprendió que la actitud de Tina le doliera tanto. Si Shani le hubiera dicho lo mismo no se habría sentido ofendido. Se habría reido.

Pero un intenso resentimiento invadió su sangre al oír a Tina.

¿Cómo se atrevía a reducir lo que había sucedido a mero sexo? Era posible que no fuera amor, pero había sido algo más que dos animales apareandiose irracional-mente. Había emociones en juego, algo más complejo y muy, muy humano.

-¡No digas tonterías! -espetó-. Si esa fuera tu acti-tud habrías dejado que te tomara el otro día en casa de

Sarah. Porque entonces también deseabas que lo hicie-ra. Pero me detuviste. Y hiciste bien. Habría sido de mal gusto.

-¿Y no te parece de mal gusto haberte acostado conmigo después de haber pasado el fin de semana en la cama de otra mujer? -replicó Tina, fieramente.

-No he hecho tal cosa. Fui a casa de Shani el vier-nes por la noche, pero me fui sin acostarme con ella. De hecho, hemos acordado dejarlo. He pasado el fin de semana en un hotel. No podía acóstarme con otra mujer siendo a ti a quien deseaba. Solo a ti, Tina.

Por un instante percibió algo maravilloso enlos ojos de Tina. Se iluminaron de asombro y placer y...

Pero la luz murió rápidamente, siendo sustituida por una implacable frialdad.

Lo siento Dominic-dijo en tono helado-, pero no te creo. Como tampoco creo que utilizaras un preserva-tivo con Sarah. Solo espero que no hagas un hábito de practicar el sexo sin protección. Y ahora, si no te importa, voy al baño.

Dominic permaneció tumbado en la cama, esperando su regreso, furioso con ella por la injusta opinión que tenia de él. Según pasaban los minutos sintió la ltentación de revelarle lo que había averiguado durante el fin de semana, aunque no tenía pruebas fehacientes de ello. Eran solo rumores.

A pesar de todo, si pudiera convencer a Tina de que era posible que él padre de Bonnie, y de que

Sarah no habría acudido a él en busca de ayuda, tal vez...

Tal vez, qué, cretino? preguntó en su interior la voz de la razón masculina.. «¿Acaso quieres que esto vaya más allá?

Dominic empezaba a sentirse seriamente irritado consigo mismo.

Cuando oyó el ruido del agua de la ducha, otra clase de irritación afloró a la superficie. Al parecer, Tina no había podiod esperar mucho para lavarse, como si él la hubiera ensuciado, o algo parecido.

Pero allí no había sucedido nada sucio. ¡Había sido una experiencia muy especial para ambos, y cuanto an tes lo reconociera Tina, mejor!Tina permaneció en el baño mucho rato, incluso despues de ducharse, tanto. que Dominic estuvo a pun-to de levantarse para llamar a la puerta. Iba a hacerlo cuando esta se abrió dando paso a una preocupada Tina con Bonnie en los brazos.

La he despertado con la ducha -explicó, ruboriza-da. No lo he pensado. Voy a tener que ir a prepararle un biberon. ¿Te importaría ocuparte de ella un momento mientras bajo?

Recordando la última vez que la había sostenido, Dominic experimentó un breve momento de pánico, pero logró ocultarlo para redimirse un poco ante Tina.

-Claro -dijo, animadamente, y se irguió en la cama, colocando a la vez un par de almohadas tras su espal-da-. Tráela aquí.

-¿Podrías vestirte un poco antes? -dijo Tina, mirán-dolo significativamente.

Dominic dudaba que aun bebé de tres meses fuera a importarle su desnudez, pero optó por no decir nada.

Salió de la cama, tomó los pantalones de su pijama y se los puso.

Una vez satisfecho el recato de Tina, vol-vio a la cama y la miró. -Listo-dijo.

Tina miró con cara de pocos amigos el pecho desnu-do de Dominic, pero se limitó a suspirar antes de entre-garle el bebé.

-Trataré de no tardar -dijo-. Si llora, acúnala, o camina de un lado a otro con ella, cantandole.

-Bien -dijo Dominic, recordando como se habia asustado la última vez la niña con su voz. Con un poco de suerte, no necesitaría hacer nada especial, sobre todo lo de cantar.

Pero el problema empezó en cuanto Tina salió del dormitorio y la niña se fijó en el gran rostro masculino que la observaba. Dominic saltó de la cama al instante y empezó a caminar de un lado a otro a la vez que la acunaba. Aquello funcionó durante unos segundos, has-ta que Bonnie rompió de nuevo a Ilorar.

-No pienso cantarte -dijo Dominic, mirando el llo-roso rostro de la niña-, Y tampoco se me da muy bien contar cuentos. Pero siempre dicen que hay que hablar sobre lo que uno sabe, así que. alla vamos...-y se lanzó a hacer una minuciosa descripción de su trabajo.

Solo cuando se detuvo para tomar aliento se dio cuenta de que la bonita boca rosada de la niña había de-jado de retorcerse. De hecho, sus ojos azules estaban totalmente fijos en él, casi como si hubiera estado escu-chando atentamente cada una de sus palabras. Vaya, vaya susurró, asombrado-. Le gusta oír ha-blar de negocios. Que chica tan lista -murmuró, alivia-do al haber encontrado un modo de frenar su llanto-. Ahora voy a hablarte de la bolsa, que es como un cam-po de deportes internacional -explicó, volviendo a sen-tarse en la cama. En él se practica un juego muy complejo durante las veinticuatro horas del día, con miles de reglas distintas y muchos peligros...

Tina oyó que Bonnie empezaba a llorar justo cuan-do llegó al pie de las escaleras, pero siguió andando hacia la cocina. Su necesidad de alejarse de Dominic era aún más grande que su preocupación por el bebé. Unos lloros no iban a matar a Bonnie. ¡Pero estar en la misma habitación que aquel hombre sí podía matarla a ella! Dominic Hinter era un arrogante, y carecía por completo de sensibilidad!

¿Acaso no comprendía cómo debía sentirse ella des-pués de haberse acostado con él? ¿No se daba cuenta de Cómo podía haber afectado aquello a su orgullo? Por supuesto que no, pensó, enfadada. Los hombres como él no pensaba en el orgullo de las mujeres. Estas eran solo objetos sexuales con los que jugar cuando

les apetecia.

¡Y qué desfachatez había que tener para asegurarle que no se habia acostado con su novia ese fin de sema-na, que habia roto con Shani por ella!

¡Si, claro! ¡Y ese fin de semana el hada madrina de Cenicienta se habia comprometido con Santa Claus! Y también estaba el asunto de que no hubiera usado protección, algo que, según él, jamás se le pasaba por alto. De acuerdo, era posible que utilizara preservativos casi siempre. Parecía un hombre lo suficientemente pragmático e inteligente como para no ir por ahí cometiendo estupideces sexuales. Pero esa noche había demostrado que su carne podía ser tan débil como la de cualquier otro.

Se preguntó qué habría pasado si le hubiera dicho que no estaba tomando la pildora. Cosa cierta. ¡Tal vez habría merecido la pena hacerlo solo por verle la cara!

Lo cierto era que no había mentido por él, sino por sí misma. No había querido explicar que su ciclo era exacto como un reloj, que conocía a la perfección su cuerpo y que estaba segura de que había ovulado hacia una semana. Habría podido apostar un millón de dólares a que iba a tener el período hacia el mediodía del siguiente sábado.

No, no habría un bebé por lo que acababa de suceder en su dormitorio. Gracias a Dios. A pesar de todo o evitar reconocer muy a su pesar que si se hubiera encontrado con Dominic una semana antes, también se habría acostado con él. No habría pensado en aquel problema hasta después.

Lo que le llevó a pensar en el otro motivo por el que había mentido respecto a la pildora. Quería que Domi-nic pensara que era sexualmente activa. No quería que supiera que habían pasado dos años desde su último encuentro sexual, o que solo había tenido dos breves e in-satisfactorias relaciones a lo largo de su vida. Queria que creyera su afirmación de que lo sucedido no habia significado nada especial.

¡Porque asi era!

Lo sucedido había sido tan solo una... una aberración. Por algún extraño y misterioso motivo, aquel hombre la excitaba terriblemente. Apenas había sido capaz de mirarlo en el dormitorio hacía un momento sin desear volver a tocarlo. Si al menos se hubiera puesto también la bata...

Tina gimió al sentir que el deseo volvía a hacer que se contrajera el estómago. Pero debía superarlo a toda costa. Debía ocultarlo tan

bien como pudiera.

Los hombres como Dominic disfrutaban dominando a las mujeres. Probablemente disfrutaban siendo adorados, mimados y amados. Recordó un breve destello de triunfo en sus ojos al tenerla totalmente entregada bajo su cuerpo. Le había gustado que le rogara que la tomara, y le había molestado que luego se apartara de él con brusquedad.

Pero la proxima vez no le rogaría.

Contuvo el aliento. La próxima vez. ¡Ya estaba pensando en la próxima vez! ¿Qué le estaba pasando?

Con la mano temblorosa, tomó el biberón del agua y probó su temperatura en la muñeca. Suficientemente caliente, decidió. Era hora de subir para ir a darle el biberón.

Subía ya las escaleras cuando la sorpresa del silen-cio reinante la hizo reducir el paso. Escuchó atentamente, pero no oyó el llanto esperado.

Al llegar al descansillo escuchó voces a través de la puerta entreabierta. Enseguida se dio cuenta de que era una sola voz la de Dominic, que parecía estar leyendo un cuento.

cuando se acercó para escuchar, sus ojos se abrieron de par en par al oír el contenido de la historia. No se trataba de un cuento. ¡Le estaba hablando a Bonnie de acciones e inversiones!

Asombrada, se asomó a la habitación y parpadeó ante la escena que se desarrollaba en el interior. Dominic estaba en la cama, apoyado contra el cabe-cero, y tenía a Boonie tumbada sobre sus muslos. Sos

tenía sus manitas en alto y en ese momento le estaba contando cómo diferenciar la información bursátil real de la ficticia.

Bonnie lo miraba absorta. Tina sintió la tentación de quedarse encantada con la escena, pero acabó ganando la exasperación. ¡Qué típico de la hija de Sarah dejarse cautivar tan rápidamente por un hombre!

Dejando escapar un irritado suspiro, entró en el dormitorio y se detuvo junto a la cama. Dominic la ignor: hasta que terminó de hablar a la niña.

-Los listos siempre se fijan en las señales correctas y escapan a tiempo. Podría hablarte mucho sobre esto. pero tu mamá ya está aquí con el biberón. Tendremos que dejar el resto para más tarde, cariño.

Oír a Dominic llamándola «mamá» a ella y «cariño» a Bonnie hizo que el corazón de Tina se derritiera

-Si quieres, yo le doy el biberón -dijo Dominic, colocándose a la niña en un brazo antes de alargar la otra mano hacia Tina-. Así podrás descansar un rato.

Tina tuvo que tragar saliva antes de darle el biberón Deseaba con todas sus fuerzas que Dominic establecie-ra un fuerte lazo paternal con Bonnie, ¿pero cómo iba 2 seguir odiándolo ante tanta ternura?

Observó cómo inclinaba el biberón hacia la niña, fijándose en el placer que le produjo que esta alzara una manita para cubrir la suya, un hábito que Bonnie había desarrollado con todo aquel que la diera de comer. ¿Estaría sintiendo lo mismo que ella la primera vez que sucedió? ¿Acabaría de plantarse la primera semilla del amor entre padre e hija?

Dominic alzó de pronto el rostro y la miró con expresión casi dolorosa.

-Te aseguro que jamás negaría ser el padre de Bon-nie si estuviera seguro de serlo. Debes creerme.

Aquello hizo dudar realmente a Tina por primera

vez, y se sintió enferma. Dominic volvió a mirar a la niña, pero siguió hablando.

-Creo que sé quién es su padre. He pasado mucho tiempo averiguándolo este fin de semana. ¿En serio? -preguntó Tina, débilmente. Dominic volvió a mirarla. Si. Ya te lo he dicho. No he estado con Shani. ¿Que hace falta para que me creas al menos una vez? ¡Piensa mujer! ¿Qué motivo podría tener para mentír-te? He aceptado hacerme la prueba de ADN mañana, pero ya sé cuál va a ser el resultado. Sé que piensas que lo sucedido esta noche demuestra que soy un irrespon-sable, pero te juro que es la primera vez en doce años que no uso protección.

Tina se sentía inclinada a creerle. Al menos en lo refrente al preservativo. También es la primera vez que yo tengo relaciones sin protección -confesó.

Creo que esta noche ha sido una primicia para ambos en varios sentidos, ¿no? -dijo Dominic con suavidad.

¿Que... qué quieres decir?

Quiero decir que ha sido algo especial, Tina. Algo único. No se tú, pero yo nunca he sentido por una mu-jer lo que siento por ti desde que te conozco. Para serte sincero, eso me ha tenido muy alterado estos días. Me gusta vivir una vida ordenada. Me gusta controlar mi vida. Enamorandome locamente no entra en mis planes,

pero...

Esto no ha tenido nada que ver con el amor -interrumpió Tina con firmeza, asustada por el cariz que estaban tomando las cosas-. Ha sido puro y simple deseo. Pareces bastante segura de ello. Y lo estoy. Conozco la experiencia. La he tenido muchas veces.

Dominic pareció desconcertado.

-¿Estás diciéndome que esta noche no ha sido especial para ti? ¿Que has sentido esta pasión antes?

-Siempre resulta bastante excitante la primera vez -replicó Tina, en tono despreocupado.

Dominic la miró un largo momento. Luego se levantó de la cama y le entregó a Bonnie.

-Puedes terminar de darle el biberón. Estoy perdiendo el tiempo aquí, con las dos.

-¿Pero no vas a decirme qué has averiguado? -preguntó Tina.

Dominic la miró casi con repugnancia.

-¿Para qué? No tengo pruebas reales de lo que he averiguado; solo son rumores. Y tú tienes muchos más rumores en mi contra. Por no mencionar esa otra misteriosa evidencia que no quieres enseñarme. Solo espero que para cuando lleguen los resultados de la prueba de ADN mi madre no se haya encariñado demasiado con la niña, porque mamá no merece sufrir. Ya ha soportad: suficiente dolor emocional a lo largo de su vida. Tal vez deberías pensar en ello esta noche, cuando estés sola ec la cama con tus prejuicios y tu hipocresía. Oh, y espero que hayas disfrutado de tu primera vez conmigo, querida, ¡porque te aseguro que ha sido la primera y la última!

Tras tomar su bata del suelo, salió dando tal portazo que Bonnie soltó la tetina del biberón y rompió a llorar

Capítulo 7

DOMINIC se encerró en su cuarto dando otro portazo. Nunca había dado portazos hasta que había conocido a «su señoría Tina», pero sospechaba que seria un experto para cuando se fuera de su casa. -Siempre resulta bastante excitante la primera vez repitió. utilizando burlonamente el tono desdeñoso que tambien se le daba a Tina y que tanto lo sacaba a él de quicio.

De acuerdo, así que probablemente había disfrutado de buen sexo cientos de veces. ¡Pues el también! Pero aquello no había sido meramente buen sexo. Había sigo una magnífica experiencia. Una combinación de lo emocional y lo físico. Al menos, para él. Era evidente que Tina no tenía la suficiente sensibi-lidad para darse cuenta de la diferencia! Caminó enfadado de un lado a otro del cuarto, 11a-mándolade todo, dedicándole todos los insultos que conocia. Cuando estos se le agotaron, se sentó en el báelacama.

Sabía que no tendría sentido tratar de dormir, de manera que volvió a levantarse para encender el ordenador que tenia en una salita adyacente. Sería mejor trabajar qae perder el tiempo pensando en ella.

Cinco minutos después, incapaz de concentrarse,

desistió. No podía dejar de pensar en Tina, en lo que

había sucedido, en la niña, en lo que había averiguado ese fin de semana. Por pura testarudez, ya no quería decírselo a Tina, pero debía contárselo a su madre.

De manera que bajó al cuarto de estar, se sirvió un vaso de Oporto y se sentó frente al televisor a esperar su llegada.

Oyó el sonido de la llave en la puerta justo cuando acababa la película del domingo, poco después de las once. Permaneció donde estaba, sabiendo que su madre se asomaría al salón para comprobar quién estaba levantado.

-Oh, eres tú -dijo Ida poco después, en el tono que Dominic habría esperado de Tina.

-Sí, soy yo -replicó en tono irónico-. Tu querido hijo.

-¿Dónde está Tina? Supongo que, gracias a tu encanto, habrá tenido que refugiarse en su cuarto.

-Más o menos -murmuró Dominic-. Soy un bravucón, por no mencionar mis habilidades como seductor y mi predisposición a abandonar a las mujeres embarazadas. De manera que sí. Tina se ha retirado, pero solo después de que la arrastrara por el pelo hasta su

dormitorio y me aprovechara de ella.

Ida suspiró.

-Habéis vuelto a discutir.

Dominic esbozó una sonrisa. Si su madre supiera...

-Algo así-murmuró.

-¿Y puede saberse sobre qué?

-Digamos que Tina y yo no podríamos ponernos de acuerdo ni aunque nuestras vidas dependieran de ello.

-¿Bonnie está dormida?

-Supongo que sí. Todo está muy tranquilo.

-En ese caso, creo que me voy a la cama. Estoy cansada.

-Antes de que te vayas tengo que decirte algo, mamá.

Ida dudó un momento en la puerta y miró a su hijo con gesto atribulado.

-Es un poco tarde para confesarlo todo, ¿no te parece? Ya sé que eres el padre de Bonnie.

-Precisamente de eso quería hablarte, mamá. El padre de Bonnie es Damien Parsons, no yo. He estado investigando este fin de semana, y he averiguado que Sarah tuvo una aventura con él.

-Oh. Dominic, Dominic -dijo Ida con tristeza, moviendo la cabeza-. Echar la culpa a un muerto es algo realmente feo.

Dominic no podía creer lo que oía. ¿Qué les sucedía a aquellas mujeres?

-Pero mamá, ¡Sarah se acostó con él! Lo sé con certeza.

-¥ también se acostó contigo, ¿no? Bonnie es hija tuya. Estoy segura de ello, hijo.

—¡Pero si ni siquiera se parece a mí! -No seas ridículo! -replicó Ida,impaciente-. Claro que se parece. Lo que sucede es que es una niña y tú no eres capaz de ver el parecido.

DOminic miró a lo alto, exasperado. Era inútil. Se levantó y. tras acercarse a su madre, apoyó cariñosa-mente una mano en su hombro.

Mamá -dijo con suavidad-, lo único que sucede es que no quiero que sufras.

ida¿ lo miró, sinceramente desconcertada. —Y por qué iba a sufrir? Tina es una chica estupen-da y quiere que yo forme parte de la vida de Bonnie. Y también quiere que tú...

-Por favor, mamá, ¿quieres escucharme? Dominic miró a su madre con gesto implorante, pero supo por su mirada que no le iba a servir de nada: Cuando conocí a Tina pensé que era justo el tipo de chica que te gustaba -dijo Ida-. Siempre te han gus

tado las mujeres batalladoras, y tú siempre has tenido éxito con las mujeres, aunque, para serte sincera, no sé muy bien por qué. Desde luego, eres un chico guapo y tienes un magnífico cuerpo. Pero no te tomas ninguna molestia por atraerlas. Supongo que era demasiado esperar que os gustarais y acabarais casándoos.

-¿Casándonos? -repitió Dominic, incrédulo-. ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco en esta casa?

-¿Todo el mundo? ¿De quién más estás hablando?

-De mí, mamá -murmuró Dominic, encaminándose hacia las escaleras-. ¡De mí!

-¿No te encuentras bien, Tina? -preguntó Ida cuando salieron de la consulta del doctor. Dominic acababa de irse en dirección al aparcamiento, y Tina había suspirado aliviada ante su marcha.

El desayuno había sido una pesadilla. Y también estar sentada junto a él mientras esperaban a entrar en la consulta.

Dominic no había dicho una palabra durante toda la mañana. Solo había abierto la boca para pedirle al médico que se diera toda la prisa posible con los resultados, a lo que este había contestado que dudaba que fuera a tenerlos antes de dos semanas. Por la expresión de Dominic, Tina supo que no lo estaba pasando mejor que ella.

-No, estoy bien -mintió a Ida-. Solo me encuentre un poco tensa. Me preocupaba que a Bonnie le asustara la aguja.

-Es comprensible. Pero solo ha llorado unos segun-dos. Mírala -dijo Ida, señalando el cochecito-. Ya se ha vuelto a dormir.

-Sí. Es una niña muy buena. Duerme de maravilla.

-Creo que a ti tampoco te vendría mal dormir.

-Es cierto -admitió Tina, con cautela-. Anoche

no dormí demasiado.

—¡Y yo sé por qué! -dijo Ida-. Dominic me lo dijo.

Tina se quedó helada.

-¿Qué... qué te dijo?

-Que volvisteis a discutir anoche.

-Oh. Oh, sí. Sí, me temo que discutimos.

-Imagino lo disgustada que estarás por ese asunto de Damien Parsons.

-¿Damien Parsons? -repitió Tina, sin comprender.

-El hombre con el que, según Dominic, Sarah tuvo una aventura. Era el jefe de contabilidad de Hunter & Associates. Estaba casado, por supuesto. Aunque eso no le impedía acostarse con unas y con

otras. Siempre tuvo exito con las mujeres. Era muy guapo, y muy delicado con ellas.

Tina frunció el ceño. Desde luego, Damien Parsons parecia el tipo de hombre que le gustaba a Sarah. ¿Pero de qué le sonaba aquel apellido?

-Pobre Joanna -murmuró Ida, y Tina comprendió en ese instante. Damien Parsons debió estar casado con Joanna Parsons, la mujer que iba a cenar en casa de Ida la otra noche. Se mordió el labio mientras un montón de posibilidades pasaban por su cabeza. El hecho de que damien estuviera casado podía explicar que Sarah no quisiera revelar su identidad y que utilizara a Dominic como chivo expiatorio cuando ella se mostró implacable con su amiga por haberse echado un nuevo amante.

Frunció el ceño, y lo frunció aún más cuando un nuevo pensamiento pasó por su cabeza.

-Dijiste que Joanna era viuda, ¿no?

-Sí. Damien murió en un accidente de coche. Fue culpa suya, por lo visto, había bebido demasiado.

Tina estaba meditando sobre aquello cuando, de pronto. se dio cuenta de otra cosa. El nombre de Da-mien empezaba con «D».

La sangre abandonó repentinamente su rostro. «Oh. Dios santo... ¿qué he hecho?»

-Pero nada de eso importa -continuó Ida-. Se lo dije a Dominic de inmediato. Le dije que la pequeña Bonnie era su hija y que era inútil tratar de buscar excusas. Le dije que debía enfrentarse a la paternidad como un hombre.

-Creo... creo que será mejor que me siente -dijo Tina, temiendo desmayarse.

-Oh, querida -Ida le pasó un brazo por los hombros-. Te has puesto pálida como el papel. Lo mejor será que vayamos cuanto antes al coche y pongamos el aire acondicionado. Hace mucho calor. Cuando lleguemos a casa deberías acostarte. Yo me ocuparé de Bonnie. Podemos bajar la cuna a la planta baja mientras duermes. Así, si llora no te despertará.

-Eres muy amable -dijo Tina, a punto de llorar. ¿Qué era lo que le había dicho Dominic? Que no quería que su madre sufriera. Ya había sufrido bastante en su vida.

Supuso que se refería a la pérdida de su marido siendo aún relativamente joven, y también a la decisión de su hijo pequeño de dejar a su mujer para convertirse en monje. Y ahora se había presentado ella y le había dado esperanzas respecto al nieto que

siempre había querido la pobre mujer.

Tina se sentía fatal. ¡Realmente fatal!

Dominic caminaba de un lado a otro de su despacho como un león enjaulado.

Se sentía fatal. ¡Realmente fatal!

Esa mañana se había comportado como un auténtico niño enfurruñado por una rabieta. Se había ido de la consulta sin ni siquiera despedirse de su madre. No era de extrañar que esta le hubiera dedicado una mirada tan decepcionada.

Y en cuanto a Tina... Parecía haberse quedado sin fuerzas esa mañana. No había habido ningún destello de la chica que se había lanzado sobre él la semana pasada, echando fuego como un dragón vengador. Estaba palida, frágil y tenía ojeras.

Dado su antagonismo, haber hecho el amor con él de forma tan desenfrenada debía de haber supuesto una gran conmoción para ella.

Y había llegado a la conclusión de que lo sucedido tampoco había sido mero sexo para ella.

Sin dejar de caminar de un lado a otro, Dominic re-conoció que Tina tenía todos los motivos del mundo para odiarlo. Fue brutal con ella desde el principio. Primero la había echado de su oficina a la fuerza. Luego la habia acusado de ser una estafadora, y se había mostrado totalmente desagradable y hostil con ella.

Y para redondearlo todo, cuando se vio poseído en casa de Sarah por lo que consideró tan solo un inconve-niente de deseo, trató de aprovecharse de ella sin pensar en lo vulnerable que era en aquellas circunstancias. Y la noche pasada, tras comprobar que su deseo era mutuo, se había lanzado directamente a la yugular, haciéndole el amor como un poseso.

No era de extrañar que ella se hubiera sentido desesperada por protegerse después, por mantenerlo alejado. Debía haberse quedado totalmente conmocionada.

Y ahora la había perdido. En dos semanas, la perderia definitivamente. En cuanto estuvieran los resultados de la prueba de ADN, Tina desaparecería de su vida. Para siempre.

Amenos...

Dominic se sentó y centró su mente en elaborar un plan de acción.

Una vez elaborado, el atrevimiento de su plan lo dejó sin aliento. Pero solo tenía dos semanas por delan

te, y no podía permitir que Tina se fuera. ¡No cuando por fin se

habían cumplido las predicciones de su madre y había encontrado a la mujer de su vida! ¡No cuando por fin se había enamorado!

Tina no dejaba de dar vueltas en la cama. No podía dormir. Era inútil. No podía dejar de pensar. Tenía que ir a ver a Dominic; tenía que hablar con él; disculparse: explicarse.

Suponía que debía odiarla, pero no estaba pensando tanto en sí misma como en Ida, y en Bonnie.

Un sollozo escapó de su garganta. La pobre y pequeña Bonnie. Sin un padre que la amara. Y, probablemente, sin abuelos. Y aunque los padres de Damien vivieran, ¿aceptarían a la hija ilegítima de su hijc muerto? Lo dudaba. Además, ¿qué derecho tenía ella a disgustarlos aún más, estropeando la reputación de su hijo y el recuerdo que tenían de él?

¿Y Joanna, la viuda de Damien y amiga de Ida? ¿Merecía que alguien se presentara ante ella alegando que su marido había tenido una hija ilegítima?

No, decidió. No podía hacerlo. No podía entrar es otra familia y crear el caos que había creado en la de Dominic.

Lo que significaba que tendría que criar a Bonnie por su cuenta, sin apoyo de ninguna clase.

Se sentó en la cama y irguió los hombros. Podía hacerlo. Podía hacer cualquier cosa.

Pero primero debía ir a ver a Dominic para tratar de aclararlas cosas.

Dominic estaba haciendo una lista de cómo enfrentarse al problema de los resultados de la prueba

e ADN cuando sonó el teléfono.

Alzó el auricular mientras escribía: «Si todo lo deans falla, soborna al médico, como táctica número tre s ,

La primera era conquistar el amor y la confianza de Tina para poder llamar al médico y decirle que cancelara la prueba. La segunda era instruir al médico para que le enviara los resultados a él, de manera que pudiera Sustituirlos por otros falsos.

—Hay una joven que quiere verlo, señor Hunter -susurró Doris en tono conspirador-. Es ella.

-¿Ella?

-La misma del viernes pasado. La del bebé. Solo solo que esta vez no ha traído al bebé. ¿Quiere que llame a los de seguridad para que vuelvan a echarla?

Dominic soltó su pluma.

-¡No, Doris! ¡No haga eso!

—¡Pero el viernes me dijo que avisara a seguridad si volvía a aparecer!

Dominic movió la cabeza, aturdido. ¿Aquello había pasado el viernes? ¿Solo tres días atrás?

¡Tenía la sensación de que había pasado toda una vida

—Me equivoqué, Doris. No es quien creía que era. Y resulta que ese precioso bebé es mío. Enseguida salgo.

Tina vio que la secretaria de Dominic abría los ojos como platos y luego la miraba.

Empezaba a temer que volvieran a echarla cuando Domínic salió de su despacho y permaneció en la puer-ta. mirándola.

Ella le devolvió la mirada. Una vez más se fijó en lo diférente que era de cualquiera de los hombres con los que Sarah se había relacionado.

Sin embargo, en esa ocasión Tina vio más allá de su poderoso físico masculino. Vio la fuerza de carácter

que denotaba su rostro, la capacidad para la ternura y suavidad que reflejaban sus ojos.

No estaba hecho del frío material que dominaba en los seductores. Además, estos siempre prestaban mucha atención a su aspecto y vestimenta. La vanidad era uno de sus muchos defectos.

A Tina le gustó el hecho de que el traje azul que Do-minic llevaba esa mañana fuera evidentemente de confección; que su camisa azul no fuera de batista, de seda. ni hecha a mano; que su corbata estuviera tan pasada de moda que cualquier otro hombre la habría donado ya para caridad.

También le gustaba que le apasionara su trabajo. que quisiera a su madre, y que fuera tan cuidadoso en su elección de secretaria.

La personalidad de Dominic le gustaba mucho más de lo que nunca habría creído. Y le gustaba aún más Dominic Hunter, el hombre sexy y viril.

-Tenía... tenía que verte -dijo, y pasó rápidamente a su lado para entrar en la oficina.

Fue hasta el escritorio. Oyó que Dominic cerraba la puerta y luego se acercaba. Cuando se volvió a mirar!; vio que seguía observándola intensamente, denotand: una gran curiosidad por su aspecto.

Tina se había sujetado el pelo y se había cambiad» de ropa después de acudir al médico. Hacía demasiad: calor como para

llevar los vaqueros, y había optado por un delicado vestido de flores sin mangas, con el cuello redondo y el borde hasta las rodillas. Aunque dejaba sus piernas desnudas, no era realmente provocativo. aunque sí femenino y fresco.

Y con la mirada de Dominic fija en ella, Tina se sentía muy femenina... y muy nerviosa.

Era difícil concentrarse en las disculpas cuand: cada una de sus terminaciones nerviosas estaba en aler

ta sexual, cuando cada parte de su cuerpo la hacía sen-tirse intensamente consciente de su feminidad.

Dominic ocupó su asiento tras el escritorio sin dejar de mirarla.

-Yo... he venido a pedirte disculpas -empezó Tina, sin querer mirarlo, pero sintiéndose incapaz de no ha-cer!o.

Dominic se inclinó hacia delante con una mezcla de sorpresa y anticipación en la mirada.

-Estaba... totalmente equivocada -continuó Tina-. respecto a ti. Ahora me doy cuenta. Después de que te fueras a trabajar esta mañana, tu madre me ha hablado de Damien Parsons, de la clase de hombre que era. En-seguida me di cuenta de que era el tipo de hombre que le gustaba a Sarah. Tú no encajas en ese tipo. Pero cuando comprendí todo fue al darme cuenta de que su nombre empezaba con D.

—¿Con D? -repitió Dominic, desconcertado.

-Sí -Tina abrió precipitadamente su bolso y sacó unas tarjetas-. Las encontré entre las cosas de Sarah. todas hablan de lo mismo. Son notas de amor. Todas estan firmadas con una D.

—Y pensaste que eran mías -dijo Dominic, tomando una de ellas.

-Sí... -susurró Tina, tratando de controlar el temblor de su voz.

Dominic apartó su mirada de la tarjeta y sus ojos se encontraron. Los de Tina se llenaron de lágrimas.

-Lo siento tanto, Dominic -dijo, sollozando-. Me precipité sacando conclusiones. Y me negué a escucharte. Tenías razón cuando dijiste que Sarah debía ha-ber mentido respecto a ti, y también cuando dijiste que yo estaba cargada de prejuicios. Es cierto. Acepto que no eres el padre de Bonnie. Damien Parsons es su pa-dre. Pero el daño ya está hecho. Te he hecho daño a ti y

a tu madre. Tu querida madre... -a pesar de que las lágrimas no dejaban de manar de sus ojos, estaba decidida a no ponerse a llorar histéricamente-. No sé cómo decirte cuánto lo siento, Dominic. Te aseguro que me odio a mí misma más de lo que tú puedas llegar a odiarme, pero... pero no sé qué hacer ahora. No quiero hacer daño a

más personas, y menos aún a la viuda de ese hombre y a su familia. ¿Sabes si aún viven los padres de Damien?

-No, no viven.

Tina suspiró.

-Eso supone un alivio. Habría sido difícil no darle a Bonnie la oportunidad de conocerlos, pero no quería disgustarlos. También tenía miedo de que no quisieran conocerla. Eso no me habría gustado.

-No. Imagino que no.

-¿Y su viuda? Supongo que ella tampoco querrá saber nada de Bonnie, ¿no?

-Lo dudo -dijo Dominic, con cierta sequedad-. Escucha, Tina, no puedo dejar que sigas con esas ideas falsas en la cabeza.

Tina parpadeó, aturdida.

-¿Ideas falsas? ¿Qué ideas falsas?

-En primer lugar, no te odio. Ni mucho menos.

-Oh...

-En segundo lugar, y más importante, debes saber que el padre de Bonnie no es Damien Parsons.

-Pero... pero... tu dijiste que...

-Es cierto que Sarah y él tuvieron una aventura. Esa parte es correcta. Y, probablemente, Sarah pensaba que él era el padre. Estoy segura de que acudió a él para ponerlo al tanto de su embarazo. Sé con certeza que nunca mencionó mi nombre a su vecina. Ayer volví a la casa que tenía alquilada Sarah y hablé con su vecina, Betty. Sarah solo le dijo que había ido a ver al

padre de su bebé, a su ex jefe. No mencionó nombres. Tina seguía sin comprender. Dominic solo parecía haber demostrado aún con más claridad que el padre de

Bonnie era Damien. -¿Y? -preguntó, aún desconcertada. -Creo que cuando Damien negó ser responsable del embarazo de Tina y le dio dinero para que abortara no le explicó el verdadero motivo por el que no podía ser el padre. Probablemente quería mantener la verdad en secreto.

-¿La verdad?

—Damien se hizo la vasectomía hace unos años porque no quería tener hijos. No podía procrear.

Tina no podría haberse quedado más asombrada. -¿Cuándo... cuándo averiguaste eso? -Esta misma mañana. —¿Quién te lo ha contado?

-Eso no puedo decírtelo. Es una información muy confidencial,

Tina.

-5u pobre esposa... ¿Crees que ella lo sabía? -No malgastes tu compasión por Joanna Parsons -dijo Dominic-. Se acostaba por ahí tanto como Da-mien. Tenían uno de esos... matrimonios modernos. Tina no pudo evitar hacer una mueca de desagrado. —Exacto -asintió Dominic.

Tina percibió su tono asqueado. Desde luego, Do-minic era un hombre extremadamente anticuado en varios aspectos. Tener una pareja tras otra sin estar casado le parecía bien, pero el matrimonio significaba lealtad y compromiso con una sola persona. Tal vez había huido siempre del matrimonio porque no se sentía capaz de amar a una sola mujer durante el resto de su vida. Lo que al menos era sincero. -¡Oh! -exclamó Tina de repente, abriendo los ojos de par en par-. Acabo de darme cuenta. Si Damien no

es el padre de Bonnie, eso solo deja...

-Sí -interrumpió Dominic, con una extraña sonrisa en los labios-. Eso solo me deja a mí.

-Pero... pero... ¿por qué sonríes así? ¿No estás disgustado? Sé que no quieres a Bonnie.

-¿Y quién ha dicho eso? -preguntó Dominic, indignado.

-Tú mismo -contestó Bonnie.

-Estaba enfadado y no sabía lo que decía -replicó él, haciendo un gesto desdeñoso con la mano-. No me gustó que me acusaras de haber seducido a Sarah para luego abandonarla cuando se quedó embarazada. Yo nunca habría sido capaz de hacer algo así, Tina, ¡nunca!

-Ahora lo sé -susurró Tina, aunque su corazón cantaba en esos momentos de alegría. Dominic era el padre de Bonnie. Todo iba a ir bien. Ida no tendría que sufrir. Bonnie tendría un buen padre. Y ella... bueno, ella sobreviviría mientras pudiera verlo de vez en cuando. ¿Quién sabía? Tal vez dejaría de jadear por él algún día. Tal vez acabarían como buenos amigos.

Dominic se levantó y empezó a caminar de un lado a otro frente al ventanal del despacho, con las manos a la espalda y expresión seria.

-No soy un hombre al que le dé miedo enfrentarse a sus responsabilidades -dijo, sin dejar de caminar-. Ahora que me he acostumbrado a la idea de tener una hija, lo cierto es que me gusta bastante. Bonnie es una niñita encantadora. Y muy lista. Cualquiera puede darse cuenta. Y cuento con dos mujeres deseosas de ayudarme a cuidarla -se detuvo y dedicó a Tina un sonrisa

agradecida-. ¿Qué más puede pedir un hombre?

-¡Esto es... es demasiado bueno para ser cierto! -exclamó Tina, y, por un momento, Dominic pareció un poco avergonzado. Pero solo por un momento.

Mientras caminaba hacia ella, la expresión de su mi

rada cambió. Entrecerró los ojos, y la intensidad que Tina percibió en ellos hizo que sintiera un cálido estremecimiento.

-Y por supuesto -dijo él con suavidad, mientras curvaba una mano sobre el hombro de Tina-, está el regalo extra de la guardiana de mi hija despertando en mí un deseo que hasta ahora nunca había experimentado -la atrajo hacia sí, y, con voz ronca, añadió-: Ahora mismo lo está haciendo, mirándome con esos grandes y sensuales ojos, diciéndome con ellos lo que quiere que haga, obligándome a obedecer sus silenciosas órdenes... —y su boca comenzó a descender.

Tina entreabrió los labios, dispuesta a defenderse de aquellas acusaciones. Pero lo único que surgió de ellos fue un suave gemido cuando sus bocas se encontraron.

Fue un beso de la más apasionada persuasión. Do-minic tomó el rostro de Tina entre sus manos, no dejándole más opción que devolvérselo, haciéndola cabalgar rápidamente en las mismas olas de deseo que lo transportaban a él.

Menos de cinco minutos después, Tina salió de aquella marejada para encontrarse sentada en el borde del escritorio de Dominic, con las piernas aún enlazadas en torno a sus caderas y la respiración áspera y agi-tada,

Aturdida, apartó los brazos del cuello de Dominic y apoyó ambas manos en el escritorio. Si no se hubiera aferrado al borde, estaba segura de que se habría caído hacía atrás. Al mismo tiempo, sus pesadas piernas se deslizaron hacia abajo. Cuando Dominic se retiró, ella dejó escapar un tembloroso suspiro.

Él la miró a los ojos mientras se arreglaba la ropa. Tina se sobresaltó ligeramente al oír cómo se subía la cremallera.

-¿Estás bien? -preguntó Dominic.

-No... no sé -replicó ella, temblorosa.

Pero sabía a qué se refería Dominic. No había sido especialmente delicado cuando la había subido al escritorio y le había arrancado las braguitas para penetrarla a continuación con una pasión casi salvaje.

Pero no podía culparlo por ello. Había sido ella la que le había desabrochado los pantalones mientras la besaba. Ella había sido la

desvergonzada tocándolo como lo había hecho.

Solo pudo mover la cabeza a la vez que bajaba la mirada, asombrada y avergonzada por su reacción. ¿Era la misma chica que pensaba que el sexo era aburrido y que estaba sobre valorado, la misma a la que le desagradaban las mujeres fáciles y rápidas?

¡Nadie podía haber sido más fácil y rápida de lo que ella acababa de serlo!

Le habría gustado pensar que acababan de hacer el amor, pero temía que el amor no tuviera nada que ver en lo relacionado con Dominic y el sexo.

A pesar de todo, no podía negar que había sido una experiencia increíble.

-Vamos -murmuró Dominic, ayudándola a bajar del escritorio-. El baño está ahí -dijo, señalando una puerta-. Llamaré a un taxi mientras te... arreglas. Tienes aspecto de necesitar una buena siesta -añadió, colocándole un mechón de pelo tras la oreja-. Ya volveremos a esto esta noche, cuando la niña esté dormida.

Tina lo miró sin ocultar su asombro y él le dedicó su sonrisa más sexy.

-No pensarás que íbamos a dejarlo en esto, ¿no, Tina? Hemos hecho el amor dos veces. Ha sido fantástico, pero quiero tener la oportunidad de hacerte el amor adecuada y lentamente. Tú también quieres, ¿verdad?

Tina tragó saliva convulsivamente. ¿Qué quería de

cir con «adecuada y lentamente»? Sin duda, no debía referirse a esas actividades desconcertantemente íntimas sobre las que había leído, unas actividades de las que no podía creer que ninguna mujer disfrutara realmente.

Pero claro que Dominic se refería a eso. Era un hombre de mundo. Y después de cómo se había comportado ella hacía unos momentos y la noche anterior, debía creer que ella también era una mujer de mundo.

Aquel pensamiento hizo que se humedeciera nerviosamente los labios.

-Veo que sí -susurró Dominic, interpretando equivocadamente su gesto-. Va a ser muy difícil seguir trabajando el resto del día, pensando en ti, en esta noche, en esto...

Y volvió a besarla.

Capítulo 8

EL TAXI se detuvo ante la puerta de la casa de Ida, que un instante después salía por la puerta a recibir a Tina con Bonnie en brazos.

-¿Qué tal ha ido? -preguntó, mirando atentamente a una aún anonadada Tina-. No pareces especialmente feliz. ¿Has resuelto lo que tuvieras que resolver con Dominic?

Aquella pregunta hizo que Tina saliera de su ensimismamiento. Cualquier problema personal que tuviera con Dominic era irrelevante frente al futuro de Bonnie y la felicidad de Ida.

-Sí -dijo, sonriendo mientras tomaba a Bonnie de brazos de Ida-. Después de hablar seriamente, tu hijo ha aceptado que lo más probable es que él sea el padre de Bonnie, no Damien Parson. Por las fechas, es prácticamente imposible que fuera este -inventó, ya que no tenía permiso para mencionar lo de la vasectomía.

-Solo hay que mirar a Bonnie para darse cuenta de que es hija de Dominic -dijo Ida, radiante-. Tiene los genes de los Hunter estampados por todas partes.

Tina pensaba que Bonnie no se parecía nada a Do-minie. Era rubia, delicada y muy femenina, como Sarah. ¿Pero quién era ella para aguarle la fiesta a una abuela?

-Si hubiera querido escucharme, podría habérselo hecho ver desde el principio -continuó Ida-, pero Do minie estaba siendo tan testarudo que decidí esperar a que llegaran los resultados de la prueba de ADN. En parte lamento que haya decidido asumir finalmente su responsabilidad. Estaba deseando verle hacer el tonto por una vez.

-No imagino a Dominic haciendo el tonto -murmuró Tina mientras caminaban hacia la casa.

-Pues el viernes lo hizo. Te aseguro que le hiciste sacar el sable.

Tina pensó que aquella frase era muy adecuada. Sin duda, le había hecho sacar el «sable». Pero él había encontrado rápidamente una funda para su sable. La de ella.

-Dominic tiene el absurdo empeño de controlar todo en su vida -continuó Ida-. Sin duda, eso es lo que está tratando de hacer con este repentino cambio de opinión. Hoy ha comprendido en el médico que ya no iba a poder seguir negando lo evidente, y ha decidido abrazar la verdad para poder volver a tener control sobre la situación. Dominic tiene que ser el jefe de todo. Cuanto más agradable y razonable se muestra, más peligroso es. ¿Se ha comportado así cuando has ido a verlo?

-Bueno... er... sí. Supongo que sí. En cierto modo.

-Entonces ten cuidado. Probablemente está planeando cómo conseguir que hagas exactamente lo que quiere.

Tina sintió que se le secaba la boca al pensar en lo que Dominic quería que hiciera esa noche.

-Debe estar tratando de organizar su vida de manera que Bonnie suponga el menor cambio posible para su rutina -continuó Ida-. Seguro que va a pedirte que te traslades aquí permanentemente, para contar con dos mujeres que puedan ocuparse de la niña. Dominic será un padre responsable, pero no a plena jornada. ¡Eso interferiría en su trabajo! Ni siquiera sus actividades extra profesionales pueden hacerlo. ¿Por qué crees que yo no sabía nada sobre esa Shani? Porque Dominic encaja el sexo en su vida como si fuera una cita con el dentista, después de sus horas de trabajo o durante el descanso del mediodía.

Se hallaban a los pies de la escalera, y para entonces Tina estaba mirando a Ida con los ojos abiertos de par en par y el corazón palpitando aceleradamente. Si lo que estaba diciendo la madre de Dominic era cierto, ella estaba a punto de ser «encajada» en la vida de él de forma aún más conveniente que Shani. ¡Ni siquiera tendría que salir de la casa para tener sexo con ella!

-¿Te ha pedido que te traslades aquí? -preguntó Ida.

-No.

Ida asintió.

-Lo hará, querida. Lo hará. ¿Y qué le contestarás cuando lo haga?

Tina se daba cuenta de que, a pesar de la actitud crítica de Ida hacia su hijo, estaba deseando que dijera que sí. Y, ciertamente, esa sería la solución perfecta. Si ella y Dominic no se hubieran hecho amantes, no habría tenido dudas al respecto.

Pero se habían hecho amantes, y nada podía cambiar eso.

Empezaba a darse cuenta de lo débil que podía llegar a ser una mujer cuando se hallaba en las garras de un encaprichamiento sexual.

Se negaba a llamarlo amor. Sarah siempre había llamado «amor» a sus encaprichamientos, pero el tiempo siempre había demostrado que estaba equivocada.

-¿Cuál será mi respuesta? -repitió, suspirando al reconocer la debilidad de su carne-. Supongo que diré que sí.

El rostro de Ida se iluminó.

-Eso es lo que esperaba que dijeras. Y ahora, dame a Bonnie y

sube a tu cuarto a dormir un poco. Tienes aspecto de estar agotada, querida.

-Lo estoy, Ida. Lo estoy.

Dominic sintió cierta preocupación cuando volvió a casa esa noche. Tina se estaba comportando de un modo extraño con él, poniéndose tensa cada vez que se acercaba a menos de un metro de ella. Parecía evitar deliberadamente quedarse a solas con él, utilizando a Bonnie o a su madre como excusa.

Y él quería besarla. Estaba deseándolo desde que se había ido de la oficina.

Los tres se sentaron a cenar a las siete y media, con el cochecito de Bonnie a su lado.

Dominic había insistido en que así fuera, esperando impresionar a Tina con aquel repentino arrebato de amor paternal. Pero ella no había parecido impresionada. Siguió tensa y distraída a lo largo de toda la cena.

-¿Has podido dormir un poco esta tarde? -preguntó cuando su madre fue a la cocina a preparar el café.

Tina apartó la vista de inmediato.

-Un poco...

-¿Qué sucede? -preguntó Dominic, pero ella no contestó.

-¿He hecho o dicho algo que te haya molestado?

Tina negó con la cabeza.

-¿Es esta tu forma de decirme que no quieres venir a mi dormitorio luego?

Tina alzó la cabeza y lo miró, sorprendida.

-¿A tu cuarto? -preguntó, con voz ronca.

El temor de Dominic a que ya no lo deseara se asentó con más firmeza. Sabía que, en el fondo, Tina estaba ten excitada como él. Pero no estaba tan segura de sí misma sexualmente como podía haber sugerido su encuentro en la oficina.

Dominic sospechaba que Tina era una chica esencialmente tímida, con pocos amantes en el pasado y una profunda desconfianza hacia el sexo opuesto. Tendría que tener cuidado esa noche para no asustarla con exigencias que fueran más allá de su limitada experiencia.

Aunque él no estaba buscando solo sexo. Quería mucho más que eso.

-Está más apartado que el tuyo de las escaleras -explicó con suavidad-. Y tiene cerradura en la puerta.

-Pero no podré oír a Bonnie si llora.

Dominic asintió.

-Le he pedido a mamá que se quede con Bonnie abajo esta noche -dijo a una sorprendida Tina-. Ella me ha dicho que pensaba sugerírtelo para que pudieras dormir bien.

Tina se estremeció ante la capacidad manipuladora de Dominic. Lo tenía todo pensado. Todo planeado, como había dicho Ida. Nada podía interrumpir su placer.

El problema residía en que ella era una víctima totalmente predispuesta. ¿Pero qué pasaría cuando Dominic se cansara de ella, cuando el sexo empezara a volverse aburrido y apareciera otra mujer en su vida?

A fin de cuentas, ella había sustituido con bastante facilidad a Shani.

Y algún día, otra mujer la sustituiría a ella.

-¿En qué estás pensando? -preguntó Dominic, irritado, justo cuando su madre regresaba al comedor con el café.

Tina decidió volver a tomar cierto control sobre su vida, al menos superficialmente.

-Estaba pensando que sería buena idea que me trasladara aquí de forma semi permanente -dijo, antes de que Dominic tuviera oportunidad de preguntárselo-. ¿Qué te parece, Ida? Después de todo, esta es tu casa.

Ida la miró sin ocultar su admiración.

-Creo que es una idea estupenda. Así podremos compartir el cuidado de la niña. Los tres.

-¿Los tres? -repitió Dominic, frunciendo el ceño.

-Sí, por supuesto -replicó Ida con dulzura mientras servía el café-. Después de todo, eres el padre de Bonnie. Tienes que contribuir.

-Mmm. Ya sabes que no tengo mucho tiempo para cuidar niños. Trabajo muchas horas.

Ida miró a Tina con gesto cómplice.

-¿En serio? Bueno, en ese caso tendrás que trabajar menos en el futuro.

La sonrisa de Dominic fue tan repentina como inesperada.

-Tienes toda la razón. Lo haré. Pero no esta noche, roe temo. He traído trabajo urgente a casa. Pero mañana por la noche seré todo tuyo. Buenas noches, cariño -dijo, y lanzó un beso a Bonnie antes de ponerse en pie-. Estaré en mi dormitorio si soy desesperadamente necesitado.

El estómago de Tina se contrajo al oírlo, y evitó mirarlo mientras salía.

-Parece que estabas equivocada, Ida -dijo, mientras se servía el

azúcar-. Dominic piensa contribuir.

-¿De verdad lo crees? Recuerda lo que te he dicho, Tina. Cuando Dominic se muestra amable y colaborador es que se trae algo entre manos. Nunca lo subestimes.

Tina no lo subestimaba. Pero pensaba que Ida estaba siendo un poco dura. Dominic había sido muy bueno desde que había averiguado que era el padre de Bonnie.

Aunque la palabra «bueno» no era precisamente la más adecuada. Un hombre «bueno» no la habría toma

do sobre su escritorio como lo había hecho. Un hombre «bueno» no habría manipulado a su madre para que se ocupara del bebé de manera que él pudiera hacer lo que quería con ella.

Mientras revolvía el azúcar de su café con mano temblorosa, se preguntó cuánto podría retrasar las cosas antes de que Dominic se presentara en su cuarto para llevársela al suyo.

El reloj de la mesilla de noche marcaba las once y media. Tina se había quedado viendo la televisión con Ida hasta las diez y media, cuando esta dijo que se iba a la cama. Bonnie había tomado su biberón a las nueve y media, y volvería a despertarse entre las dos y las tres. Cuando Tina prometió bajar para darle el biberón de la mañana, Ida le dijo que no fuera tonta.

-No soy tan mayor como para no recordar lo que es la falta de sueño. Por una vez, duerme todo lo que quieras. Si por la mañana me siento desesperada, despertaré al padre de Bonnie para que me eche una mano. Estoy segura de que le encantará.

Tina no se atrevió a decir nada al respecto. Pero se prometió no pasar toda la noche en la cama de Dominic.

Si es que alguna vez llegaba a ella. En esos momentos estaba sentada en la suya, recién duchada, depilada y perfumada.

Se había sentido impotentemente excitada durante todos aquellos eróticos preparativos, pero ya se sentía literalmente enferma.

Se acercaba la media noche, que parecía el tope para permanecer en su cuarto. Sin duda, Dominic iría a ver dónde estaba después de media noche. Y cuando lo hiciera, la humillación superaría a la que hubiera podi

do sentir presentándose antes en su cuarto.

Tragando con esfuerzo, se levantó y avanzó hacia la puerta.

Dominic trató de no fijarse demasiado en el reloj. Estaba sentado frente a su ordenador, intentando trabajar, aunque lo cierto era que no dejaba de escuchar, esperando la llegada de Tina. ¡Ya era casi medía noche! ¿En qué estaba pensando?

Entonces oyó algo; el suave sonido de una puerta abriéndose y cerrándose. Cuando oyó unos pasos por el pasillo no pudo permanecer sentado más tiempo. Abrió la puerta y se encontró frente a los grandes, oscuros y atemorizados ojos de Tina.

Con un gemido, la tomó por la barbilla y la atrajo hacia sí hasta que sus bocas estuvieron casi unidas. -No tienes nada que temer -susurró-. Nada... Tina tuvo que reconocer que era cierto. Dominic sabía perfectamente qué hacer y qué decir.

Sus temores se desvanecieron al instante, y a partir de ese momento solo quiso apoyarse contra su duro y poderoso cuerpo y rendirse a su poder.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Y fue maravilloso.

El primer beso de Dominic fue largo y hambriento. Sus bocas permanecieron unidas mientras le hacía pasar al interior y cerraba la puerta a sus espaldas. Su segundo beso fue más suave, pero igualmente seductor, porque mientras se lo daba le quitó la bata y el camisón.

Una vez desnuda, un estremecimiento recorrió la espalda de Tina, y él se apartó para mirarla.

-No me digas que no te gusta enseñar tu perfecto cuerpo.

Tina nunca había considerado su cuerpo perfecto. Carecía de las marcadas curvas y los voluptuosos se

nos que tanto atraían a los hombres.

-¿De verdad te gusta mi cuerpo? -preguntó, sorprendida.

-Lo adoro -susurró Dominic, tomándola en sus brazos-. Me encantan sus pequeños senos y tus esbeltas caderas. Me encanta tu estómago plano y tu pequeño y firme trasero. Y me gustan especialmente tus largas piernas y tus tobillos. Me gustas de arriba abajo, mujer. Creía que ya lo sabías.

La llevó rápidamente a la cama, donde la dejó con suavidad sobre las sábanas. Luego se desnudó y Tina fue incapaz de apartar la mirada de su magnífico cuerpo.

-¿Haces... mucho deporte? -preguntó, cuando él se tumbó junto a ella.

-Un poco -contestó Dominic-. Alivia el estrés. Hay un gimnasio en el edificio de mis oficinas.

-¿Y cómo estás tan moreno?

-De la cama solar.

Dominic sonrió y Tina frunció el ceño.

-¿De qué te ríes?

-Normalmente no suelo hablar cuando estoy en la cama con una mujer.

-Oh -de pronto, Tina se sintió tonta. Y tímida. Si hubiera podido, habría salido volando de allí.

-Pero me encanta hablar contigo, querida Tina -dijo Dominic, deslizando una mano con suavidad a lo largo de su brazo hasta alcanzar su cadera. Ella no podía creer lo que la excitó aquella simple caricia-. Me gusta tanto que podría pasarme toda la noche hablando y acariciándote -murmuró, sin dejar de mover la mano-. ¿Te gustaría eso, mi amor? No tendrías que hacer nada. Solo permanecer tumbada, cerrar los ojos y disfrutar...

Y, de algún modo, aquello era exactamente lo que estaba haciendo Tina; permanecer tumbada y disfrutar.

Dejando que las manos de Dominic buscaran lugares más y más íntimos mientras le prometía junto al oído placeres increíbles si confiaba en él. Con aquellos eróticos susurros y caricias, Tina sintió cómo iba perdiendo todo vestigio de control, todo temor, toda inhibición.

Y así fueron las cosas durante las siguientes horas.

Dominic le hizo el amor varias veces, sorprendiéndola con su delicadeza, pero también con su fuerza. No parecía saciarse de su cuerpo, pero en ningún momento fe exigió cosas que ella no quisiera hacer. De hecho no le exigió nada, excepto que le rindiera su cuerpo, cosa que, aunque increíblemente íntima, no la hizo sentirse incómoda.

En medio hablaban, contándose las cosas más intrascendentes, compartiendo experiencias de la infancia, intercambiando cumplidos. Tina supuso que de eso hablaban los amantes. Pero era agradable. Muy agradable. Casi podía imaginar que Dominic se preocupaba realmente por ella, que quería pasar tiempo con ella incluso cuando no estaban haciendo el amor.

Cuando, finalmente, se quedó dormido, Tina permaneció tumbada a su lado largo rato, tratando de asimilar todo lo que había pasado.

¿Seguía siendo solo sexo?, se preguntó.

No para ella, fue la sincera respuesta.

Pero, probablemente, sí para Dominic. ¿Por qué si no actuaba al respecto a escondidas, en la oscuridad de la noche? No, no estaba enamorado de ella. Solo era su última compañera de sexo, y tan solo encajaba en su vida para eso.

Suspirando, salió de la cama, se vistió y volvió a su cuarto, donde, sorprendentemente, se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Cuando al día siguiente bajó, ya cerca del mediodía, se sorprendió al averiguar que Dominic se había levantado a la siete, como de costumbre.

-Estaba de muy buen humor -le dijo Ida durante el almuerzo-. Incluso se ha tomado tiempo para dar a Bonnie su biberón, y luego me ha pedido que lo enseñara a cambiarle los pañales. Lo ha hecho bien a la primera y se ha quedado muy satisfecho consigo mismo. Si no lo conociera tan bien, habría pensado que incluso le gusta ser padre.

Tina solo pudo mover la cabeza. Sin duda, Dominic era un enigma. No sabía qué pensar de él.

-Y otra cosa -continuó Ida-. Ya sabes que el doctor dijo que teníamos que llevar a Bonnie a la consulta esta semana para las vacunas de los tres meses.

-Sí.

-He concertado una cita para el jueves por la mañana, y adivina qué.

-¿Qué?

-¡Dominic quiere llevar a Bonnie personalmente!

Tina frunció el ceño.

-Pero llegará tarde al trabajo.

-Eso es lo que le he dicho. Pero él ha contestado que no importa. Ha dicho que podías necesitarlo, porque sabía cuánto te había disgustado que la pincharan ayer para el análisis de sangre.

Tina tenía que admitir que no le agradaba tener que volver a llevar a Bonnie para que la pincharan. Prefería que le pusieran a ella cincuenta inyecciones a tener que ver cómo pinchaban a la niña. A pesar de todo, la sorprendió que Dominic hubiera estado tan atento a sus reacciones.

-Es todo un detalle por su parte -dijo.

-Sí, lo es -replicó Ida, y a continuación frunció los labios-. Ojalá supiera qué se trae entre manos.

-Puede que nada -dijo Tina, defendiéndolo-. Puede que se haya encariñado realmente con Bonnie.

-Sí. Es posible, supongo. Siempre he pensado que, en el fondo, puede ser un gran padre. Tina esperaba que fuera cierto.

Dominic sintió la conmoción y el dolor de Bonnie en cuanto le pincharon la aguja en el muslo.

Su corazón se contrajo cuando se retorció entre sus brazos y empezó a llorar.

Se sentía como un monstruo inhumano, sosteniéndola allí para

que la torturaran. Sabía que era una reacción ilógica, porque las vacunas eran imprescindibles para los bebés.

Pero la lógica no influía en sus sentimientos mientras trataba de conseguir que Bonnie se estuviera quieta. Después se puso a caminar con ella en brazos en torno a la consulta, tratando de tranquilizarla.

-Tranquila, cariño, tranquila. No llores. Papá está aquí.

Dominic se detuvo en seco.

«¿Papá?»

¿Había dicho él realmente eso?

«Papá», pensó, mientras acariciaba la espalda de la niña.

Aquella palabra hizo que algo se agitara en su interior. Lo hizo sentirse suave por dentro, y a la vez fuerte.

-Lo siento -dijo el doctor, cuando los sollozos de Bonnie remitieron, dando paso al hipo-. Pero era necesario.

-Es fácil decirlo cuando estás del otro lado de la aguja -refunfuñó Dominic.

El médico le dedicó una severa mirada.

-Supongo -murmuró-. Y parece que ya no se cuestiona la paternidad de la niña, ¿no?

Dominic estaba a punto de decirle que cancelara la prueba de ADN cuando Tina entró en la consulta, agitada y con los ojos brillantes.

-No podía soportar oírla llorar más -dijo-. ¿Está bien?

-Está muy bien -dijo el doctor-. Su papá tiene perfectamente controlada la situación.

Dominic no estaba muy seguro de eso. Acababa de perder su oportunidad de decirle al doctor que cancelara la prueba, y ahora se hallaba ante una llorosa Tina mirándolo con inquietud y escepticismo. Y, cómo no, Bonnie se puso a llorar de nuevo.

-Dámela -dijo Tina, tomando a la niña de sus brazos sin esperar a que se la entregara.

Dominic no pudo evitar cierta decepción al ver que Bonnie se calmaba de inmediato. Al parecer, aún le quedaba un largo camino antes de ganar el premio de Padre del Año.

-Puede que le suba la temperatura durante las próximas veinticuatro horas -dijo el doctor-. Si es así, denle un paracetamol infantil. Aparte de eso, nada tiene por qué ir mal.

-Sí, claro -murmuró Dominic tras Tina, que ya estaba saliendo de la consulta.

Creía que ya confiaba en él, incluso que había empezado a enamorarse de él.

Ya no estaba seguro...

Bonnie se quedó dormida en cuanto el coche se puso en marcha, provocando un incómodo silencio entre ambos adultos.

Tina no dijo nada.

Dominic no comprendía qué le pasaba. La noche anterior parecía sentirse perfectamente.

-¿Sucede algo malo,Tina? -preguntó, finalmente.

-No. ¿Por qué iba a suceder algo malo?

Dominic frunció el ceño.

-¿Es sarcasmo lo que percibo en tu voz?

Tina suspiró y volvió la cabeza.

Pero se quedó sorprendida cuando, inesperadamente, Dominic detuvo el coche junto a la acera.

-¿Qué haces? ¡Ahora vas a llegar aún más tarde al trabajo!

-El trabajo puede esperar.

-Según tu madre, eso sí que es una novedad.

-¿Ah, sí? ¿Y qué más te ha dicho mi querida madre a mis espaldas?

-Nada que no supiera ya.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, tu actitud hacia las mujeres y el sexo.

-¿Y cuál es esa actitud?

-Lo sabes muy bien, Dominic. Te oí hablar de ello la primera noche que estuve en tu casa. Puede que a tus pasadas mujeres les gustara mantener contigo una relación meramente sexual, pero a mí no. De hecho, estoy muy enfadada conmigo misma por permitir que me utilices de ese modo.

-Pero yo no te estoy utilizando -protestó Dominic, asustado por el sesgo que estaba tomando la conversación.

-Sí, claro -espetó ella, volviendo de nuevo el rostro.

-Mírame, Tina -rogó él-. Y trata de escuchar lo que te digo.

Ella le dedicó una de las despectivas miradas que tanto atrajeron a Dominic al principio, aunque en esa ocasión solo hizo que se le encogiera el estómago.

-Estoy escuchando -replicó Tina con frialdad.

Dominic dudó, sin saber por dónde empezar. Tina no iba a creerle. Lo sabía. Pero queria hacerle saber que era especial para él, no solo un buen plan para la cama.

-Lo que siento por ti es mucho más que sexo -dijo finalmente, con sincero sentimiento-. Ya te había dicho que pienso que lo que hay entre nosotros es especial. Tú también lo piensas, ¿no? Sé que

no eres la clase de mujer que se acuesta con cualquiera, dijeras lo que dijeras el lunes por la noche.

Tina pareció extrañamente turbada por sus palabras.

-¿Tan evidente es?

-¿Tan evidente es qué?

-Que soy bastante inútil en la cama.

-¿De qué estás hablando? No eres inútil en la cama. Eres un encanto en la cama. Tan cálida y complaciente... Haces que me sienta como un rey.

-Pero yo... no he hecho ninguna de esas cosas que les gustan a los hombres. Quiero decir que... oh, ya sabes lo que quiero decir, Dominic.

-Pero yo no he querido que las hicieras -insistió él-. Me ha dado tanto placer darte placer... Oh, mi querida Tina -susurró, tomándole una mano y besándole los dedos-. No tienes idea de lo que me hace el mero hecho de estar contigo. No necesito buscar posturas extrañas, ni jueguecitos picantes. Todo lo que necesito es tu boca en la mía para sentirme en el cielo.

Los oscuros ojos de Tina lo miraron con una desesperación que él encontró muy reconfortante.

-Entonces, ¿por qué actúas tan en secreto, Dominic? ¿Por qué tengo que ir a escondidas a tu cuarto? Hazme comprender eso y te creeré.

-Solo puedo disculparme por ello. Debo confesar que he desarrollado algunas malas costumbres en mis relaciones con las mujeres hasta ahora. He sido terriblemente egoísta. Mi única excusa es que no quería volverme como mi padre.

-¿Como tu padre?

-Sí. Era un ligón incorregible, que trataba de justificarlo diciendo que se había enamorado de todas las otras mujeres. Aseguraba que no podía evitarlo. Yo lo despreciaba, sobre todo por lo que le hizo a mamá. Nunca comprenderé cómo siguió amándolo ni cómo pudo perdonarle todo lo que le hizo.

-Yo solía sentir algo parecido respecto a Sarah. No comprendía cómo podía permitir que los hombres la trataran tan mal... y todo en nombre del amor.

-Así que has jurado no ser como ella -murmuró Dominic, pensando que podía entenderlo. El había jurado no ser como su padre, al que consideraba un cretino de primer orden, no solo por cómo llevaba su vida personal, sino también por cómo llevaba sus negocios. Como inversor, coitíó riesgos tan estúpidos con su dinero y el de sus clientes que cuando murió su familia estaba

prácticamente arruinada.

Pero todo eso pertenecía al pasado. Ahora debía ocuparse del presente.

-Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? -sugirió.

-¿En qué sentido? -preguntó Tina, desconcertada.

-Saldremos, como una pareja normal.

Los ojos de Tina se iluminaron.

-¿Saldremos?

-Sí. Y empezaremos mañana por la noche. Vístete bien y te llevaré a un restaurante a cenar. Así mamá sabrá que nos llevamos bien y no se sorprenderá cuando averigüe que somos algo más que amigos.

-Pero... ¿y por las noches? Quiero decir...

-Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

-Conociéndote -dijo Tina en tono ligeramente irónico-, llegaremos esta misma noche.

-Ahh, no, no creo -replicó Dominic, sonriendo.

-¿Estás demasiado cansado? -preguntó Tina, con una expresión deliciosamente decepcionada.

-No. Hoy es la noche de bridge de mamá. Se irá de casa a las siete y media.

Dominic vio la excitación que iluminó de inmediato la mirada de Tina y pensó que tal vez había llegado el momento de ampliar su experiencia sexual. No podía permitir que siguiera pensando que era una inútil en la cama. ¡Ni fuera de ella!

Capítulo 9

AÚN NO puedo creerlo! -exclamó Ida, excitada-. ¡Dominic te ha pedido que salgas con él y has aceptado! Sé que te has ablandado un poco con él esta semana, y siempre he sabido que eres su tipo, pero no... no esperaba... -se sentó en un lateral de la cama de Tina, llevándose una mano al corazón-. ¡Es demasiado!

Tina se volvió desde el tocador, donde llevaba largo rato preparándose.

-No tengas demasiadas esperanzas, Ida -advirtió con suavidad-. Dominic sigue siendo Dominic.

-Pero te gusta, ¿no? Te gusta de verdad.

-Sí, me gusta de verdad.

-Más que gustarte, estoy segura -dijo Ida, con ojos brillantes-. Mi hijo es un animal muy sexy.

-Desde luego -asintió Tina, sintiendo un cálido estremecimiento.

«Animal» era una palabra muy adecuada para definir su comportamiento de la noche anterior. Ida acababa de irse cuando el llegó. Afortunadamente, Bonnie estaba arriba, dormida.

-En la cama no -gruñó Dominic mientras la tomaba por detrás y empezaba a besarla en el cuello.

Esa tarde no se acercaron a la cama. El cambio de escenario supuso un cambio en las necesidades de Do minie. De pronto, quería más de ella. Y, sorprendentemente, ella quería darle más.

Tina aún se sentía anonadada por haber hecho lo que nunca había creído que haría por un hombre. Pero solo hizo falta un primer paso para liberar su deseo de hacer mucho más, y había disfrutado realmente dejando que Dominic le hiciera el amor en las posturas y lugares más exóticos. Se había comportado de un modo totalmente desvergonzado, y también había sido bastante exigente.

Ni siquiera ahora sentía vergüenza. Porque amaba a Dominic. ¿Cómo podía haber algo malo cuando se amaba a alguien?

¿Pero era correspondida?

Dominic no se lo había dicho. Y si lo hubiera hecho, ¿lo habría creído? Los hombres decían a menudo que amaban a una mujer cuando lo que en realidad querían era sexo. Tina lo sabía por Sarah.

Pero no podía negar que tenía esperanzas. Como también las tenía Ida.

-¿Qué te parece mi aspecto? -preguntó a Ida.

-Estás preciosa. ¡Realmente preciosa!

Lo cierto era que Tina pensaba que no estaba nada mal. No tenía mucha ropa elegante, pero la que tenía era de la mejor calidad.

Para esa noche había elegido un vestido negro de una tela inarrugable, mezcla de terciopelo y ante. El diseño era de sencillas líneas, cortado en los hombros' y con un cuello redondo. Era corto, pero no demasiado, y ceñido, pero sin exageración. Con los zapatos negros de tacón alto parecía un vestido de un millón de dólares.

-Dominic va a babear cuando te vea -dijo Ida-. Espero que sepas lo que estás haciendo.

-¿Qué quieres decir?

-Querida, mi hijo no es un hombre dado a compor

tarse mucho tiempo como un caballero con una mujer bella, sobre todo si ella se ha vestido especialmente para él.

-Tengo veintiséis años, Ida, y ya he vivido lo mío -dijo Tina con firmeza-. Sé muy bien lo que hago.

Ida arqueó las cejas.

-Vaya, vaya, vaya. A pesar de todo, ten cuidado, cariño. No me gustaría verte sufrir. Los hombres pueden ser muy egoístas a veces, y pueden decirle a una chica que la quieren cuando lo único que en realidad pretenden es llevársela a la cama.

Tina suspiró. «No sabes cuánta razón tienes, Ida», pensó. «No sabes cuánta».

-Tu madre piensa que eres un incorregible vividor.

Dominic apretó los dientes y dejó su vaso de vino para contemplar a la mujer que amaba. Estaba tan bonita esa noche, y tan deseable... Al llegar a casa, se había conmovido al ver las molestias que se había tomado para estar guapa. Sin duda, eso era lo que hacía una mujer por el hombre al que amaba.

Esa creencia procedía de que él mismo había salido corriendo a mediodía para comprarse ropa nueva. Conociendo sus limitaciones en materia de moda, había pedido al vendedor que lo asesorara. Hasta entonces nunca le había preocupado demasiado su aspecto. Pero quería gustarle a Tina. Quería dejarla sin aliento.

Y lo había logrado. Pero junto con la admiración por su nuevo aspecto había detectado cierta cautela en la actitud de Tina. No como la noche anterior. Se había comportado de forma tan increíble, tan apasionada, desinhibida y confiada... Había esperado que su respuesta y comportamiento significaran que había ganado algo más que su deseo.

Pero parecían haber vuelto al principio. Y todo por su madre, precisamente la mujer que debería estar alentando su relación, no saboteándola. Esa misma noche iba a hablar con ella, antes de que estropeara las cosas.

-Probablemente piensa eso por mi padre -dijo, cuidadosamente-. Pero está equivocada. No soy un incorregible vividor. Solo soy un tonto que finalmente ha despertado.

-¿Y qué quiere decir eso?

Dominic miró a Tina fijamente y decidió tomar el destino en sus manos, con coraje y sin tonterías.

-Iba a esperar un poco más para decirte esto, Tina, pero lo cierto es que me he enamorado de ti. Locamente.

Por un momento le pareció que Tina iba a desmayarse. La mano le temblaba tanto que parte del vino de su vaso se derramó sobre el mantel.

-No... no lo dices en serio -susurró, pálida.

-Claro que lo digo en serio. Lo sé desde el pasado lunes, cuando viniste a mi despacho, pero pensé que era demasiado prematuro decírtelo. Si he cometido un error haciéndote el amor tanto como lo he hecho, te pido disculpas. Solo trataba de conseguir que me correspondieras. Pero, por tu expresión, temo que he metido la pata.

-Oh, no -dijo Tina rápidamente, y Dominic sintió que el corazón se le subía a la boca-. No has metido la pata. Yo... yo también te quiero. Y también lo sé desde el lunes. Pero no me atrevía a creer... o a esperar... que tú me correspondieras. ¿Pero estás seguro, Dominic? Yo...

Dominic tomó en sus manos una de las de Tina, estrechándola con infinita ternura.

-Estoy totalmente seguro. Haría cualquier cosa por ti. Y lo digo totalmente en serio -murmuró, pensando en las mentiras que había dicho y en cómo había simulado con el bebé.

Pero no era cierto que hubiera simulado del todo. Sentía algo por Bonnie.

Un toque en su hombro le hizo alzar la mirada, irritado. Un camarero se hallaba junto a él con un teléfono móvil en la mano.

-Siento interrumpir su cena, señor Hunter -dijo el joven, con expresión de disculpa-, pero hay una llamada para usted. La dama ha dicho que es una emergencia.

¿Una emergencia? Dominic tomó el teléfono, pensando que la única persona que sabía que estaba allí era su madre.

-Dominic Hunter -dijo, junto al auricular.

-Oh, Dominic, que alivio encontrarte. Estaba aterrorizada pensando que pudierais haber ido a otro sitio.

El estómago de Dominic se tensó al percibir un evidente tono de pánico en la voz de su madre.

-¿Qué sucede, mamá? -preguntó, y oyó que Tina contenía el aliento de inmediato.

Sus ojos se encontraron por encima de la mesa mientras escuchaba las explicaciones de su madre.

Al parecer, Bonnie había despertado hacia las nueve con tos y un poco de fiebre. Ida le había dado un paracetamol, pero hacia las diez comprobó que la niña tenía dificultades para respirar. Pensando que podía tratarse de una reacción alérgica a la vacuna, había llamado al doctor. Este le había dicho que llevara de inmediato a la niña al hospital más cercano, a urgencias. Nada más ver a Bonnie, los médicos del hospital habían decidido ingresarla en cuidados intensivos.

-¿Qué hospital? -preguntó Dominic, sintiendo una potente descarga de adrenalina en sus venas. ¡Si algo le pasaba a Bonnie, Tina moriría del disgusto!

-Royal North Shore.

-Llegaremos enseguida -dijo Dominic a la vez que se ponía en pie.

Tina ya estaba levantada, con el bolso en la mano. Dominic la tomó por el codo y se encaminaron hacia la salida.

-Tenemos que irnos -explicó al camarero-. Ha surgido una emergencia. Dígale al dueño que me envíe la factura. Tiene mis señas y sabe que no hay problema.

-Es Bonnie, ¿verdad? -dijo Tina en cuanto salieron, angustiada-. Está enferma.

-Sí.

-¿Qué tiene?

-Aún no se sabe. Tiene tos y le cuesta respirar. Puede que sea asma, o algo parecido.

-Oh, Dios santo...

Dominic se tomó un momento para apoyar ambas manos en sus hombros, con la esperanza de calmarla un poco.

-No te asustes, Tina. Mamá la ha llevado a un buen hospital. Se pondrá bien.

-¿Cómo puedes decir eso? ¡No lo sabes! ¡Podría morir!

-No va a morir -dijo Dominic con firmeza, tomando a Tina por el codo para llevarla hasta el coche.

El trayecto hasta el hospital fue una pesadilla. Do-minie se encontró rogando fervientemente al cielo que no se llevara a la niña. Era tan pequeña e inocente...

«Líbrala de esto y te prometo que... que...»

«¿Qué?», pensó, asqueado consigo mismo. «¿Que seré un buen

chico en el futuro? ¿Que iré a misa todos los domingos? ¿Que le diré a Tina la verdad... que Da-mien Parsons no se había hecho la vasectomía? ¿Que he mentido respecto a eso y luego he utilizado mi posición como padre de Bonnie para quedar bien ante ella?»

¿Pero qué sentido tendría hacer tal confesión?

Tina dejaría de amarlo, y él no podría soportarlo.

Pero una buena relación no podía construirse sobre mentiras y engaños...

Su madre los estaba esperando en la puerta principal. Parecía haber envejecido diez años.

-Me siento tan culpable -dijo en cuanto bajaron del coche-. Creo que ya llevaba un rato despierta cuando la he oído. Estaba hablando por teléfono, y...

-No te culpes por nada, Ida -dijo Tina, pasándole un brazo por los hombros-. Nosotros no vamos a hacerlo.

-¿Dónde está Bonnie? -preguntó Dominic.

-Yo os llevo -Ida los condujo a una habitación en la que la pequeña Bonnie se hallaba tumbada bajo lo que parecía una tienda de oxígeno. Daba mucha lástima ver a un bebé entre tanta parafernalia médica.

Tina rompió a llorar y Dominic la rodeó con sus brazos, sintiendo que se le rompía el corazón.

La enfermera, que se encontraba junto a la cama, los hizo salir de la habitación.

-¿Son ustedes los padres? -preguntó.

-Esta es la tutora de Bonnie -dijo Dominic, mientras Tina lloraba contra su pecho-. Su madre murió. Pero yo soy el padre -añadió, pensando que aquel no era un momento adecuado para hacer confesiones. Dios tendría que hacer lo posible por Bonnie sin sus sobornos.

-Y yo soy la abuela -añadió Ida-. Yo he traído a la niña.

-Y menos mal que lo ha hecho -dijo la enfermera-. La niña está muy malita. Alguna nueva cepa de bronquitis. Ataca con mucha rapidez. Las cosas van mejor ahora que puede respirar más fácilmente, pero va a ser una larga noche. El doctor vendrá dentro de un rato a ver cómo está. Entretanto, traten de no preocuparse. Es bueno que no sea alérgica a la penicilina. No es que esta vaya a matar al virus, pero es el mejor antibiótico para las infecciones secundarias. La neumonía puede ser un problema en estos casos, especialmente en niños.

-¿Cómo han sabido que no es alérgica a la penicilina? -preguntó Dominic.

La enfermera pareció momentáneamente desconcertada.

-Está en el informe. Alguien ha debido dar esa información cuando han ingresado a la niña.

Todos miraron a Ida, que se puso de inmediato a la defensiva.

-Yo no he dicho que lo supiera con certeza. Solo he dicho que su padre no era alérgico a la penicilina, y que en mi familia no había ningún alérgico.

-¡Por Dios santo, mamá! -exclamó Dominic-. ¿Y si resulta que no soy el padre de Bonnie? Ya sabes que aún no estamos cien por cien seguros de ello.

Tina alzó su rostro hacia él.

-Pero tienes que ser tú, Dominic. ¿Quién más podría ser?

-No se preocupen -dijo la enfermera, rápidamente-. Aún no le han administrado los antibióticos. Estamos esperando los resultados del análisis de sangre. Pero deben mencionar esto al médico cuando venga. Y ahora tendrán que disculparme. Debo volver con mi paciente.

La enfermera entró de nuevo en la habitación mientras las otras dos mujeres se volvían a mirar a Dominic.

-Solo quería decir que no podemos estar absolutamente seguros hasta que tengamos los resultados de la prueba de ADN -murmuró él.

-Ya puedes estar completamente seguro, Dominic -dijo Ida-. Tengo una noticia para ti que elimina cualquier posibilidad de que no seas el padre. La llamada que he mencionado antes era con Joanna. Quería hablarle de Bonnie y explicarle por qué no la había invitado aún después de haber cancelado nuestra cena del viernes pasado. El caso es que ha empezado a contarme cuánto le habría gustado haber tenido un hijo, pero que Damien nunca quiso saber nada al respecto y se hizo una operación de esas para no tenerlos. Una vis... ves...

-Una vasectomía -dijo Dominic, esperando no sonar tan anonadado como se sentía.

-Sí, eso es -asintió Ida-. Así que, como verás, es imposible que Damien fuera el padre de Bonnie.

La expresión de Dominic debió alterarse a pesar de sus esfuerzos, pues Tina le preguntó si se encontraba bien.

El parpadeó y se quedó en silencio, con la cabeza hecha un lío.

-Acabas de darte cuenta de verdad, ¿no? -dijo Tina con suavidad-. Acabas de darte cuenta de que es realmente tu hija la que está en esa habitación.

-Sí -logró decir Dominic, aturdido.

Antes pensaba que se había encariñado con la niña, pero saber que era «su» hija despertó en el sentimientos que nunca habría imaginado. Su nivel de angustia y preocupación se multiplicó, y el corazón se le encogió hasta el punto de que quiso llorar de dolor.

Pensó que sería capaz de hacer cualquier cosa por salvar a su hija, por recuperarla y volver a tenerla en casa. Si fuera a servir de algo, incluso le diría a Tina la verdad.

¿Y quién sabía? ¡Tal vez serviría de algo!

-Necesito... hablar contigo, Tina -dijo, tenso-. Mamá, ¿te importa que me quede unos momentos a solas con Tina?

-Yo voy a ver a Bonnie -dijo Ida.

-¿Qué sucede, Dominic? -pregunto Tina en cuanto estuvieron a solas.

-Tengo algo que decirte. Algo importante.

-¿Qué?

-Te mentí.

Tina se llevó un mano a la garganta.

-¿Me mentiste? ¿Te refieres a que no... que no me quieres?

-No, no. Por supuesto que te quiero. Te mentí precisamente por eso. Sobre la vasectomía.

-Pero Dominic... eso no tiene sentido. No entiendo...

-Te dije que Damien se había hecho la vasectomía porque creía que él era el padre. Acababa de comprender que estaba enamorado de ti y decidí utilizar cualquier medio para conquistar tu amor. Inventé la historia de la vasectomía y te aseguré que Bonnie era mía porque pensé que así podría lograrlo. Me he quedado de piedra al oír lo que mi madre acaba de decirnos.

-Entonces... ¿acabas de averiguar que Bonnie es hija tuya?

-Sí.

-O sea, que todo ese comportamiento ejemplar de buen padre no era más que una actuación, ¿no?

-Sí. No. Bueno... en cierto modo -Dominic suspiró-. Oh, podría excusarme diciendo que me había encariñado realmente con la niña. Cosa que es cierta... Pero, de todos modos, lo que hice estuvo muy mal.

Tina lo miró un momento con el ceño fruncido, como tratando de comprender algo.

-¿Y por qué me dices eso ahora? No necesitabas hacerlo.

Dominic se encogió de hombres, impotente.

-Se me ha pasado por la cabeza la absurda idea de que el cielo me estaba castigando, de que diciéndote la verdad podía ayudar a salvar a Bonnie. Y hay otra voz en mi cabeza que no deja de

repetirme que una relación verdadera no puede basarse en mentiras y engaños. No quiero hacerte nunca el daño que mi padre hizo a mi madre. Quiero que confíes en mí y me respetes, Tina. Y quiero que estemos juntos. No una temporada, sino el resto de nuestras vidas.

Tina lo miró durante lo que pareció una eternidad. Y entonces hizo algo tan cálido y maravilloso que Dominic estuvo a punto de desmoronarse. Lo estrechó entre sus brazos y le dijo que no se preocupara, que Bonnie iba a estar bien, que ella confiaba en él y lo respetaba... y que ella también quería que siguieran juntos para siempre.

Capítulo 10

TINA estaba sentada en la sala de espera, sosteniendo entre las manos una taza de café. Dominic estaba sentado frente a ella, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos. Ya era casi mediodía, y hacía ya un buen rato que, a pesar de sus protestas, habían enviado a Ida a casa para que durmiera un rato.

-Deja de torturarte, Dominic -dijo Tina, aunque comprendía perfectamente por lo que estaba pasando.

O tal vez no. Ella quería a Bonnie, pero no era su madre biológica.

Dominic se irguió y Tina se quedó impresionada ante el aspecto demacrado de su rostro.

-Creo que tú también deberías irte a casa, Dominic -dijo-. Necesitas dormir.

-No podría pegar ojo. No hasta que sepa que Bonnie está fuera de peligro.

Tina aún estaba asombrada por la profundidad y la intensidad de los sentimientos de Dominic. Ya nadie podía dudar que amaba a Bonnie. Nadie.

Tina estaba segura de que también la amaba a ella. Aún no podía creer lo que había hecho para conquistarla.

¡Qué irónico que la mentira que le había contado hubiera acabado siendo verdad! La vida podía ser muy retorcida. Después de todo, ¿quién podría haber imaginado que ella acabaría enamorándose del padre del bebé de Sarah, del hombre al que tanto creía despreciar?

Aunque tal vez la vida no fuera retorcida. Tal vez todo estaba escrito...

Estaba pensando en todo aquello cuando la enfermera asomó un sonriente rostro por la puerta y dijo:

-Buenas noticias. Los pulmones de Bonnie están mucho mejor. La temperatura le ha bajado y está despierta, protestando como loca. ¿Podría pasar alguien a darle su biberón?

Tina y Dominic saltaron de su asiento a la vez, y la carrera hasta la habitación de la niña fue digna de verse. Dominic ganó, pero a Tina no le importó. Le gustaba ver a aquel hombretón comportándose de forma tan emocional y tierna con su hija.

-Voy a llamar a tu madre, ¿de acuerdo? -dijo, dedicándole una sonrisa.

-¿No te importa?

-Claro que no.

Tras llamar por teléfono, Tina tuvo que ir al servicio. Si había algo de lo que podía estar segura en su vida, era de la regularidad de su ciclo.

Cosa que estaba bien, pensó. Por muy apasionadamente que Dominic se hubiera entregado a la paternidad, no creía que le hubiera hecho mucha gracia la idea de tener otro hijo.

Volvían a casa esa tarde cuando Dominic acabó con esa teoría. Y también con otra idea que Tina tenía sobre él.

-Creo que deberíamos casarnos, Tina -dijo, de pronto, y, sin darle tiempo a reaccionar, añadió-: Y también creo que deberíamos encargar cuanto antes un hermanito o una hermanita para Bonnie.

Tina se quedó totalmente muda.

-Ahora me doy cuenta de todo lo que me he perdido con Bonnie -continuó Dominic, totalmente serio-. Quiero experimentarlo todo, Tina. Quiero estar ahí desde el principio, quiero verlo nacer, ayudar a elegir el nombre, formar parte de todo la próxima vez. Y la próxima, y la próxima.

Tina tragó saliva.

-Repite eso. ¿Cuántas próximas va a haber?

Dominic sonrió.

-No me digas que tienes miedo. No mi Tina. Eres la mujer más valiente que he conocido. Nunca olvidaré cómo me miraste en mi despacho la primera vez, y también cuando volví a casa esa noche. No te intimidé en lo más mínimo, ¿verdad?

Tina sonrió. Si él supiera...

-¿Tengo voz y voto en esto? -preguntó, con ojos brillantes.

-¿Qué te parece si contestas sí, sí, sí y sí?

-Supongo que más vale que acepte. Solo el cielo sabe qué métodos se te ocurrirían para hacerme aceptar si te dijera que no.

-Y dejarás de tomar la pildora, ¿de acuerdo?

Tina pensó que no era el momento adecuado de decir «¿qué pildora?»

-Y, ¿no crees que deberíamos esperar a estar casados?

-No. Conociendo a mi madre, tardaremos bastante en conseguirlo. Querrá que sea por la iglesia, que te vistas de blanco y todas esas cosas. Quiero tener un hijo contigo, Tina. Y lo quiero cuanto antes.

-De acuerdo -asintió Tina, y él sonrió.

-Esa es mi chica.

-Lo soy, Dominic. Y tú eres mi hombre.

-Para el resto de tu vida, querida.

Tina sintió que su corazón se inflamaba al percibir la certeza que había en la voz de Dominic y el amor que revelaba su mirada.

-¿Qué va a decir tu madre?

-Se va a poner tan contenta que no va a haber quien la aguante.

-¡No puedo creerlo! -exclamó Ida cuando se enteró-. Quiero decir… hace una semana no podíais ni veros. Oh, comprendo… lo vais a hacer por Bonnie, ¿no?

Dominic pasó un brazo por la cintura de Tina.

-Mamá, ¿de verdad crees que me casaría si no estuviera totalmente enamorado?

-Bueno… ¡la verdad es que no me extrañaría!

-Quiero a Tina, y ella me corresponde, ¿verdad, querida?

-Totalmente, con todo mi corazón -respondió ella.

A pesar de todo, Ida no parecía tan feliz como esperaban.

-Pero… ¿dónde vais a vivir? -preguntó, en tono ligeramente lastimero.

Tina no dio oportunidad a que Dominic contestará.

-Aquí -dijo-. Si eres tan amable como para acogernos, por supuesto.

-Creo que podré aguantarlo -contestó Ida, sin molestarse en ocultar su alegría.

-Tú sí, pero, ¿y yo? -murmuró Dominic.

El martes, Dominic fue a trabajar muy temprano, porque se iba a tomar la tarde libre. Bonnie iba a salir del hospital y él quería ir a recogerla. Le costó concentrarse en su trabajo, pero logró hacerlo a base de esfuerzo. Después de todo, ya tenía más responsabilidades. Y le esperaban aún más. No podía esperar a que terminara el período de Tina para lanzarse por otro bebé.

Y pensar que si no hubiera sido por el fallo de un preservativo nunca habría llegado a conocer las maravillas de la paternidad… Por no mencionar el amor. No entendía cómo había podido pasarse treinta y tres años sin conocerlo.

Tina era fantástica. Había decidido dejar su profesión de actriz para centrarse en su familia. Había tomado la decisión sin necesidad de que él la coaccionara en lo más mínimo. De hecho, si alguna vez decidía volver al teatro, o a la televisión, o a lo que fuere, contaría con todo su apoyo. Una chica tan lista y animosa como Tina podía necesitar desarrollar su creatividad fuera de casa en el futuro.

Pero ya cruzarían ese puente cuando llegaran a él.

Doris interrumpió los alegres pensamientos de su jefe al entrar en el despacho con el correo de la mañana.

-Hay un paquete para usted, señor Hunter -dijo, dejándolo sobre el escritorio.

-Gracias, Doris.

Dominic frunció el ceño mientras contemplaba el paquete, que tenía el tamaño de un libro o algo parecido.

Encogiéndose de hombros, lo abrió.

No contenía un libro, sino un diario con flores en la portada. Y parecía bastante nuevo. Iba acompañado de una carta.

Querido señor Hunter,

Me pidió que me pusiera en contacto con usted si recordaba algo más de lo que me dijo Sarah. El otro día me trasladé a su apartamento y encontré bajo el colchón el diario que le envío. Creo que ahí encontrará todo lo que necesita saber sobre el bebé y su verdadero padre.

Atentamente, Betty Longford.

Dominic observó el diario como si fuera una araña de picadura mortal.

«¡Quémalo!», fue su primer pensamiento.

Pero sabía que no podía hacerlo. Tenía que leerlo. Tenía que averiguar lo sucedido.

Sus manos temblaban mientras lo abría.

Media hora después lo cerró y permaneció totalmente quieto donde estaba, anonadado. Finalmente, se levantó y fue hasta el ventanal del despacho.

El no era el padre de Bonnie.

Respiró profunda y temblorosamente y soltó el aliento despacio. No podía expresar lo que sentía. «Decepción» no bastaba para describirlo. «Conmoción» se acercaba más.

Hasta que la furia sustituyó a todo lo demás. ¿Qué había poseído a Sarah para elegir a un tipejo cualquiera en un bar, y, sin ni siquiera preguntarle el nombre, tener relaciones con él en el coche? ¡La chica debía estar loca!

Sucedió una semana después de que él pasara la noche con ella. Sarah no escribía todos los días su diario, y, a veces, lo que escribía no daba una visión muy clara de lo sucedido. Pero había suficientes detalles como para sacar una conclusión bastante aproximada.

El diario también contenía respuestas a otras preguntas.

Cuando descubrió que estaba embarazada, Sarah pensó que el padre era Damien, porque habían mantenido relaciones sin preservativo en varias ocasiones, y la fecha de su último período parecía indicar que él era el padre. Pero cuando fue a decírselo, él

le dijo que era estéril y le dio dinero para que abortara.

Después de eso, Sarah dedujo que el padre tenía que ser el desconocido. No podía ser Dominic porque había utilizado un preservativo, aunque Sarah decía en el diario que le habría gustado que el padre fuera él. Decía que le habría gustado enamorarse de alguien decente como él, y no de un miserable como Damien.

Sin posibilidades de encontrar al padre real, Sarah tuvo a Bonnie completamente sola, demasiado avergonzada como para ponerse en contacto con Tina y contarle la verdad. Tras el parto se deprimió y empezó a pensar de nuevo en Damien. Al parecer, amaba de verdad a aquel tipo. Cuando llamó a Hunter & Associates le dijeron que había muerto. Eso fue lo último que escribió en el diario.

Dominic trató de encontrar alguna buena noticia entre tanto desastre, encontrando algún consuelo en el hecho de que, al menos, el verdadero padre de Bonnie nunca la reclamaría.

Después de casarse con Tina adoptaría a la niña. Aunque no fuera su hija biológica, lo sería en todos los demás aspectos.

Más animado con aquella perspectiva, se planteó qué hacer con el diario. ¿Debía enseñárselo a Tina o sería mejor que lo destruyera? ¿Cambiarían los sentimientos de Tina hacia él cuando averiguara que no era el padre de Bonnie?

Tina sintió que algo iba mal desde el momento en que Dominic llegó a casa para llevarla al hospital, pero esperó a estar a solas para hablar con él.

Dominic no negó que hubiera un problema, y le entregó el diario con gesto preocupado.

-Es de Sarah -explicó.

-¡Pero Sarah nunca escribió un diario! -dijo Tina, perpleja.

-Al parecer, empezó el año pasado.

-¿Cómo... cómo lo has conseguido?

-Cuando fui a ver a la vecina de Sarah para obtener más información le dejé mi tarjeta y le pedí que se pusiera en contacto conmigo si recordaba algo más. Encontró el diario bajo el colchón de Sarah. Al parecer, se ha trasladado a vivir a su antiguo apartamento.

Tina tragó con esfuerzo.

-Supongo que lo que hay dentro no me va a gustar.

-Eso depende.

-¿De qué?

-De tu punto de vista.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Léelo, Tina. Luego hablamos.

Así que Tina lo leyó. Primero se enfadó mucho con Sarah, pero luego solo sintió una intensa tristeza.

-Oh, Dominic -murmuró, finalmente-. Debes sentirte fatal.

Dominic sonrió con pesar.

-Al menos parece que te preocupa lo que sienta.

-Claro que me preocupa lo que sientas. ¿Cómo no iba a preocuparme?

-Me agobiaba pensar que pudieras dejar de quererme al averiguar que no soy el padre de Bonnie.

-¡Pero eso es una locura, Dominic! Me enamoré de ti casi «a pesar» de Bonnie, no por ella. Yo podría decirte lo mismo. Tu amor por mí podría estar unido a tu amor por Bonnie. Ahora que sabes que no es tuya, podrías dejar de quererla, y de paso a mí.

-Pero eso no es cierto. ¡No digas esas cosas!

-¡Entonces no las digas tú tampoco! Degradas el amor que siento por ti.

-Tienes razón. Lo siento. He estado como loco desde que he leído el diario. Nunca me había sentido tan decepcionado en mi vida. Pero he pensado que esto no tiene por qué cambiar nuestros planes. Aún puedo ser el padre de Bonnie para todo lo que realmente cuenta. Y puedo adoptarla después de que nos casemos. ¿Te parece bien?

El corazón de Tina latió emocionado.

-Por supuesto que me parece bien -dijo, con voz entrecortada-. Serás un padre maravilloso.

-Haré todo lo posible.

-¿Has pensado en lo que le vas a decir a tu madre?

-Sí. Y tendrá que ser la verdad. Mira lo que pasó en el hospital por el asunto de la penicilina. No... desafortunadamente, habrá que decírselo -Dominic movió la cabeza con tristeza-. Pobre mamá. Estaba tan segura...

-Sí, lo estaba.

-A veces, la vida apesta.

Ninguno dijo nada más durante el resto del trayecto. Ver a Bonnie recuperada supuso un gran alivio, y para cuando llegaron de vuelta a casa Tina se alegró al comprobar que Dominic se había recuperado casi por completo, aunque su mirada seguía un poco apagada.

Cuando Ida salió a recibirlos, sonriente y feliz de tener a su nieta de vuelta en casa, Dominic miró significativamente a Tina, diciéndole sin palabras que aquel no era el momento más adecuado para decirle la verdad. Ella asintió, alegrándose de haber dejado el

diario de Sarah en la guantera del coche.

Ida tomó a la niña de brazos de Dominic y le hizo unas zalamerías antes de mirar a su hijo.

-El doctor ha llamado mientras estabais fuera. Al parecer, llamó al patólogo diciendo que era urgente que le diera los resultados de la prueba de ADN debido a la enfermedad de Bonnie. Ha recibido los resultados esta misma tarde.

-Iré por ellos después de que hayamos dejado instalada a la niña -dijo Dominic, tenso-. Pero antes, mamá...

-No hace falta que vayas por ellos, tonto. El doctor me dio los resultados por teléfono. ¿No lo adivinas? -preguntó Ida, moviendo la cabeza-. Ojalá fuera dada a las apuestas, ¡porque podría haber ganado una fortuna con esto si hubiera apostado a tiempo!

Tina olvidó respirar y Dominic se quedó petrificado.

Ida los miró sin comprender lo que pasaba.

-¿Por qué os habéis quedado los dos como dos pasmarotes? A fin de cuentas, ya estábamos seguros, ¿no? Sobre todo después de lo que me dijo Joanna. Aunque si no hubieras sido tan testarudo, Dominic, podría haberte demostrado desde el primer día cuántos genes tuyos ha heredado Bonnie. ¡Incluso tiene la marca de nacimiento de los Hunter! Pero los hombres siempre creéis que lo sabéis todo.

Dominic no sabía si besar a su madre o sí ahogarla.

-¿Qué marca de nacimiento?

-La que tiene detrás de la oreja. Mark y tú también la tenéis. Y vuestro padre la tuvo.

-¿Ah, sí?

-Sí. ¿No te has fijado nunca?

-No puedo verme las orejas por detrás. Y nunca sentí afición por examinar las de Mark.

-Pues te aseguro que la tienes. Las madres solemos ocuparnos de limpiar las orejas de nuestros hijos.

Dominic no pudo evitarlo. Rompió a reír. Pero cuando miró a Tina vio que esta no reía, sino que estaba llorando de felicidad.

Ida los miró alternativamente, perpleja.

-Vamos, Bonnie -dijo, moviendo la cabeza-. Será mejor que pasemos dentro. Tus padres se han vuelto temporalmente locos. Cualquiera creería que les acaba de tocar la lotería.

-Mejor que la lotería, ¿verdad, querida? -dijo Do-minie pasando un brazo por los hombros de Tina.

-Es un milagro -dijo ella.

-Sí -asintió Dominic-. Lo es. Lo que me recuerda...

-¿Qué?

-Estaba pensando en ir mañana por la mañana a la iglesia. ¿Querrás acompañarme?

Epilogo

TINA se arrodilló y metió las rosas rojas en el florero, pensando lo bien que quedaban contra la tumba de mármol gris y la lápida. -Hola, Sarah -dijo, mientras colocaba las flores-. Aquí estoy otra vez para contarte todas las noticias. Son todas buenas, así que no tienes por qué preocuparte. Bonnie empezó a ir al jardín de infancia hace unos días. Al principio se negó. No quería dejar a sus queridos hermanitos. Es como tú; una auténtica madrecita. Pero Dominic se puso firme y le dijo que tenía que ir de todos modos. Y ahora está encantada, claro.

Una vez colocadas las flores, se sentó cómodamente en la hierba que rodeaba la tumba.

-Tengo noticias especiales para ti, querida amiga -murmuró-. Vuelvo a estar embarazada. De cuatro meses. Dominic está encantado, y eso que aún hay que cambiarle los pañales a Stevie, pero lo cierto es que le encanta ser padre. Solo Dios sabe cómo pasó. Me refiero al embarazo. Pensaba que mientras se daba de mamar era imposible quedarse embarazada. Pero, como tú y yo sabemos, Dominic sería capaz de dejar embarazada a una chica aunque se pusiera una cañería de plomo -rio con suavidad antes de continuar-. Lo cierto es que es un hombre que me sigue asombrando en muchos aspectos. Por ejemplo, ¿sabías que vamos a la iglesia todos los domingos? ¿Me imaginas a mí en la iglesia, Sarah?

Tina alzó la mirada a lo alto y sonrió.

-Lo cierto es que lo quiero más de lo que imaginaba que fuera posible. Desde luego, más de lo que tú pensabas que yo podía querer. Y es tan bueno tener un compañero que sabe adonde va y lo que quiere de la vida... Tú y yo crecimos sin seguridad, Sarah, y si alguna vez he conocido un hombre que emana seguridad, ese es Dominic. Y también tiene otras maravillosas cualidades -susurró, viendo que su marido se acercaba por el sendero con un aspecto más sexy que nunca. ¡No era de extrañar que se hubiera pasado los últimos años embarazada!

No había duda de que la paternidad le sentaba bien a Dominic. Parecía totalmente relajado y satisfecho con Stevie, de diez meses, en un brazo, y Beau, de dos años, tomado de la mano, mientras Bonnie caminaba al otro lado. Se los había llevado a dar un paseo

para que Tina pudiera hablar tranquilamente con Sarah, algo que le gustaba hacer cuando podía.

-Espero que pienses que estoy haciendo un buen trabajo criando a Bonnie -continuó Tina-. También espero que ya me hayas perdonado por dejarte en la estacada como lo hice antes de que naciera. Solía pensar que me habría gustado que me dijeras que estabas embarazada, pero ahora creo que todo esto puede haber sucedido con un propósito. Tal vez estaba escrito.

Se levantó y lanzó una cálida sonrisa en dirección a su familia.

-Forman un grupo muy atractivo, ¿verdad? -dijo, mirando con orgullo a los cuatro-. Oh, y una última cosa. La ecografía ha mostrado que mi próximo bebé es una niña. Cuando se lo dije a Dominic sugirió que la llamáramos Sarah. Pensé que era una idea estupenda. Espero que no te importe.

-¿Ya habéis compartido todos vuestros secretitos de chicas? -preguntó Dominic, sonriendo.

-Sí.

-En ese caso, es hora de volver a casa. Stevie necesita comer y un cambio de pañales, y Beau acaba de anunciar que quiere un perro. Así que he pensado que podemos ir a cazar uno después de comer.

-Oh, no, no un perro -protestó Tina.

-¡Sí, un perro, rnami! -insistió Beau-. ¡Un perro grande!

-Uno «grande» no -dijo Tina, sonriendo.

-¡Sí, uno grande! -dijo Bonnie, apoyando a su hermano con entusiasmo.

-¿Y lo cuidarás como es debido, cariño? -preguntó Tina.

-Sí-contestó la niña solemnemente-. Lo prometo.

Y así, un perro se unió a la familia Hunter, un gran perro negro llamado Bill. No era tan guapo como el resto, pero lo adoraban. Y lo cuidaban muy bien.

Dominic se encargó de que así fuera.